



A. BUSTOS

LA SOMBRA DEL CORREGIDOR

NOVELA DE LOS TIEMPOS COLONIALES

S A D Y Z A Ñ A R T U

LA SOMBRA DEL CORREGIDOR

Novela de los tiempos
coloniales. Prefacio de
MARTIN NOEL



18955

EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO

CHILE

CONCEPCION

1927

*Es propiedad del autor
Inscripción N.º 858.*

*Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
Arturo Prat, 1430,
Santiago de Chile.—1927*

Primo Sebastián

A mi padre

Víctor Fabio Zañartu

el más probo de los hombres

PREFACIO

El título lo dice: «La sombra del corregidor» y luego añade el subtítulo: «Novela de los tiempos coloniales». Es la epopeya de uno de aquellos ilustres caballeros que por enjundioso atavismo de la raza reflejaron a través de su propia personalidad el carácter de un momento histórico de la vida de un pueblo.

El corregidor expresa, en esta ocasión, la imagen de Santiago de Chile en el siglo XVIII. Desde las primeras páginas de este libro, se advierte el piadoso fervor de esta reconstrucción—evocadora y poética en la que, la narración puntual y realista va cuajando, en derredor del férreo y austero D. Luis Manuel de Zañartu, la trama novelesca, que comienza ingenua y sencilla para revelarse al terminar patética y conmovedora.

El relato costumbrista hállase realizado por una vasta erudición y un léxico abundoso y colorido, el que, glosado en un hablar de época, nos va describiendo minuciosamente aquel escenario tan singular y extravagante; trágico y soñador al propio tiempo. Por amañado consorcio el protagonista, ter-

so espejo de hidalguía y rancios ascetismos, dimana de sí mismo la sombra hosca y tediosa de un existir monótono, preñado de terror.

No tarda, en aquel tablado espectral, en dibujarse un drama de amor; él se nos aparece cual conviene, vehemente, simple y romántico, así como las diáfanas auroras celestiales y realistas de un firmamento de Murillo.

Adquieren esencial interés los pasajes místicos y los consagrados a exaltar el desdichado y amoroso idilio que, por entre travesuras y plegarias, ha de agonizar en los pálidos labios de Sor Dolores de San Rafael y en el legendario plañir de las campanas conventuales.

Todo ello, parece ya sintetizarse, en la meditación del huerto que se nos aparece tal cual un éxtasis de amor espiritual y visionario. Por ello acierta también el autor, destacando la tristeza de la villa en oposición a la ciudad de los reyes; aquí: lobrete, dolos y penitencia; allá: galanteos, almizcles y donosura. Bien lo afirma la voluptuosa Violante en aquella refinada estancia tan aromada de fragante sensualismo.

Y esta serenidad silenciosa y monótona, va, poco a poco, por misterioso espejismo, traduciendo el carácter de la época; la descripción detallada y precisa de los sucedidos y de las cosas, como las cuentas de un rosario, van pregonando la justa evocación de un mundo borrado en el espeso celaje del pasado.

Tal es así, que el nudo o asunto, queda subordinado al valor esencialmente histórico; sólo por momentos destaca el drama, ya en las citadas escenas de amor o en arranques violentos y desgarradores, como el de los piadosos ejercicios en el eucarístico oratorio, o bien en aquella matizada trágica en que Marilola y su hermanilla abandonan la noble

casona del hidalgo después del sórdido y enlutado desayuno; las que, a su vez, dan origen a los tiernos y melancólicos parloteos entre la mamá y la niña, animados por la gracia indígena y picaresca del mulatillo Dominguejo.

Así el erudito y disertador autor de «La sombra del corregidor», persigue el hilo de todos los acontecimientos más expresivos que, por su ascendiente gráfico o emocional, prestan mayores luces al conocimiento cabal de la vida en tiempos virreinales. Paciente y habilidosamente los personajes nos describen las tertulias familiares, los aparatosos desfiles procesionales, las ceremonias religiosas, carnavales, juegos y escenas íntimas, algunas tan sabrosas, como la celebrada en el día de la santa americana, en aquel estrado de estampa limeña con melódicos acentos de rabel y chistosas jácara, azuzadas por la embriaguez galana del rosolí; luego es la cabalgada, la pintura realista de las riñas de gallos y las meticulosas descripciones, provistas, por cierto, de acendrada penetración poética que rematan, a la postre de la parte primera, con el acierto dramático del asalto al convento y la muerte del corregidor tan penetrada de angustia y de misterio.

Aladas añoranzas de la fiebre guerrera y del fervor religioso que resumen, en ellas, la antítesis escorialesca: fuerza temporal y fuerza terreno que van a la zaga de aquella mesnada de soberbios soldados y clérigos quemados por la fe; valientes y visionarios que trujeron bajo el palio de la conquista el arca de los tesoros españoles en clamorosa procesión de cruces y de espadas.

* * *

La parte segunda, la verdadera historia de la sombra del corregidor, adquiere un valor novelesco más acentuado

desentrañando de la leyenda el aspecto imaginativo y terrorífico que caracterizó, por aquella época, a Santiago de Chile. El fantasma del muerto, un vaho de pesadilla se cierne con fatídica tenacidad en todas las cosas, fusionándose, de esta suerte, lo irreal y anecdótico a la agudeza viviente de los acontecimientos.

La ciudad entelerida, tras aquella cortina acuosa, las almas encharcadas ante el furor inclemente de la naturaleza, el gemir ululante y trasnochado de los espíritus nos conducen, naturalmente, al heroísmo y al milagro, trascendiendo en ellos la vida interior de los personajes que, a esta altura, cobran verdadera realidad; hablan, se enardecen y nos hacen partícipes de su lánguido y pavoroso padecer.

El fantasma del corregidor es superior a su propia encarnación, en ello estriba este triunfo final—al parecer—su cuerpo resucita en su sombra y vive ella en pos de la inquietud novelesca con fascinante prestigio. Y es aquí, cuando obran los viriles arranques de don Diego; el transformado caballero nos procura las páginas más inspiradas del libro, sobrecogido por el tañer de las misteriosas campanas, asaetado por la visión agónica del claustro, llega a su conversión ascética y a la desgarradora marcha del «vía crucis»; verdadero holocausto de amor terrenal, que viene así, a trocarse en ensueño eucarístico y exaltado renunciamiento. Surgen los valores emotivos, ya limpios de minucias, exultando ante nosotros, el concepto fundamental de la obra; una imagen lo sintetiza: el regazo monacal abre de par en par sus puertas unguadas de candorosa piedad, y el orgulloso guerrero, despojándose de sus aparatosos arreos militares, sangrado por el rudo leño de la cruz, viste humildemente el áspero sayal franciscano entre ayes de dolor y suspiros de seráfica esperanza.

* * *

Bienvenida sea esta obra, que, al aportar tan vasta documentación sobre la historia civil y religiosa de la Colonia, en aquella célebre villa del Pacífico, la despierta en uno de sus momentos más expresivos, de tal manera, que ella nos habla de sus escuetas intimidades, de sus menesteres, iglesias y moradas.

Servir a la tarea de avivar el fuego de la hoguera paterna, ennobleciendo a través de su esencia divina ensueño de belleza, es legar al suelo americano una simiente espiritual en cuyas mieses fincará luego nuestra propia personalidad, prestando a su étnica y a su estética un sello particular, una fisonomía que nos hará percibir y destacar de entre la muchedumbre de los pueblos del mundo. También así, aquellos que alberguen bajo nuestro cielo, al parecer ingenuo y acartonado como el de los nacimientos de nuestras blancas y primitivas basílicas pero ya constelado y diáfano de ilusiones y promesas,—habrán de comprendernos y respetarnos como seres existentes, tocados de superior idealidad.

Buenos Aires, 3 de Julio de 1922.

MARTÍN NOEL,

Miembro correspondiente de la
Real Academia de Bellas Artes
de San Fernando.

PRIMERA PARTE

Las llamas de un candelabro de plata alumbraron la espaciosa cuadra y una sombra ahondó la pared como queriendo ahorcarse. Por detrás de la luz veíasela ir y venir a lo largo del estrado, cruzados los brazos en actitud de rezar sus horas. El toque de ánimas no sonaba aún. De pronto el cerrojo de la puerta lanzó al correr una extraña interrogación. La sombra se detuvo en la mitad del entarimado, y un grupo de tres personas avanzó por la cuadra en bullidor concurso.

—Holgárame don Luis—dijo uno de los visitantes—de oír a vuesa merced relatar de sus labios el suceso de ayer noche con las milicias del Conde.

El que hablaba era su primo don Francisco de Palacios. Los acompañantes, fray Gabriel Portusagaiti y un caballero togado de la Real Audiencia.

Don Luis, al reconocer a sus amigos, púsose más ancho de corazón convidándolos a la plática.

—¡Mia fe que la negra ropilla hace invisible a usial—
dijole el caballero de garnacha.

—Tiempo ha que en mi dolor ya no me veo—respon-
dió don Luis.

Las innumerables visitas de pésame teníanle demasia-
do contristado para no alegrarse cuando sus amigos de
confianza venían a alejar un poco con su charla la ima-
gen de la finada esposa. Iban corridos seis meses de la
muerte de doña Carmen y aún no terminaba en el zaguán
la procesión de enlutadas que todos los días de Dios ve-
nían a llorar sus merecimientos y virtudes. Por eso dejó
pronto su aire circunspecto enfebrecido por las pregun-
tas que le dirigían.

—Sepan vuestas mercedes—empezó al fin—que ha-
biendo salido anoche, como de costumbre, a la ronda
que la ciudad ha menester, recibí un papel escrito por mi
subalterno Canelo, en que me informaba hallarse sor-
prendido por una compañía de tropas milicianas con
orden del señor Conde de la Conquista de llevarle preso
a su cuartel. Yo, en respuesta al referido papel, le pasé
orden verbal de que no se diese por semejante disposi-
ción; y continuando mi ronda topé en la plaza Mayor
punta con la calle del Rey a un tropel de soldados, es-
pada en mano. ¡Vive Dios!, señor don Francisco, que
allí mesmo pregunté: ¿quién va a la ronda? El teniente
me contestó que era la guardia del Regimiento de la
Princesa que traía preso y maniatado por orden de su
coronel, al teniente de justicia Canelo. Hice hincapié si
aquesta orden era del señor Presidente o de la Real Au-
diencia; me respondió que no era sino del dicho Conde,

por cuyo motivo mandé a la guardia rindiese las armas y desatara las ligaduras con que traían preso a mi subalterno. Al oír mi voz la tropa hizo fuga precipitada, huyendo cada uno como si procurasen poner en salvo la vida.

—Válgame Dios, señor Corregidor, lo que agora anda diciendo el Conde—interrumpió el caballero togado, que no era otro que don José de Saravia, Oidor de la Real Audiencia.

—¿Que me va a enjuiciar militarmente?

—Y que los hechos no son como vuesa merced los pinta.

—No haga caso del Conde—dijo el padre Portugaiti—que por hacerse notar con sus milicias no hay día en que por ver si fueron tejos o tejas, no salga al alboroto como la gansa de Cantimpalos. Donosa manera—terminó diciendo—para conocerle alguna fazaña ya que no le ha tocado estar en Flandes como el claro barón de Castell Bell.

—Gollerías, gollerías,—replicó don Luis, meneando la cabeza. ¿Y qué dice, señor don José?

—Dice que vuesa merced salió a esperar en la Plaza Mayor a la partida, acompañado de los cómitres y sobrestantes de la cadena, y que se apostó, montado a caballo, bajo sus portales, aguardando a que la escolta pasase, echándose sobre el preso repentinamente con gritería y amenazas, de manera que el oficial vióse precisado a dejárselo arrebatarse para evitar alguna desgracia, dando orden a la tropa de que no se moviese.

—Por vida de vuesa merced, señor hidalgo ¿cómo

puede mentille tanto ese hombre? ¿Cómo asegarle esos bullentes borbotones de vanidad? Préciase de hombre de bien y al mirarse en ese espejo de regimiento que ha creado para incienso de su amor al Rey, la fuga en polvorosa de su tropa le ha mellado el puntilloso honor, que anda ávido a presa de pecheros que lo eleven tal vez al virreynato del Perú o al que se va a crear en el Plata.

—Adiós, mujer; al que te quiere, ese te lleve—agregó don Francisco.

—Después de Dios, mi paisano, señor primo. Agora verán vuestas mercedes—prosiguió don Luis—una pica-cena horrorosa que le ha bajado al señor Conde.

En esos momentos, una negra penetró en la cuadra llevando hacia el brasero nuevas y llameantes brasas cuya ascua iluminó los rostros de los contertulios, un tanto ensombrecidos por la penumbra. Estaban cerca de la ventana que daba al patio principal, en derredor de un enorme brasero de plata, sus capas derribadas por las espaldas en los sillones. La negra encendía ahora con una pajuela los interminables candelabros iluminando poco a poco la anchurosa cuadra, cuyos tapices y lienzos descolgados, en señal de duelo, le daban un aspecto de tristeza y mudanza. Adosados al muro, en los entrepaños de las fajas alternadas con damascos de seda carmesí que bajaban hasta el zócalo, se acomodaban larguísimos escaños forrados en vaqueta y escogidos fraileros de nogal, ostentando a gran realce, tersos guadameciles de Córdoba. Hacia el testero, opuesto al alto estrado, el arpa y el clavicordio guardaban el sueño de muerte de su dueña; y en las esquineras, sobre mesitas de aromá-

tica madera de la montaña, los grandes espejos venecianos en sus marcos de mirrina cristalería, veíanse tapujados por un velo negro. Era la techa de artesonado maderaje de cedro, con lacunares pintados de un añil intenso; sustentaban las vigas zapatonos de talla indígena; y del centro pendía una enorme araña de plata repujada, con velones de cera, haciendo juego con los candelabros y ganchos, sahumadores y ceniceros, diseminados con profusión en los entrepaños y vargüeños de la vasta cuadra.

Sobre el tarimón, tapizado de alcatifas turquescas y mantones de alfombra, tejidos en lana y seda, se veían a lo largo de la muralla una fila de camoncillos cubiertos y aderezados por cojines semi-moriscos, con espaldares de zaraza a guisa de colgaduras, que parecían conservar las huellas de los cuerpos femeninos. Su paternidad había mirado a un cojinillo de la cabecera del estrado, cuyos galones de oro chapeaban varias veces su rueda de terciopelo azul, recordando la imagen de la muerta, cuando presidía como una reina la tertulia tradicional, teniendo para todos los que llegaban a rendirle su homenaje un «como no» de as y dos y tres, tan lleno de intención y de gracia, que no había satiaguina de copete que le imitase. Al lado del cojín conservábase intacta la posición de la cajuela de taracea, cubierta de mosaicos de plata y de concha de perla, como si nadie la hubiese tocado. El reverendo padre Gabriel evocaba esta dulce memoria de quien, al ofrecerle su cojín de honor a la derecha, sacaba de la cajuela un precioso mate puesto en una manserina de labrada plata para invitarle a gustar un *ci-*

marrón o un *verde* cebado como por manos de monja....

Cuando la negra hubo salido de la cuadra, continuó don Luis su interrumpida plática:

—El señor Conde no me ha ocultado la intención que tiene de pedirme en matrimonio a mi Marilola para su Alférez Diego Alvarez, y porque en días pasados llevélo preso por rondarme la calle a deshoras, ahí está toda la picacena que le ha bajado.

—Don Diego es su pariente—agregó don José.

—Y que lo fuere; no necesito de su sangre de moro andaluz; ¿acaso no sabe que busco yo el alimento del alma y no la golosina de arrabal? Harta desazón he tenido con la fundación del monasterio, y como esto me precia más que un regimiento mal aderezado, ahí tienen vuestas mercedes al hombre creyéndome un molino de vientos que habrá menester de una de las tantas aspas que se ha conseguido, para reemplazar al virrey Amat en el poder. En horamala ha caído el señor Conde, como si el Corregidor no conociese las costumbres licenciosas dese zaragate...

Al concluir don Luis dió con la mano un golpe en el brazo del ancho sillón abacial. Después, apaciguándose un tanto, continuó:

—Pero mi determinación en este punto toméla desde la muerte de mi esposa. El padre Gabriel conoce la vocación de mis hijas, y sabe cómo las he interesado en la memoria de mi difunta mujer para merecer de la piedad divina el eterno descanso, y todos logremos gracia de Dios y acierto en servirle.

—Su merced ha dicho la última palabra del credo, y

tan buen palmo de pescuezo tengo yo para el cabestro de Dios Nuestro Señor como lo tienen vuesa merced y sus hijas—dijo fray Gabriel acercando a la nariz el índice y el pulgar unidos para sorber un poco de rapé.

Un murmullo de risas ahogadas respondió a las últimas palabras del padre Portusagaiti. Este se había puesto de pie frotándose las manos: parecía traer a punto, como de calza de agujas, los altos conceptos de un panegírico.

—Líbreme Dios de caer en ese puntilloso honor del señor Conde de la Conquista, que es un cúmulo de prejuicios vanos y más veleidosos que una ola agitada. Ha dicho vuesa merced una verdad muy grande y que es menester no olvidar, porque demuestra la diferencia de sentimientos con el señor Conde, pues vuestro orgullo tiene razón de ser en las verdades eternas de la moral; en cambio, el de ese hombre puede ser ventajoso para su política, pero no penetra en el alma y en nada influye sobre la verdadera dicha.

No había terminado fray Gabriel su plática, cuando un golpe dado a la puerta y un ruido precipitado de chapines, hizo volver las caras al grupo de contertulios, apareciendo, ante el gesto de asombro de todos, en la mitad de la cuadra, una figura de niña, como una sombra, vestida de larga saya monjil, y que, un tanto asustadiza por su inesperada aparición, miraba a uno y otro lado, sin pronunciar palabra.

Los contertulios se habían puesto de pie.

—Marilola, cuánto gusto de verla—se adelantó a decir el padre Gabriel, viendo el gesto desabrido que hizo don Luis.

—Perdonen, vuestras mercedes—suplicó la niña—por haberles perturbado, pero quería preguntarle a vuestra paternidad el día y la hora en que se va a celebrar la misa de gracia por el nacimiento del augusto príncipe...

—No te podré decir, hija mía, porque aún no se ha fijado la fecha.

—Gracias, su paternidad—replicó la niña haciendo una reverencia para retirarse. Don Luis la contuvo estirando su brazo, para preguntarle si habían terminado de rezar el Santo Rosario.

—Sí, mi señor padre—contestó la niña con mucho recato—pero es el caso que Teresica tiene el propósito de no acompañarnos más por haber cogido mi prima la devoción de rezar sólo un tercio del rosario y Teresica no quererlo rezar con nosotros y dado en reñir con Picha a cada avemaría. La mamá pretendió apaciguar el pleito, y como Teresica es todo juicio, echaba la culpa a Picha, ésta a mí porque no quería acompañarme con ella.

—¡Ah, Marilola, tenemos equivoquillos—replicó sonriendo el padre Gabriel—mañana entonces habrá represión severa!

La niña se retiró, y volviendo a tomar la palabra don Francisco de Palacios, dijo saber de fuente positiva que la última caja del Rey había traído una carta de Su Majestad... (que Dios guarde—repitieron todos en coro poniéndose de pie)—para el señor Conde de la Conquista y en la que lo llama su pariente.

—Es una carta—agregó don José—en que Su Majestad le participa el feliz suceso de haber dado a luz la princesa, su muy cara y amada nuera, un infante, en el

real sitio de San Lorenzo. La noticia se ha esparcido por toda la ciudad, y ya se hacen los preparativos para la misa a que ha de concurrir toda la nobleza a dar las debidas gracias a Dios. El Conde ocupará uno de los sitios de honor.

—¿A qué hora nació el augusto infante?—preguntó fray Portusagaiti.

—A las cinco y diez minutos de la tarde del 19 de Septiembre del pasado año de gracia—respondió don José, pasándole la cajita de carey para ofrecerle un polvillo.

Don Luis se había levantado del sillón y se paseaba a lo largo del estrado. Un silencio apesarado pareció cernerse en el ambiente brumoso de zahumerio. Su rostro, prematuramente envejecido después de la muerte de su esposa, conservaba, sin embargo, con más fuerza que nunca, ese ardor de expresión heredado en su sangre de cristiano viejo. Erguido y mejor aderezado a cada golpe de la suerte, parecía a veces desafiar al mismo Rey, levantándose en el espacio sobre todos los hombres, seguro de un sentimiento que llevaba consigo la base de su poder.

—¿Piensa vuesa merced asistir a la misa de gracia?—le preguntó don José.

—Enhorabuena—exclamó don Luis. ¿Se imagina, mi señor don José, que voy a sentirme inferior en mando porque su majestad no me ha enviado carta igual? ¿Acaso no sabe que esa carta es una de las muchas circulares que se envían a los títulos de Castilla? Mi estada en Madrid algo me dió a conocer de como se venti-

lan estas cosas en la corte, y no caería yo en la ingenuidad de creerme incorporado de hecho a la familia real, porque cortesantemente el rey me llamase *su pariente*. Don Luis, al llegar a esta parte de su plática, volvió a sentarse y una visible tristeza ensombreció su rostro. Después continuó: dos cosas no podrá perdonarme nunca el Conde: el haberle ganado en la competencia de altares de agora años en Santo Domingo, y el no permitirle a su pariente rondar mi casa. Dios sabe que en aquel torneo triunfó el gusto y la devoción de mi amada esposa (que Dios haya). Agora es necesario pensar en la muerte, y aún mis hijas intercederán por su alma y la mía en aquel reino de Dios Nuestro Señor.

Don Luis terminó de hablar signándose y quedando con la cabeza apoyada entre ambas manos. Los contertulios santiguáronse también con visible pesadumbre, sin dejar cada uno de echar su loa por la paz de aquel espíritu bondadoso.

—Dios la tenga en su seno—dijo don Francisco.

—¡Era una santa!—replicó fray Gabriel.

—¡Y una gran dama!—afirmó don José de Saravia.

II

Era don Luis Manuel de Zañartu, caballero de buenas partes, guipuzcoano de sangre pura y limpia de toda mala raza. Su padre, don José de Zañartu y Palacios y su mujer doña Antonia de Iriarte y Lizarralde se establecieron en Santiago el año 1730. Venían de la antigua

villa de Oñate, en una de cuyas trece barriadas estaba situada la de su nombre, en la parte más llana y hermosa de la villa cabecera, donde tenían su Torre por juro de heredad. «Marido y conjunta persona»—como signábase en los papeles del Cabildo—traían consigo a su único hijo hombre, el mayorazgo, que no podía haber a la sazón más de ocho años de edad; muchacho desabrido de genio, huraño y trastuelo.

Al comenzar la primavera de ese año, la madre colocaba al hijo bajo la dirección de un padre jesuíta, para que le enseñase los rudimentos de la gramática latina y de la moral cristiana. «Deseo que en su alma florezca la santidad de la doctrina—decíale doña Antonia al padre maestro—para que más tarde continúe dando honor a los de su raza en el santo temor de Dios». En el convictorio de los jesuitas, sin dar jamás una merced a nadie, su inteligencia silenciosa y retraída, no sólo sobresalió en los rudimentos del latín, poseyendo toda la jerga macarrónica de las controversias escolares, sino que fué el más firme baluarte de la Banda de Roma contra la de Cartago, que ocupaba los asientos de la izquierda, y en cuyos compañeros veía descendientes de sangre enemiga, sarracenos y judíos que, escudados tras los nombres castellanos y vascos, habían venido a estas lejanas tierras en busca de fortuna. Los compañeros le llamaban «el parco», nombre con que denominaban a una cédula de perdón, que se vendía entre ellos por futuras faltas, y de las que hacía gala tener dinero en abundancia para comprarlas, pues no permitía que se le tocase un palmo con el guante. Los mestizos de la clase segunda le tenían

en gran estima por las puñadas que solía darles a los que no se quitaban a su paso cuando se paseaba, manimbolsillado, por el patio del convento.

Su padre le narraba hermosas leyendas vascas, en las que figuraban persecuciones de ballenas en los mares de Groenlandia, hechas por intrépidos marinos de San Sebastián; o aventuras de atrevidos contrabandistas de los Pirineos. El viejo, animado con el entusiasmo que mostraba su hijo hacia aquellos hombres valientes pero indisciplinados, se levantaba del taburete, y, como soplado por las mil chispas del brasero, ensayaba los pasos de una danza, como si su novia estuviese de pie en el torneo, bajos los ojos por la modestia ruborosa y el ánimo embargada por el honor de que era objeto; dejándose bailar como la diosa primitiva, adornada de cintas y de flores, aplaudida por la multitud, incensada por el requiebro de los bailadores. El niño descubría a su madre en la evocación: era el zorzico tradicional, y en la apostura de su padre palpitaba la traza más elocuente de su antiquísimo abolengo.

Otras veces, cuando don José volvía de los bodegones, poco después de la oración, gustaba rememorarle las primitivas luchas de sus antepasados, los Euskaldunas (hombres de manos diestras), por su independencia, leyes particulares, y el sostenimiento de los fueros de Biskaya. «Gente brava—decíale su padre—que se negaba a servir fuera del país y recibir soldados extranjeros, paga de contribuciones y mantenimiento de aduanas, concediendo sólo donativos gratuitos y administrándose por juntas nacionales. Sí, señor hidalgo, las tierras

baskuenses ya no son las de antes, donde cada villa, cada alfoz y comunidad eran como una pequeña república independiente, con diferentes leyes, opuestos intereses y distintas costumbres. Pero empezamos por someternos nominalmente a los reyes de Oviedo, a los condes de Navarra con aquel don Sancho el Sabio que aprobó el fuero de San Sebastián, y por último a los reyes de Castilla y lures sucesores... Y, ¡voto a Cristo!, que gracias a ese Fuero Juzgo, sublime tabla de ley, podemos mostrarnos todavía independientes con nuestros usos y costumbres, fazañas y albedríos».

Apenas el muchacho empezó a barbear lo dedicó su padre a la carrera del comercio, llevándole a Valparaíso en las épocas de la canícula, donde poseía algunas bodegas llenas de los productos de sus trojes y graneros. Su padre era a la sazón uno de los más fuertes negociantes del barrio del Estanco Viejo; y abastecía con trigo a granel los pañoles de los navieros del Callao y San Maló. Eran las bodegas simples cuadrilongos de adobe y teja, y lo bastante bajas para que se pudiera andar sobre sus vigas al nivel de las rumas. En la media-agua o altillo, destinado para vivienda del mayordomo, sobre petacas y almofrejes, pasaban la estación veraniega con doña Antonia, mientras el joven señor don Luis se dedicaba a tratar con los maestros de los barcos peruanos, y a discutir con los capataces, sobre romaneaje, gastos de trasbordo y portazgos, cargas, arrias, descargas y alcabalas. Dirigido en esta forma en los negocios por la diestra de su padre, en pocos años, hizóse uno de los más fuertes especuladores del reino, llevando

los trigos de Chile más allá del Cabo y de las costas del Perú.

A la muerte de don José el mayorazgo heredó sus fueros, por ley de nobleza, quedando el señor don Luis de Zañartu en posesión de toda la hacienda de su padre, y de uno que otro pleito, en que demostró saber barajar y adelgazar los textos escritos con la destreza escuderil de un espadachín de Castilla. El «ergo», aprendido en el Convictorio de los Jesuítas, vino a demostrarle la eficacia del sofisma aderezado con citas y latinazgos, y que unido a su experiencia en los negocios daríale poder y riqueza.

Entregado don Luis en cuerpo y alma a robustecer la fortuna heredada, determinó en el año 1755 hacer un viaje a España para dar mayor ensanche a sus especulaciones mercantiles, y aunque no se daba prisa por sus muchas ocupaciones, una noticia inesperada le descompuso de súbito el hipocondrio causando alboroto en el vecindario su resolución de ir a tomar el primer buque que zarpase a su lejana tierra. Sin embargo no pudo realizar el viaje hasta los primeros días del mes de Abril, fecha en que consignó al cuidado de un amigo la contribución de una limosna de ocho patacones mensuales a favor de una viuda llamada doña María Teresa de Tordecillas, a quien don Luis socorría como hombre soltero y por casar... Pero a todo mal traer ¿qué era ese endemoniado desaliño que descomponía el genio de don Luis? ¿Qué era el suspirar y renegar, entre espacio de credo y credo, contra una ofensa inferida como a hombre de baja cepa?

No pasó mucho tiempo sin que el vecindario de poca monta lograrse descifrar el misterio de aquel comunicado. Eran noticias de su hermana Margarita que residía en Oñate, en las que anunciábale que las heredades de la familia en el lugarejo habían sido gravadas con una contribución de seis pesos y medio, de cuyo gravamen municipal sólo quedaban exentos los bienes raíces de los caballeros hijosdalgos. Don Luis, impuesto del agravio que recibía de los cabildantes de su tierra, dispuso y preparó su viaje a España en menos tiempo de un Dios guarde al Rey. Podía tolerar que se le perdiera uno o más bergantines, cargados con los productos de América y de Europa, comprados con su dinero; podía sufrir pacientemente los más grandes quebrantos de fortuna; pero, como buen guipuzcoano, emparentado con la más clara nobleza de su pueblo, y limpia la sangre a través de tantos combates y circunstancias, no estaba dispuesto a tolerar que se le dejase de tener por caballero. Las dignidades de la familia eran para el hidalgo un evangelio de tradiciones heroicas. Los Zañartu fueron siempre de los principales vecinos de Oñate, y como tales, gozaban de prerrogativas ineludibles, no sólo percibiendo los yantares, el primitivo derecho para dar alimentación al Rey cuando entraba a la región, sino desempeñando puestos de regidores perpetuos, alcaldes de hermandades de caballeros hijosdalgos y otros honoríficos en juntas, elecciones y cofradías. Don Luis había oído decir a su padre, que en los archivos de esa villa estaban los nombres de don Sancho y don Estebariz de Zañartu, que concurrieron a las juntas de caballeros vecinos para formar la

Ordenanza Municipal, refrendada con su puño y letra el seis de noviembre de 1477, y aprobada años después por la cédula real de los reyes católicos un seis de Enero del año de gracia 1485. Esto sólo probaba en el libro «Blasón del Rey de Armas de Fernando VI», que era tanta la antigüedad de su nombre, que la investigación de los genealogistas no podría averiguar quién fué el primero que lo tomó.

Sus antepasados, por toda la provincia, habían dejado obras bienhechoras, desde aquel don José, su abuelo, diputado y tesorero en 1676, y luego ese otro benéfico caballero de la orden de Santiago, hermano menor de éste, llamado don Martín, que dejó «memoria eterna con la fundación de una obra pía para remedio de doncellas parientes de su linaje», en el testamento que otorgó en Sevilla el año del Señor de 1682.

Don Luis había acudido a refrescar estos recuerdos en el amarillento margen de un añejo centón, en donde su padre tuvo a bien consignar en sus mocedades tan memorables fechas. ¿Y eran ahora sus paisanos los llamados a negarle la sombra de los árboles sagrados donde sus abuelos habían dictado leyes llenas de sabiduría? ¡Buen dar! Su apellido significaba en euskaro «hombre fuerte» y sentía perder los estribos de la paciencia dando puñetazos a trasmano y recorriendo la cuadra a grandes trancos.

—¿Qué pensaban esos mequetrefes oñacinos al imponerle semejante contribución? ¿Acaso no se recordaba ya el descalabro de esa sangrienta cruzada contra el bando de Garibay? Dieronle los nuestros a la villa va-

lor y fama, y fueron holgados mis abuelos de gentilezas y prebendas—exclamaba. ¿Y por qué hoy desconocerle el título nobiliario de este árbol seco, símbolo de la ingratitude real?

El hidalgo mostraba su arrogancia almenada y sola. Estaba en su hora. Sobre el tablero negro de la mesa brilló de súbito la luz de un puñetazo. ¡Cuán largo y cenceño aparecía su cuerpo! Su reto cerril no bajaba de voz, subiendo cada vez más hacia los cielos, como si quisiera volar, a través de los mares, hasta el trono del monarca.

—Solo, tanto como vos—oyóse decir en el silencio de la cuadra—y juntos, más que vos!

Luego inclinó la cabeza, dejando, silenciosamente, rodar un lagrimón; en el ángulo de luz tenue que penetraba por la ventana tuvo la visión de su madre apoyada en el alféizar, mirando hacia el jardín del patio con aquella su expresión de sencilla nobleza de la montaña, en los momentos en que suspendía la aguja con el hilo de oro que bordaba una casulla de tisú, para decirle con dulzura nostálgica, como si empezase a relatarle un cuento de hadas: «Allí, frente al altar mayor, bajo nuestro escudo de armas, teníamos el sitial e íbamos a la misa llevándote en nuestra compañía...»

* * *

Partió al fin a la coronada villa de Madrid; y pareciéndole de poca hidalguía ir a terciar con los leguleyos de Oñate su probanza de limpieza de sangre, otorgó poder

para que lo representase al presbítero don Juan José de Araos y Otálora, beneficiado de la iglesia colegial de San Miguel. El juicio que se siguió a raíz de la presentación que hizo el presbítero Araos, fué apasionadísimo por ambas partes, formándose con los nutridos alegatos que se leyeron, un expediente de muchas luces, prosapias y fueros. Todos los golillas de Oñate siguieron el juicio con viva atención, hasta que un día, el alcalde y juez ordinario, sobreseyó la sentencia definitiva en favor de don Luis Manuel de Zañartu contra lo que sostenían el prior síndico y vecinos caballeros hijosdalgos que, aun en el supuesto que dicho don Luis fuera hijodalgo notorio, no podía asentar su investidura en la matrícula en que estaban los nombres de los nobles del lugar, por cuanto aquél residía en América.

Terminadas las gestiones hechas por don Luis con tanto lucimiento, y siendo declarado, por cédula real, caballero hijodalgo de casa y solar conocido, con todos los privilegios y fueros anexos a este título en los reinos de España, hizo sacar copia íntegra de los antecedentes, en rico pergamino, autorizada por el escribano Urmeneta. Esta copia ocupaba 318 fojas decoradas con floridas viñetas pintadas al huevo, conteniendo la más pura letra gótica que se halló entre los hábiles calígrafos de Oñate. La copia de la cédula real quedó aparte, en un volumen más pequeño, y a ambos se les puso una pasta con cortes dorados, atadas con cuatro tiras de piel de cordero. Sobre la pasta rezaba el siguiente título: *«Testimonio auténtico de la Filiación, Hidalguta y Nobleza de don Luis Manuel de Zañartu, natural de la villa de Oñate, en la*

provincia de Guipúzcoa y Executoria ganada en contradictorio juicio con el procurador general de los caballeros Hijos-Dalgos de dicha villa.—Año 1757».

El valor de este precioso trabajo pasó de doce mil patacones de plata, cuya suma, agregada al pleito, subió de veinte mil, logrando así el orgullo del hidalgo vizcaíno impedir el cobro de la plebeya contribución de seis pesos y centavos.

En posesión de sus codiciados pergaminos, tomó rumbo de Cádiz para embarcarse a América en el navío «San Rafael», en el mes de Junio del año 1758.

Desde esa época empieza la figura de don Luis Manuel de Zañartu a proyectarse sobre la achaparrada ciudad del Nuevo Extremo. Volvía ahora de las Españas, rodeado del natural prestigio que estos viajes daban a todo caballero de la Colonia. Al poco tiempo fué electo regidor y así tuvo ocasión de administrar los propios o rentas de la ciudad, interviniendo en la ejecución de algunas obras públicas. Aquí es donde empieza a verse por primera vez en la hacienda del Rey la mano de hierro de un hombre que conocía los tiempos difíciles del reino. Su incansable laboriosidad unida al fulgor de sus ojos visionarios, encendidos en una misma fe de conquista espiritual y material, llevábanle a dar pronto término a las obras que emprendía.

Su fortuna habíase acrecentado considerablemente mediante sus hábiles operaciones mercantiles que se extendían por las costas del Perú y Chile. El fausto que gastaba hacía de él un personaje de fábula cuyo nombre corría de boca en boca por los estrados de las principales

cuadras santiaguinas, hasta llegar a constituir el más brillante partido matrimonial. Los esclavos acollarados a su servicio doméstico eran numerosos. En las festividades de tabla salía don Luis Manuel cubierto de pedrerías, desde el sombrero hasta la calza, la mano sarmentosa aferrada a los gavilanes del espadín, y en su rostro enjuto llevaba algo de esa expresión que tienen las figuras que pintó Theotocopuli, mezcla de guerrero, de poeta y de fanático. La carroza que lo conducía a los paseos era la más lujosa que se conservaba del siglo XVII. Tapujada de finas labores de oro y forrada en su interior de terciopelo carmesí, se destacaba entre todas por la majestuosidad de sus pilares labrados a lo salomónico. La caja, historiada con lazos, flores y mascarones, ostentaba en sus portezuelas el escudo de armas cincelado en oro. El carruaje era halado por doble tiro de mulas, negras como el azabache, y un negro auriga se pavoneaba metido en su casaca roja con galones verdes; en tanto las mulas, enjaezadas de seda y plata, iban dejando al paso los tintineos de su enjambre de campanillas.

Su matrimonio con la hija de don Francisco Javier de Errázuriz, natural de Aranaz en Vizcaya, y fundador de este apellido en Chile, bendecido el año 1758, fué una resurrección del hogar linajudo del siglo, por el fausto y la alta canonización social que significó. Era doña María del Carmen una dama incapaz de la menor torpeza, ni atrevida ni excesivamente modesta, con los ojos encendidos por un espíritu lleno de sutileza semita bajo el subido barniz católico. De una suave y exquisita palidez color mate, doña Carmen parecía a don Luis como he-

cha de una esencia más pura que las otras mujeres. Se apasionó de ella con toda su infanzona arrogancia, y en el estrado decoró el fondo magnífico del sarao nupcial ofreciéndole la mano señorial al empezar los compases del minuet de honor.

Al año siguiente de su matrimonio nació doña Teresa de Jesús Rafaela, y dos años más tarde, su otra y única hermana, doña María de los Dolores.

Su nombramiento de Corregidor, Justicia Mayor y Lugar Teniente de Capitán General coronó sus ambiciones de poderío a que aspiraba como caballero hijodalgo, de sangre y naturaleza, de casa infanzona y solariega, pendón y caldera. Este empleo al mismo tiempo que le daba preponderancia política lo investía de poder militar, y como jefe tenía derecho a usar el bastón de mando en cualquiera función y llevarlo de ordinario como su propia insignia.

A fines del año 71, con los primeros calores del estío que siguieron a las inundaciones del invierno, se desarrolló en la ciudad una epidemia llamada del chavalongo, producto de las resolanas y reverberaciones del árido llano del Maipo. Doña María del Carmen tomó el contagio de esta fiebre, y después de largo padecer, feneció en el día de la Circuncisión del Señor.

III

Vivía el Corregidor en la calle de la Merced, llamada también de los Condes y Cruzados, por los muchos que

en ella ostentaban sus escudos de nobleza. Ni un rumor trascendía del interior de su casona. Las ventanas permanecían con las maderas clausuradas, como si hubiesen detenido para siempre, tras sus rejas de trenzados haces de hierro, la fecha en que doña Carmen entró en el gozo del Señor. Sobre el portón, flanqueado por el casco de guerra de los Caballeros de Oñate, bajo el alero de dos aguas, se alzaba una cruz indicando al transeunte que allí se hermanaban la religión y la heráldica. Este portón ocupaba gran parte de la fachada y sólo se oía el chirriar de sus goznes enmohecidos cuando el enlutado furlón, que ahora substituía a la carroza de gala, parábase en su frente a tiempo que los esclavos desprendían de los cabestrillos las cadenas, que circundaban la parte exterior del edificio, para que entrase al patio, donde estaban los horcones en que se aparejaban las mulas. Sólo entonces las dos hojas del portón se abrían de par en par, lenta, pesadamente, como haciendo un oficio del cual hubiesen perdido la costumbre mucho tiempo antes. De este modo el recio caserón, guarnecido afuera como una fortaleza, parecía meterse, cada vez más, dentro de sus muros, con el recogimiento de una casona provincial.

Quedaba el solar del Corregidor en el rincón más característico de la ciudad, esquina encontrada con el convento mercedario, y frente a una plazoleta plantada de arrayanes y canelos. En el ángulo de esa esquina se levantaba, como bastión, un enorme y cilíndrico trozo de granito, que servía de cierre a los dos cuarterones de roble que, en los tiempos de la mocedad de don Luis, se abrían para expender los productos de sus chácaras. La

pequeña calle se hundía muellemente hacia la plaza Mayor siguiendo los tejados las alternativas del terreno; destacando aquí el balcón volado del marqués de Cañada Hermosa que avanzaba huraño sobre la calleja; allá la del Conde de Quinta Alegre con su alero corrido y enorme pilar de esquina, y al final, cerca de la calle del Rey, la casa del Conde de la Conquista enjalbegada color sangre de toro.

La vida interior de la casona no desmerecía en nada al fiero ceño del portón y al hálito errante de vigilia que cruzaba por la calle. Cuando se abría el postigo con el sigilo que ponía en práctica una vieja portera, apergamina y monjil, la visión morisca del patio principal recobraba expresiva luz sobre los naranjos y toronjos que manchaban con un verde sombrío los largos corredores. Estaba el patio empedrado con mosaicos de tabas y menudos guijarros de río, que el tiempo había recamado de una costra de musgo con escamas blanquecinas, grises y jaldes. Destacábase en el centro una pila de piedra cantada, en cuyo relieve, estropeado por los años, se traslucía el tallado sutil de un enorme floripondio. En el zaguán, cerca de la puertecita de la portera, un farolillo alumbraba constantemente a una imagen de Nuestra Señora del Carmen, como en las porterías de los beaterios.

La muerte era la única preocupación de los que en esa casa vivían, oyéndose entre suspiros y sollozos, un jeseo continuo en la sala donde antes se reunían los criados y se repartían las raciones del día, las limosnas forzosas de los conventos y pordioseros; donde los días de santo se recibían los recados de una romería de chinitas que

llevaban en lebrillos y azafates, coronillas de las Recogidas, calabazas de aloja de culén y ollitas de las Clarisas, bizcochos almendrados de las Monjitas, cochinitos rellenos, de colas ensortijadas, de las Agustinas, lentejas y aceitunas sajudas con ají de las Pastorizas, canastitos de alcorza y naranjitas escarchadas, de las Capuchinas. Todos estos presentes se iban colocando sobre las mesillas ratoneras de la sala. Allí doña Carmen agradecía el regalo, compartiendo después con Marilola esa parte del recado que decía: «mando a su merced ese bocado porque me estaba gustando».

Cuando murió doña Carmen, la vida de esa sala se acabó para siempre con el cortejo de alabados y benditos que se oían desde que se entraba en el zaguán. El viudo dispuso que las canastas fuesen colmadas de madrugada por el petaquero. De esta manera los comestibles ya no se detenían allí, pasando directamente al patiezuelo de la servidumbre. La antigua sala perdió todo su encanto, quedando en sus paredes blanqueadas impregnado el aroma de los dulces confeccionados por las habilidosas manos de las amistades de doña Carmen.

En el estrado, cuadra de honor del Hijodalgo de Oñate, se habían descolgado algunos lienzos como si se quisiera borrar ese residuo ilusorio de los grandes saraos y no distraer con vanas ostentaciones el dolor de los que acudían a la visita de pésame no sólo a gemir la muerte de misiá Carmen sino también la de aquel finado, del otro pariente.

María de los Dolores, la hija menor del hidalgo, llamada familiarmente Marilola, al uso de Castilla, recorda-

ba que muchas veces, en ese ambiente angustioso, al despabilar los velones de plata que se deshacían lagrimeando con un chisporroteo persistente, habíasele extinguido la luz entre las tiroteclas mientras los circunstantes le decían en coro que no se casaría ese año....

Marilola era la única en aquella casa que se atrevía a burlar la autoridad paterna con su tarabilla de molino en desasosiego. Su alma apasionada la había llevado hasta aceptar las finas expresiones que un apuesto militar le dirigía al salir de misa del templo de Santo Domingo, quien la ayudaba a atravesar la calle con mano señorial, como en cierta contradanza muy en boga en los estrados, para que ambos al acercarse cambiasen algunas palabras sin que las gentes pudieran motejar el desahogo. Estos encuentros se habían repetido asiduamente hasta un mal día en que su padre sospechó de ellos, y la obligó a cambiar de iglesia permitiéndole sólo oír la misa de alba. Por este motivo sus entrevistas se redujeron a lejanas y furtivas citas, ya en el locutorio de las agustinas cuando el joven teniente iba a visitar a una tía monja o en una que otra función religiosa.

Cuando Marilola empezó a bordar un manto para la Virgen del Rosario, la de su devoción, sintió florecer en su alma una nueva esperanza. El arte del bordado la sacaba de la pasividad melancólica en que vivía, al poner sobre el fondo del brocado verde azul, las sedas, el oro y la plata. Recordaba cómo su madre le enseñó este arte de decorar y urdir *meñagues* en el tamborillo, bordando con ella muchas ropas suntuosas en tisú de los telares de Lyon. También evocaba el día en que, antes de ir al es-

trado, púsole su madre un faldellín «a media pierna», dándole una lección en el modo de andar, el mucho garbo en la pisada, sin ocultar del todo la media de seda calada y de cuchilla para que se vieran las cintas de los atacados. Tampoco había sido menester que le corrigiera las actitudes del pie y de la pantorrilla, como a Teresica, introduciéndole en el chapín granos de garbanzo para que con la punzada deshiciese la imperfección, aunque bien sabía que su hermana, embebida en la vida de los santos, tomaba estas cosas del mundo por penitencia.

Los recuerdos enhebrados al azar, muchas veces como los hilos del bordado, llevábanla a matizar el motivo con una sombra parecida a su dolor, y era entonces cuando su tono verde mar dejaba de ser la esperanza que sostiene para convertirse en la esperanza dudosa.

—¡Siempre éll!—exclamaba la niña dejando escapar un suspirillo. ¡Madre mia, ampárame!

La mama que le acompañaba en el bordado, veía sobre aquella fantasía de oro y plata la blanda imagen del galán, y la compadecía, la ayudaba a sentir y a recordar las pasadas entrevistas en que había aguardado a respetuosa distancia. Era la mama Mariana una vieja mestiza, gruesa, rechoncha, como colchón sin bastas, que la había cargado en brazos desde el día en que nació. Tenía unos ojos negros, casi desprovistos de pestañas, en los que chispeaba la inteligencia ladina de la criolla, y que al mirar a *su palomita*, como llamaba a Marilola, se tornaban dulces y tiernos, dispuestos a todos los sacrificios y abnegaciones. Llevaba descubiertos sus cabellos platea-

dos que le caían por la espalda en una pesada trenza. Vestía una chaqueta cerrada y una pollera de cordellate, llena de plegaduras y adornada en el delantero con una doble corrida de botones. Un rosario le colgaba sobre las faldas y usaba siempre sobre sus hombros un chal de lana tejido.

—Pobre Marilola—decíale—deje que pase la vientolera, pues si mi señor don Diego tiene casa que mantener y castillo de guerrear, dejará! sudar la paciencia hasta lograr su favor, mi palomita. En fin ya pasarán estos *meses azules* y se harán las cosas con su señor modo. El gran negocio en este mundo, como le oía decir a la finada misiá Carmen (que Dios guarde en el cielo), es hallar un buen esposo; Dios mío, dame lo que pido: plata y buen marido.

—Pero mi tatita detesta a los maridos de la tierra y no admite la comparación con el esposo celestial — replicó la niña, dejando la agujeta clavada sobre una estrella.

—Eso dirá — repuso la mama — pero el Señor dió a nuestra madre Eva un marido en la tierra, y por eso es que casi todas las mujeres nos inclinamos a los maridos terrestres, mi alma, que ansí se lleva mejor la carga, de a dos en celda, como dicen, sin dejar por esto de amar a Dios, que no todas las mujeres han nacido como doña Teresica para meterse entre las cuatro paredes de un convento.

—Esa es la puerta del cielo y el padre Gabriel dice...

—¡Psh! Muy aportillado debe de estar el cielo entonces y figúrese lo que sería de nosotras las pobres no teniendo ninguna puerta por donde entrar. Mucho sabrá

«piquito de oro» de los Santos Padres; pero yo en asuntos de salvación creo que le gano a borneo de chicote.

—¡Vaya! En gracia me has tenido con la plática—dijo la niña — pero ¿no crees, mama, en las vocaciones?

—Sí, creo en las santidades de doña Teresica; pero, cuando se pasa con una fullera de amor, misiá Marilola, buen cuidado es menester para no caer en el engaño, que mejor es quedarse en el mundo para vestir santos, que así también se sirve a Nuestro Amo y más cuando en vez de monja carmelita, como quiere mi señor don Luis, se está mejor para

«monja de San Agustín,
de a dos en un cojín,
y después un chiquitín...»

—¡Jesus, qué labia — exclamó la niña sonriendo — se me hace pecado lo que dices!

Así continuaban la plática doncella y mama en esas horas largas y aburridoras que seguían a la colación del mediodía. Su dormitorio tenía una ancha ventana que daba al segundo patio, circundado por un corredor más pequeño y angosto que el primero, y por cuyos pilastres la luz se filtraba a través de las enredaderas olorosas de mosqueta y madre selvas. ¡Qué bienestar se respiraba en ese patio íntimo de la casa, donde no alcanzaba a oírse la carraspera de su padre, apagada por los rumores de los árboles! Allí la vida parecía seguir su curso natural. Como un eco lejano llegaban las chilindrinas de las cholitas y mulatas, la zirigaña de las bateas y tendales, el zi-

pizape de los perros, el lavadero de las ollas y lebrillos, el tintinear de las baterías de cobre estañado, el chapaleo del agua en los enormes cancos de greda. Toda la rebujiña del patiezuelo de la servidumbre repercutía en ese patio cuya sílaba más íntima y propia era modulada por una vieja destiladera de piedra porosa, que estaba puesta en el rincón más oculto, entre las enredaderas, como si se quisiese conservar el agua de su filtro libre de las impurezas del tiempo. A su aposento llegaban todos los consuelos de esa muchedumbre de esclavos y de animalitos que invadían el patiezuelo. Nunca faltaba en su frasquera la rica mistela que le preparaba más de una mulata al querer reanudar los lazos rotos por algún choque casero ni la «agüita» de toronjil «pa la pena» que le llevaba la cholita del coscorrón. Hasta su recámara llegaban también otras mansedumbres más menudas; el negrillo, que tenía un mechoncito en la cabeza para el tironeo de la amita cuando se portase mal, acudía a divertirla con el gran gato de madre señora que venía morrongueando a refregarse en la saya con olor a incienso.

IV

El sol acababa de ocultarse cuando un embozado metió la cabeza por la ventanita trasera de la casa del Corregidor. En el interior del sobrado surgió una sombra que se aproximó a la reja.

—¡Despacito! ¡No haga ruido! ¡Y cómo viene! ¡Tan raída la ropal!—exclamó una voz tímida en tanto la luz

muriente del crepúsculo dejaba ver la graciosa figura de Marilola, enmarcada en un juboncito de estameña negra. Su rostro se tiñó de rosa al mostrarse a la claridad en toda su belleza, realzado por el peinado de bajo rodete.

—¿Acaso se imagina, Marilola, que he llegado hasta la tapia de la huerta haciendo sonar las rodajas del calesín? Si no fuera por mi carácter sufrido y las manos harto ligeras que tengo, no hubiese llegado aún a la ventanica. Que haya venido hasta aquí ha sido un combate bien ganado; desfogando mi entusiasmo contra más de un rudo mayoral, saltando murallas y solares, cayendo en lagunatos y barrizales, fustigando perros, aprovechándome del ruido de las campanillas y cascabeles de las recuas, harto cansado de escabullir las conversaciones de carro-materos y mulatos, limpiando con mi capa de gala las tapias, y hurgoneando con mi espada de honor los matorrales, todo por verla un tantico, toda mía, libre de su padre y del auto que acaba de proveer...

—¡Dios mío, qué miedo me dal ¡Cómo se ve su aprecio! Pero ¿qué reza ese auto de mi señor padre?—preguntó la niña sujetando entre ambas manos la barbilla.

—Reza que no puedo acercarme hasta cuatro cuadras en contorno de esta casa, so pena de mayores castigos si prosigo en mis rondas.

—¿Y agora usted que va a hacer? ¿Acatará?

—¡Como el señor Visorrey Amat: sin cumplirl!

—¿Hacer como cuando se finge escuchar y no se oye nada?

—¡Cuadro! Mi única defensa es mi porfía. Es neces-

rio que su padre comprenda que el corazón no se manda como a los presos de la cárcel.

La fiesta de luces del crepúsculo había dejado al borde de la cordillera de la costa la arquitectura de un castillo por cuyos ventanales y boquetes surgían llamas de incendio. Este mostraba un dragón de oro que parecía haberse escapado por una de las torres del fantástico edificio.

—¡Albricias, Diego!—exclamó en ese momento Marilola—¡Mire aquel dragón que parece bajar por las montañas, de las graderías de un castillo! ¿Será el hechicero que viene a desencantar esta casa?

—Téngase muy queda—respondióle apretando sus manos que como dos rosas prisioneras aparecían por entre la forjada reja—el dragón aquel vase poniendo muy fiero como conviene a galán celoso; cata allí agora que va arremeter contra mí!

—Buena borrasca nos espera—dijo la niña dejando correr por la forja su brazo desnudo como si tratara de rodear el cuello del galán.

—Pero yo estoy aquí para porfiar duramente. Los peligros no serán más arduos que los que tuve en la frontera combatiendo contra los indios y más propicia la suerte en un encuentro como éste, dueña mía.

—Quiero creer que lo dice de veras, y no me requiebra.

—No gusto farfullar, Marilola, y menos en cosas tocantes al corazón.

La niña, que se había sonreído, púsose seria y sus pequeños labios temblaron. ¡Se sentía tan dichosa!

—Muchas mercedes debemos a nuestro amor—le respondió— y no quisiera desasosegarle.

—Sus palabras consuelan mi afanar—contestó él.

En esos momentos, una extraña inquietud invadió la atmósfera. De la callejuela vecina llegó un rumor acompañado de pisadas, que fué aumentando poco a poco hasta convertirse en un tropel mezclado con rechinar de hierros.

Los dos enamorados quedaron en silencio. Luego ella murmuró compasiva:

—¡Pobrecitos! Son los presos de la cadena que van al trabajo del puente.

—¡También nosotros cargamos cadenas en el alma!

—Todo lo sufro con resignación y ofrezco a Dios mi penar para que algún día lleguemos a romperlas.

Calló Marilola un instante, y después prosiguió:

—Ésta será la última de nuestras entrevistas en el sobrado. Se va a cerrar este sitio para siempre. ¡Todo lo que yo más quiero van a guardarlo aquí! ¡Hasta cosas que son recuerdos de mamita!

—¡El in pace!

—No quiero pensar en lo que va a ser.

La plática continuó por largo rato en el interior del huerto, donde empezaba a cernerse la ceniza vespertina en medio de las madreselvas y jazmines que tapiaban la muralla de la ventanita trasera. Con las sombras del crepúsculo ambas figuras iban en imperceptibles transiciones, de lo gris claro a lo gris oscuro, a lo negro suave y a la sombra intensa. Los enamorados participaban de esta penumbra con íntimo bienestar, aun-

que no disimulaban cierta profunda inquietud por los rumores que venían de las callejuelas vecinas y del interior de la casona. De la noria, soterrada a algunos pasos de distancia, se escuchaba el eco de la gota isócrona como una pulsación secular de sus corazones. Hubo un instante en que ambos parecían aterrorizados en un mismo pensamiento de angustia, ante la extraña gota monocorde que caía del aljibe. Sobre la cruz de hierro que coronaba el rústico horcón rasgó el aire el grito agorero de un chuncho, y dos perrillos se estrellaron peleando en el brocal.

—¡Dios mío! ¿Qué nueva desgracia nos amenaza? ¡Ay, yo no sé lo que pasa en mi corazón!—exclamó la niña.—A veces sólo quiero acordarme de mi felicidad; pero ese monasterio que mi señor padre acaba de hacerme da miedo, figúraseme una mazmorra donde voy a ir a enterrarme en vida. Sin embargo, pienso que si no he de pertenecer a usted, mejor fuere sepultarme en el convento ¡Sólo questa negrura en la mente, este desasosiego acá en el corazón!

Y cruzando los brazos sobre el pecho, agregó: ¡y qué dureza por las cosas del cielo!

Don Diego, a medida que hablaba la niña, acercábase a la ventanita, apoyando sus pies en la peana sobresaliente de la muralla, escalaba con las manos los traveseros más inmediatos, y juntando su rostro al de la doncella, pasó el brazo por entre el calado rosetón de hierro y la atrajo quedamente.

El cubo de la muralla apareció, entonces, en el ángulo de una de las esquinas del huerto, proyectando sobre

ambos amantes una sombra solemne y espectral, como si tomase la forma legendaria de una almena, mientras la capa de gala del enamorado, sujeta del collarín, flameaba en el aire cual sedicioso pendón.

V

El verano no había aventado sus fuegos en el patio del caserón. En la recámara de María de los Dolores ya no se detenía la servidumbre como antes y apenas llegaban los ligeros ruidos del tercer patio. Hasta el aire mismo, que pasaba mansamente por entre las ramas y naranjos, parecía no querer perturbar el silencio de aquella casa entenebrecida. El anhelo de su dueño de ir convirtiendo aquel reducto de sus mejores años en escuela de novicias para sus hijas, le hacía sustraerlo a una vida vanal de recibos y jaleos.

Las flores y las aguas de olor habían sido arrojadas de las salvillas de plata como sustancias malditas. Las voces se habían atenuado y se prohibió el jesuseo de las visitas, el ayayay de los niños de las mulatas y hasta el rasgueo de la vihuela que para solaz de la servidumbre solía tocar en el último patio la vieja mama. Las novenas y mandas en cambio habían recrudecido hasta culminar con la promesa del hábito de la Virgen del Carmen hecha por las dos hermanas en presencia del padre Gabriel.

El hogar, clausurado como un monasterio, seguía en su interior varios actos de la comunidad de carmelitas descalzas, bajo la sombra de los aleros que en las noches

de luna, perfumadas de aromos y floripondios, suspendían en el ambiente un velo soñado y alucinador. Las historias milenarias de príncipes enjoyados habían cedido el lugar a las lúgubres concejas de aparecidos, como el ánima de doña Carmen, que según afirmaban los criados andaba penando por el patio grande.

Entre las dos hermanas, Teresa de Jesús era la que demostraba una extremada inclinación para ser religiosa. Su rostro demasiado enjuto, tenía la nariz aguileña del padre, la misma mirada penetrante, el mismo orgullo montaraz. A pesar de su poca edad demostraba una madurez de juicio extraordinario, que edificaba con sus ayunos y penitencias. Su padre muchas veces se veía en la necesidad de contenerla de aquéllos que podían perjudicar su salud, y admiraba su talento y discreción, que creía excesivos a su edad, por el conocimiento que demostraba tener de las cosas del cielo.

Las dos niñas vestían monjiles de bayeta. Marilola ocultaba bajo la toquita blanca sus castañas y ensortijadas guedejas. Su locuacidad solía animarse con las charlas de su prima Picha que le refería sus aventurillas; pero era al punto reprimida por la vigilia constante de la carraspera de Don Luis. Sólo la negra Magdalena continuaba sus funciones en la antigua práctica de mantener el zahumerio en las alhanias, asperjiéndolas de alhucema. Era esta mujer, una negra de casta de angola, de cuarenta años, poco más o menos por bozal, traída de Guinea en vida de doña Carmen, alma en boca, queso en costae, con seguro de cimarrona, pero robusta de caderas, por lo que se le había enseñado en las tareas más sencillas y

delicadas de la casa. Su especialidad consistía en soplar a dos carrillos el fuego de los braseros, las manos de tapaviento, durante cuya operación exhalaba un quejido lento y musical.

El primer disgusto que tuvieron ambas hermanas fué motivado por la colocación que cada una quería darle a los muebles. Teresa de Jesús había arrastrado sin miramientos al sobrado del caserón todo aquello que, según ella, estaba de más, lo que era muy nuevo y carecía de estilo religioso: así fueron saliendo tapices de dudosa procedencia mora y muebles pequeños y seductores, desde las butaquitas de Luis XV hasta la rica guitarra de fábrica sevillana. Marilola, al verse destronada de sus cojines favoritos, despojada de sus cajuelas recamadas de mosaico y plata, y de todo aquello que constituía su agrado íntimo; transformada su recámara en una estancia desnuda y de una severidad de celda, discutíale, evocando el nombre de su santa madre y pidiendo «una meditación». Y en la inutilidad de todo esfuerzo, llena de lágrimas, se iba a refugiar en el interior del huerto, llevando oculta bajo su monjil la muñequilla que había salvado de la catástrofe. ¡Cómo comprendía la pobre niña que sobre la razón fría de su padre y sus propósitos de anulación infecunda, estaba su corazón amoroso, desbordante de ternura! El caserón retrogradaba un siglo con esos dos seres tan iguales y como un vaho de purgatorio salía a flor de las murallas el amortiguado fanatismo de otrora.

Su padre había dicho, en recia voz, como para que se oyese desde los cimientos hasta la cruz de hierro, sus-

tentada en el alto del edificio: «que no entendía de argórgolas y que era necesario saliese de allí lo que no se amoldaba al nuevo espíritu de vida». «Hay que limpiar la casa de engañifas compradas a especieros mal avenidos y peor acondicionados». ¡Portugueses macucos o sabe Dios de qué raza maldita!»

* * *

No se le ocultaba a María de los Dolores, que las disciplinas y ayunos impuestos por el padre Gabriel, pronto tendrían un desenlace fatal para sus amores. Su padre, a la sazón, andaba muy preocupado con los últimos arreglos del convento y de su iglesia. Se sabía ya que el número de las novicias estaba completo y que los restos de su madre serían pronto trasladados desde la iglesia de Santo Domingo a la del convento del Carmen.

Dos veces por semana tenían plática con el padre Gabriel, quien ponía delante la grande obligación que tendrían en su nuevo estado, y la perfección que debían alcanzar personas tan de la casa por ser hijas del fundador. Hacíales comprender que su padre al querer sacarlas del mundo sólo veía los peligros y ocasiones que a cada paso era forzoso que las acechasen, por no tener madre que las guiara, y estar Don Luis empeñado en regenerar a un pueblo degradado y envilecido por los vicios. La buena plática y buena retórica del padre director llegaba a convencer por momentos a María de los Dolores, haciéndola sentir ese deseo de sacrificio a los regalos del mundo. Y aunque salía haciendo platillo y conversación

de las lecciones del padre Gabriel, guardábase de considerar las cuentas pendientes que tenía con su alma.

Las tardes que siguieron a la cita que tuvo con D. Diego acercábase Marilola, con el corazón todo dolorido de ansias, hasta el centro del primer patio, donde un cefirillo parecía aventar los profundos pensamientos que la embargaban. Largo rato permanecía allí, sentada sobre el borde de la pila, viendo correr el agua que mojaba los lustrosos abanicos de las calas y dejándose embriagar por el aroma del floripondio. La mágica flor exprimía un sumo adormecedor, que, al mezclarse con los toronjos cargados de azahares, contribuían a despertar sus sentidos. El toque del *Angelus* la encontraba muchas veces en medio de las inquietudes que palpitaban en su seno, con las manos cruzadas sobre el pecho, evocando una feliz expresión del joven: «sus manos en actitud de orar son como hostias en sacramento». Esta piadosa galantería le hacía unir los brazos con más fervor para pedir a Nuestra Señora del Rosario que intercediera por la felicidad de ambos.

Una tarde de Carnestolendas, una escena callejera que acaeció poco antes de las oraciones, en la plazuela de la Merced, vino a romper la paz claustral en que vivía el caserón. Una comparsa de enmascarados, que transitaba por las calles desafiando a las bellas a un combate acuático, detúvose frente a la morada del Corregidor, y mientras los sones de unas cuantas guitarras rompían la quietud del patio esparciendo el eco de sus coplas satíricas, una cuadrilla de caballos y mulas agitaba sus cencerros

con gran alboroto del vecindario que había acudido en tropel por zaguanes, murallas y balcones.

Marilola, al oír el cordelejo, sin recordar las órdenes prescritas, sólo atinó a correr hacia el zaguán, seguida por Teresica y la mama. Cuando se asomaron por la mirilla un poblado se les presentó a la vista en movedizo apiñamiento multicolor. Allí se veían turcos, griegos, romanos, papahuevos, gigantones de grandes ojos de betún, llamados tarascas, el Rey Moro, el diablo, los empedejados y algunos espantables personajes de los Autos Sacramentales, todos poseídos del genio de la locura, bailando la danza de los parlampanes, y que hablaban por sus nombres a las hijas de Don Luis, desafiándolas al combate con frasqueras de aguas de rosas y jeringuillas de marfil. Marilola vió acercarse al postigo a una muñeca de madera, especie de María de Legño, que sonreía ofreciéndole con una mano en alto «un favor» de tejido finísimo, pañizuelo de ilusorio galanteo. Por entre la reja del mirador surgió una tenacilla de porcelana, dos dedos de rosa, que lo cogieron en medio de un murmullo de vivas. Los más diversos ropajes brillaron bajo la mágica luz del atardecer, y la resolana al teñir de púrpura la torre de la Merced daba de lleno sobre la mojjiganga, tamizándola con los suaves matices de una alfombra persiana. Las plumas se encendieron de colores movibles y brillantes, los vestidos de naipe tomaron extraños fulgores, volaron en la plazuela los papelillos rojos y estallaron ensordecedoras quemas de cohetones y cohetillos, mientras caía sobre el portón y el interior del zaguán una lluvia de huevos de «tero», que al reventar cerca de las niñas re-

sultaban un receptáculo de exquisitos perfumes. El ámbar, el agua de Persia y de ángel, la algalia, habían convertido como por encanto el zaguán frío y húmedo en un mazo de fragantes flores. En tanto los pelotones de caballería provistos de odres de agua y enormes jeringas repartían a derecha e izquierda sus *asperges*, no muy aromáticos, atrayendo el pánico entre los circunstantes.

Las dos hermanas, que ahora se habían encaramado en «el alto» para contemplar mejor la escena, compartían el regocijo de los catimbados; Teresica, dejando su aire rígido, sonreía, y en varias ocasiones, estuvo a punto de palmotear; en tanto Marilola repicaba con los piecitos, sobre un taburil, un loco chapineo, agitando en las manos el pañizuelo, mientras su alma se iba en pos del jefe de aquella comparsa que, disfrazado de San Miguel y con una vihuelilla en la mano, punteaba los compases de una canción:

«Yo soy el ángel que vengo
de la celestial esfera,
mandado del mismo Dios
para hacerte cruda guerra»...

No había aún terminado de entonar estos primeros versos, cuando apareció doblando la esquina, a tranco largo, el Corregidor. El ánimo más mal sonante que pintor de Fierabrás pudo expresar: alto, bien medida la ropa en el «alivio de luto correspondiente», terrible en su arrogancia y dureza, cimbreando el bastón de mando, exclamó con voz de trueno:

—¡Cuérnigas! ¿Qué significan estas cantaletas? ¡Guarda silencio la canalla!

Todo el poblado quedó atónito ante la repentina visión, pues unos creían al Corregidor en el Cabildo, otros en los trabajos del puente y los menos en sus preocupaciones monásticas, y cual sería la sorpresa de los unos, los otros y los menos, que en un santiamén optaron por emprender una fuga desvergonzada. La mojiganga se dispersó por varias callejuelas, cortando unos guitarreros hacia la Plaza Mayor, otros enmascarados a la Cañada de San Francisco y calle de Bretón; en tanto las cuadrillas de mulas con sus pretales de cascabeles y penachos, espantadas al ruido de los gritos y de las carreras, emprendían por las calles una de corcovos y denuestos, atropellando a zambos, a vendedores ambulantes, a viejas que salían de las iglesias vecinas, a damas que volvían de los tendales y a galancetes de «punta en blanco».

Jamás tamaño desacato había perturbado el recogimiento religioso, no sólo de la ciudad, sino de la casa de tan alto magnate, sin respetar los ejemplos y virtudes que se veneraban, dentro de sus muros, en memoria de doña María del Carmen. Esta irreverencia significaba también una burla a la autoridad más encumbrada, y cuyo castigo inmediato no demoraría en caer sobre los culpables. En los tendales de las arquerías de Sierra-Bella las candeladas de Carnestolendas se encendieron a la hora de queda con presagios de mal agüero para el último día de chalilones: un vientecillo sur, apagaba continuamente los candiles; mientras unos pocos enmascarados apresuraban sus pasos, alicaídos por la fuga, y temerosos de

que la ronda del Corregidor los topase al volver de una esquina.

A prima noche vióse salir de uno de los bodegones de Sierra-Bella a un ángel de talla gigantesca, que como una sombra ganaba la calle del Rey en dirección a la Cañada de San Francisco...

* * *

Tal desaguisado llevó al pináculo de su rigidez el ánimo entristecida del padre. Mal humorado por los numerosos pleitos en que estaba envuelto, y dura su expresión ante los sinsabores de una lucha continua, esta mo-jiganga callejera concluyó por rematar la crisis de su orgullo, que, en esos momentos, se cernía sobre todas las cosas que le rodeaban, como el ave de rapiña segura de sus fuerzas.

Momentos después del esquinazo una extraña escena tuvo lugar en el dormitorio. Había reunido a sus dos hijas en torno de la mesa que sustentaba el Crucifijo; ambas hermanas estaban acurrucadas en los taburiles, muy pálidas, sobre todo María de los Dolores, bajo cuya toquita descubría el rostro marfileño que contrastaba con el fulgor de sus ojos.

Don Luis, frente al Crucifijo, apoyaba la mano derecha sobre un libro de pergamino. Teresa de Jesús, sin dejar de conservar su aire frío y orgulloso, tenía el alma suspensa en lo que iba a oír de labios de su padre y con un balanceo de cabeza demostraba ya estar de acuerdo con él.

—Quiero saber pronto—empezó a decir Don Luis—lo que ustedes saben sobre este desacato. ¿Andaba en la mojiganga, Marilola, el mozuelo que tú conoces?

—No sé, mi señor padre.

—¡Cómo! A mí me consta...

—Y si le consta a su merced ¿para qué me lo pregunta?

—Es porque no toleraré que la insolencia de ese buscavida venga a perturbar nuestro dolor. Hay en todo esto no sólo un desacato a mi autoridad, sino pabilo para la maledicencia callejera, exponiendo mi honra a merced de los villanos!

Hubo aquí una tregua de silencio, y como un eco de su terquedad y orgullo sus palabras parecieron amurallarse en su intransigencia. Don Luis ya no necesitaba deslumbrar: se bastaba a sí mismo. Iba a ser en esos momentos su propio juez y espectador. En sus ojos pardos revivía su alma severa de montañez yuxtaponiendo a su mirada una expresión terrible de doctor medioeval. Su religiosidad era de acción.

Luego, con voz profunda, continuó:

—Hijas mías, no esperaba tan pronto hacer este juramento, pero como ya el demonio quiere dejar su pestilencia en mi propia casa, creo llegado el momento de prometer sobre mi fe y honor, y este libro en que se consignan mis honras, que no he de permitir a mis hijas que se unan en matrimonio a mancebo alguno de la ciudad; que agora no sé de quién las merezca con los mismos fueros, pues siempre he pensado que, ante la canalla de

los tiempos que corren, una alma se escuda mejor tras las paredes de un convento.

—¡Padre!—musitó en sollozos María de los Dolores.

Don Luis prosiguió:

—He decidido que mientras terminen los trabajos del monasterio, pasen parte de la Cuaresma en las Agustinas y durante la semana de Pasión se recojan a la chácara. Allí, viendo los preparativos de la fábrica, tendrán cada día un incentivo más que las irá acostumbrando a querer esa casa de Dios.

—Nuestro Señor por todos los siglos de los siglos—agregó la otra niña.

—María de los Dolores: sigue el ejemplo de tu hermana. Teresa tomará el hábito a la entrada de la primavera, mucho antes del ingreso tuyo, que será al principio como educanda. La madre Josefa velará en el noviciado. Ella es buena y virtuosa.

—¡Y una santa!—interrumpió Teresa.

—¡Padre!—volvió a musitar la niña, suplicante, poniéndose de rodillas.—¿Su merced no sabe que mi madre quería otros destinos para mí?

—¡Silencio! ¿A dónde quieres llevarme, hija mía? ¿Acaso no sabes que sólo basta mi voluntad para velar por los bienes temporales y espirituales de ustedes? ¿Qué azufaias son esas? Lágrimas en cosas que atañen a mi honra y religión. Vuestra santa madre... (Que Dios tenga en su seno—prorrumpió Teresa) .. sólo quiso para vosotras la felicidad que no peca contra la esperanza del Señor. ¡Y esta no iba a ser un amor precedero!

Don Luis se tomó aquí la cabeza con ambas manos.

Bien sabía que nunca creyó en la seriedad de las aventuras sentimentales. Los ascetas se parecían a él en estas razones. Tampoco admitía su inflexibilidad en tales asuntos siquiera una discusión para tranquilidad de su conciencia. Sabía que las personas devotas vuelan en Dios, frecuente, pronta y altamente. Y creía que el amor, si se quiere ver y buscar, sólo podía encontrarse en la llaga del costado de Jesús, «porque allí—repetía con el bienaventurado Elisario—es donde yo habito y donde mis hijos me hallarán; y en otra parte será buscarme en vano». Luego, cruzándose de brazos, le preguntó a la niña con sarcasmo:

—Pero ¿desde cuándo acá tan marisabidilla? He vivido mucho y tengo ya mucha trastienda y penetración de las cosas para que se me quiera engañar: soy cristiano viejo de la montaña, bautizado y con crisma. Y... si algo vuelvo a saber del mozuelo que te corteja, y su inadvertida juventud no se endereza por donde no quiere caminar, que esté muy a la mira, porque los pañoles del primer buque que zarpe se encargarán de llevarlo al Perú como fardo cerrado.

Una profunda tristeza siguió a estas palabras de Don Luis. Su boca grande se contrajo duramente como si luchase por contener otro denuesto. Al fin terminó por cruzar los brazos sobre el pecho y a pasos desiguales empezó a recorrer la estancia, formando en el suelo y en la muralla una sombra gigante que se hacía mayor o más pequeña al alejarse o acercarse a la luz de los candelabros. Era su tranco lento y seguro. Lo más personal de su carácter estaba allí: la energía que les daba a sus pasos pa-

recía imprimir una huella sobre la fina estera del piso. Gruesas piernas de antiguo jugador a la pelota reaparecían en esos trancos singulares, de los cuales se desprendía la certidumbre del hombre conocedor del terreno que pisa. María de los Dolores seguía los con la mirada. En la pared veía poco a poco proyectarse la talla de un granadero hasta sentir que la sombra le oprimía el alma con una angustia enorme. Evocaba entonces la niña en medio de sus desesperanzas la infanzona figura del teniente de dragones, y la veía hartamente débil en comparación de la que tenía sobre su cabeza. La sombra de su padre, por el ensalmo de la proyección, parecía dispuesta de una vez a curarla de espanto.

Don Luis al fin se detuvo en su paseo y la figura gigante desapareció de la muralla. Un suspiro se escapó del pecho de la niña como si despertara de una pesadilla; pero aquel alivio tornóse otra vez en dura realidad. Su padre, clavándole las pupilas aceradas, le hablaba de nuevo con circunspección:

—¡María de los Dolores! Daréte este nombre en adelante que no sienta bien a tu saya monjil aqueste de Marilola. Y tras de persignarse, frente al crucifijo, agregó, golpeando dos veces en la mesa con el puño:

—¡Válame Dios de mulatos acaballerados!

Dicho esto, ciñóse con desparpajo el espadín en cuya empuñadura brilló un diamante, requirió su bastón de mando por una de las borlas, y se deslizó por el zaguán hacia la calle, a trancos apresurados, haciendo «alas de cuervo» con su capa.

Entretanto, el reloj de música, que estaba sobre una

repisa, dió las seis de la tarde al compás del minuet del Conde de Aranda. En el silencio angustioso de la estancia esta música pareció llevarse la solemnidad de la escena que allí acababa de pasar. Ambas niñas oyeron hasta el fin la adormecedora piececita musical del reloj: una, evocando en sus tonos lentos y majestuosos, los compases sagrados del órgano de la Catedral; la otra, el ceremonioso minuet con que empezaba el sarao y que, en la tapa del reloj estaba pintado en una miniatura, representando a dos enamorados que lo bailaban tiernamente al son de una gaita tocada por un enano, en medio de un delicioso paisaje de primavera que tenía un cielo color azul pálido como la seda de la chupa del bailarín.

Al extinguirse el minuet, con una nota tenue, Teresa Rafaela se levantó a guardar el libro de «fojas de vitela nonnata» en que su padre hizo el juramento, dejándole en un pequeño atril de plata. María de los Dolores entonces quiso echarse en los brazos de su hermana, pero al verla con sus ojos estáticos, indiferente y fría, sintió que una horrible desesperación se apoderaba de ella, y antes de que se diese cuenta de sus lágrimas, buscó ávidamente un lugar donde estar a solas. Sus ojos se perdieron en el corredor más sombrío de la casa. Por allí echó a correr, olvidada de los fantasmas, tocando apenas las losas con las puntillas de las babuchas recortadas, la toquita caída sobre los hombros y las guedejas descubiertas. No supo de ella hasta que cayó rendida sobre un poyo del interior del huerto. En aquel sitio, en el silencio íntimo, donde se recogían los toques de campanas, apaciguó un tanto su angustia. Le atraía el eco del *An-*

gelus, esa sílaba de misterio que al desprenderse del badajo parecía unirla a Don Diego con ansia de infinito. Gustaba beber ese vino adormecedor que destilaba de los claros sonos, mientras pronunciaba cierta frase dicha por el galán con amarga desesperanza: «si al menos me quedase el consuelo de seguir los latidos de tu vida monástica por los toques de las campanas del claustro» Recordaba entonces la niña una inscripción que llevaba la vieja esquila que su padre compró para el servicio canónico de las monjas y que pasó tanto tiempo arrinconada en la sala. «Todas las criaturas alaban al Señor», decía esa leyenda que abarcaba casi todo el ruedo de la campana y en donde aparecían esculpidas numerosas figuras de animales: conejos, perros, monos y hasta caballos, sobrecogidos de adoración al toque de ánimas. Por eso, en medio de sus desdichas, pensó en una remota felicidad: desempeñar el santo oficio de campanera y dar un sentido exterior a sus ternezas, desgranando en los sonos un rosario misterioso que arrobase su alma y mantuviese a Don Diego en el mundo fiel a su compromiso. Después de cada oficio subiría a la torre a contemplar los tejados de la ciudad y divisar sobre los otros aquel de la Cañada de San Francisco. Todos los días se daría la tarea de escudriñar el horizonte para anunciar el mal tiempo a sus hermanas, sin requerir otras caricias que el frú-frú de las palomas al volar, las que se disputarían sus brazos, demasiado pequeños, para hospedarlas a todas.

La naturaleza reposada y la quietud de los rosales era un sedante dulcísimo para su espíritu. No dejaba aún de gemir y de retorcer sus manos cuando vino a sacarla de

sus cavilaciones una impresión muy diferente: primero, al sentir aquella opresión sobre los pies, se imaginó que fuese alguno de los perrillos del huerto, pero, de pronto, tomó una delicadeza más humana y en la oscuridad rebrillaron dos ojitos de roedor.

—¡Virgen Santísima!

—¡Mi dulce amita! ¡Mi dulce amita!—decía una voz débil y quejumbrosa.

Era Dominguejo, el mulatillo, que al sentirla sollozar, en circunstancias que esperaba en el huerto el momento propicio para saltar sobre las murallas, había corrido a echarse a sus pies, con dengues y tetelemenos, repitiendo su estribillo de humildad magnánima: «mi dulce amita».

La niña se había puesto de pie.

—¡Ea, pobre Dominguejo, si no es para tanto, déjate de zalemas y suéltame los pies, si no quieres que te zamarree el mechoncito! Se había llevado un dedo a los labios en actitud de recapacitar, pues recordaba que el Miércoles de Ceniza era día de riguroso precepto y por lo tanto tendría que salir a la calle para ir a la iglesia. Luego prosiguió: daréte un recado para el señor Don Diego.

—Diga, mi amita.

—Pues tienes que averiguarte para no ser visto al saltar la tapia. Vas a ir a la Cañada llevándole un billetico. Es necesario que su merced sepa que este Miércoles voy a asistir a la misa mayor de Santo Domingo. ¿Oyes?

—Sí, mi amita; le diré que misiá Marilola le manda muy buenas... aquí el mulatillo miró el cielo para cerciorarse mejor del tiempo—muy buenas noches, que como está

su merced, que le envía ese billetito y que no deje de asistir el Miércoles de ceniza a la misa mayor de «*Santu Domingo*» ...«*Santu Domingo*»... Y sin esperar el papel dió un salto de gato montés, y corrió a perderse en el fondo del huerto, mientras el agudo silbido que se escapaba de sus labios, dejaba en el aire un barrunto de aventura. En el silencio de la hora crepuscular crepitó una teja rota al rodar de las bardas de lamuralla y un árbol pareció desgajarse.

María de los Dolores al reparar en la bobería del mulatillo, de marcharse sin el billete, concluyó por reírse de buenas ganas pensando en que ciertamente el muchacho tenía los *cascos a la jineta*.

Momentos después se sentaba sobre las piedras pastosas del brocal, incitada a contemplar el reflejo que brillaba en el fondo de la noria. Sus manos habían sacado del seno una medallita de San Antonio envuelta en un ovillo de hilo de plata, que fué desenmadejando a medida que la medalla iba cayendo dentro, hasta zambullirla varias veces en el agua con un chapaleo encantado.

VI

El sol de ceniza sorprendió esa mañana a muchos feligreses con el rocío oloroso que el enamorado había derramado sobre el pecho de su dama en el día anterior. Este contraste se hacía notar más con el aire insoportable del templo. Los muertos respiraban en sus tumbas por entre las junturas de las losas que habían sufrido osa-

mientos con la última *monda*, como si recordasen más de cerca la grandeza del acto que iba a tener lugar. La mañana apenas se filtraba por los ventanales, cargados de tupidas rejas, y uno que otro rayo de sol caía contra los muros o se colgaba de los ramos de flores artificiales de los altares, iluminando espirales de polvo.

Teresa Rafaela escogió las cercanías del púlpito porque era día de sermón. Siguiéron en pos de ella María de los Dolores y la mama, mientras la chinita de largos y encintados chapecanes disponía sobre las losas del piso las alfombritas donde se postrarían.

María de los Dolores, tímidamente llevó su vista en derredor reconociendo en un ángulo obscuro, dos ojos que se clavaban sobre ella. Su semblante pareció adquirir cierto resplandor de felicidad, y abriendo su breviario empezó a seguir el oficio Divino. Sólo volvía los ojos al rincón del templo, cada vez que terminaba una oración. Los fieles, entretanto, seguían entrando y echándose sobre las alfombras, esterillas y pisos plegadizos, tirados en las losas o en las peanas de los pequeños altares de las naves. Eran las mujeres piadosas del barrio, que rezaban de la misma manera que vivían, tomando agua bendita y oyendo decir misas, curadas de las enfermedades de que otros deseaban sanar.

Don Diego, que iba en camino de esa idolatría que coloca el amor de una criatura por encima de Dios, sintiendo la miseria moral a que su pasión podía arrastrarlo, en medio de esa sed de Infinito que entonces atormentaba a las almas, se había dicho con la violencia del repro-

che que se yergue, siempre confiado en la bondad de Dios: «rezaré como ellas».

Tan pronto se persignaron los fieles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, al comenzar el primer evangelio, se oyó una carraspera que venía de la sacristía, y a los pocos instantes apareció la figura venerable de fray Portusagaiti, más conocido con el nombre de «piquito de oro», varón doctísimo y cuya elocuencia era tanta que se despoblaba la ciudad y se tupían los templos para oírlo en romance y en latín, sin que el más presumido pudiese graduar los dos idiomas ni alcanzar en cuál lengua hablaba con mayor elegancia.

Al oírse en el templo el amén final, una carraspera más acentuada se sintió en las cercanías del púlpito, y se vió al orador sagrado, pasando con cuidado los pies por entre la apretada concurrencia de mujeres echadas en el suelo, para no posarlos sobre las faldas. Al murmullo general que iba causando, por entre los grupos de fieles, la presencia de Su Paternidad, siguió un silencio de respeto y admiración al sentirse sus vigorosos pasos sobre la escalerilla del púlpito. El orador, con una nueva carraspera preparaba a oír sus palabras sagradas.

María de los Dolores dejaba asomar por la comisura de los labios una débil sonrisa que adquiría cierto resplandor irónico, a través del rayo de sol que hacía poco la había alcanzado, y que daba de lleno sobre el óvalo dulcísimo de su rostro enmarcado por el velo negro. El embozado, que comprendía esa misteriosa sonrisa, pareció corresponderle con un gesto de resignación. El predicador, en tanto, empezaba el sermón exhortando a los

fieles al arrepentimiento y penitencias de cuaresma; ambos enamorados por intuición casi iguales esperaban su turno en la parte del sermón tocante a sus rebeliones, y que por el tono en que éste se desarrollaba traía poco a poco con su elocuencia tropos y citas latinas. Aquello no se dejó esperar, era como un oleaje que se acercaba tempestuoso, y que le hacía recordar al galán esos murmullos de revancha que seguían a un combate en los bosques de Arauco.

—«¿Y qué diré para los cristianos—preguntábase—que conociendo los abusos execrables que encierran las máscaras del carnaval cubren no obstante con ellas el rostro para abusar a su albedrío de la tolerancia con que se permiten aquellos lamentables excesos? Elías pidió fuego abrasador contra los enemigos del Señor; el Bautista llevaba su voz exhortando a penitencia, y quiero imitar a los dos. Alzo mi voz como aquél para pedir fuego del cielo, no fuego que devore a las ovejas del rebaño, sino que abraza a los corazones en caridad y los purifique de las manchas que contrajeron en los divertimientos de un mundo corrompido; y exhorto con el santo precursor a abjurar las sendas tortuosas de los necios y a repetir los actos de penitencia».

No bien concluía esta parte del sermón, fray Portugaiti sorbió una narigada de rapé, siguiendo en otras consideraciones no menos patéticas sobre los últimos bandos, como si estuviese en perfecto acuerdo con el Corregidor en el pasto espiritual que debía darse al rebaño de Cristo.

La concurrencia al fin se levantó, y empezaron los fie-

les a acercarse al comulgatorio. La ceremonia del *Memento, homo* comenzaba, y las hermosas hijas de Eva, convertidas en sarmiento seco de la Viña del Señor, iban en enjambre a recibir la ceniza hecha con las palmas bendecidas el año anterior y quemadas en forma de cruz.

Entre el tumulto de mujeres que acudían en tropel hacia el comulgatorio se destacó la figura apuesta de un militar. A su redor se hizo un pequeño vacío; la capa colorada, caída hacia un lado del suelo como una mancha de sangre, apartó a las más timoratas, mientras éste doblaba una rodilla. El celebrante repetía las palabras: *pulvis est et in pulvere reverteris*. El militar se levantó, sucediéndole una niña pálida, de luengas pestañas, cubierta hasta el suelo por una saya negra, que dejaba apenas adivinar el piececito. Su cabeza estaba orlada por un velo de lanilla, transparentando tímidamente la alba nuca; más arriba las guedejas hacían esfuerzo por rebelarse de su austero marco; en tanto, sus ojos semi entornados por un temblor divino, velaban una lágrima de felicidad. No le fué difícil reconocer a la niña. María de los Dolores, en un arrebató de audacia, se había acercado al comulgatorio para ocupar el puesto que él abandonaba. Ambos enamorados querían aplacar así con ese signo el destino fatal que los hacía pagar con un dolor igual una dicha sobrehumana. El paroxismo de su felicidad hacía desdeñar las preocupaciones más elementales, no temiendo el peligro de las gentes que motejaba sus actos. La ceniza era para ellos como en la antigüedad, emblema de duelo y de dolor profundo. Jeremías aconsejaba a los habitantes de Jerusalén que para sus-

traerse del furor de Nabucodonosor se cubriesen de ceniza; y los Ninivitas se revestían de cilicios y aplacaban en igual forma la indignación divina.

La ceremonia terminó, y abiertas las puertas del templo la gente empezó a vaciarse por ellas con suma lentitud. Las mujeres iban pálidas y los hombres en silencio, con aire de circunstancias.

El galán, más repuesto con la ceremonia, se había acercado a la pila de esquita, y con los dedos en el borde esperó que pasase María de los Dolores. De este modo cuando la niña salió, a pocos pasos, se adelantó a ofrecerle el agua bendita en sus dedos, diciéndole:

—Ofrecí la misa por el ánima de tu difunta madre (que Dios haya).

—Que Él y ella te lo premien, como yo lo aprecio.

La escena fué tan rápida entre el tumulto, que nadie alcanzó a percibirla; la inesperada caída del pañizuelo de la niña dió la ocasión al galán para recoger una esquila volante. Éste al fin, cojeando un poco, se escurrió junto al muro y así alejóse furtivamente...

VII

Esa noche Don Diego se desveló en tristes cavilaciones. En la esquelita le narraba Marilola en pocas palabras la determinación tomada por su padre y el efecto que había hecho en su ánima la presencia de los catimbados.

Era el dormitorio del teniente un cuarto espacioso y blanqueado, la techa de enormes vigas color de azarcón,

y con una ventana de primorosa reja hacia el patio. Allí, sobre una cuja sencilla, sin aparatosos sobrecielos, media con su cuerpo las largas horas de vigilia que le imponía su desgraciado amor.

El velón de cobre ardió toda la noche hasta el amanecer, lagrimeando junto con su dueño. Todo el cuarto contribuía a ese ardor de su sangre. En la llama del velón parecían chamuscarse sus pensamientos y esperanzas que iban y venían por las panoplias y armaduras que enfrentaban su cuja. Don Diego buscaba sobre aquellas rodela, que participaran en los torneos de lanza y caña del Gobernador Cano de Aponte, los motes que sus antiguos dueños habían inscrito en honor de sus damas. Todos eran hijos legítimos del romancero: «espuelas de honor le pican y frenos de amor le paran»; «yo la culpa y tú la causa», rezaba otro, y un último decía: «disimula, sufre y calla». Luego, su pupila cansada por el desvelo, veía en un deslumbramiento a los demás aceros como si fueran a lanzarse, en medio de su pasión amorosa, por las más diversas comarcas, frenéticos de sangre y de honra. Había en su cuarto puñales adamasquinados, espadas toledanas y de la Edad Media, con empuñaduras de acero en forma de embudo, de cruz o de taza, dagas moriscas, machetes y espingardas, escopetas de chispas y arcabuces, lanzas de coligües con puntas de pedernal, macanas y flechas tomadas a los indios, colocadas sobre calamacos tejidos en el Alto Perú o sobre chamantos de sencillos y cruzados dibujos, que, a guisa de tapices, cubrían las desnudas paredes. Todas estas insignes herramientas de la dominación española se animaban con la

evocación y en su delirio las veía danzar a la luz de los relámpagos que había entrevisto en Santa Bárbara. Creía cumplida la profecía que le hiciera un machi, de cierto espíritu malo que reside en el Torbellino, llamado el Meulén, el cual le poseería por algún tiempo. Poco a poco, a medida que las luces del amanecer se filtraban por las maderas de la ventana, iba calmándose hasta quedar completamente adormecido.

* * *

Quien conoció a Don Diego Alvarez del Rosalejo por la Cañada de San Francisco, inflado de buen aire y cortesía, simpatizó con su talante militar. No había mujer ni cholita coscorróna que no desease besotearlo y lagrimear por él, desde las avemarías para adelante. Su padre, el Comendador de San Francisco de Codao, había nacido en Sevilla, donde las gentes hacían culto de las cosas de amor, y esta herencia atávica explicaba su inclinación a la galantería.

Era Don Diego, por esos años, un retoño de conquistador; de cuerpo delgado, aunque fuerte y elástico, moreno de rostro, ojos grandes, muy negros.

Cuando conoció a la hija del Corregidor era un mancebo barbiponiente. Don Diego al verla por primera vez sintió que algo nuevo se agitaba dentro de su sér. Aquella pálida niña le hechizó con su belleza casta y le hizo conocer de súbito la congoja del primer amor. Fué éste el gran hallazgo del vividor de pasiones blandas: sería suya la hermosa niña, echando en un juramento su

suerte futura. «Los buenos soldados—decía—no se hayan bien ni se contemplan empleados si no se trata de alguna conquista».

No olvidó el joven guerrero el juramento. Las circunstancias le fueron propicias no sólo en las salidas de misa del templo de Santo Domingo, sino en el locutorio de las Monjas Agustinas, durante sus visitas a Sor Clarisa, la vieja tía de las coronillas y mazapanes de su infancia. Allí estaba ella también a la reja, en amable plática con Sor Clarisa, que había sido compañera de su madre en el mismo convento, cuando aprendían juntas el arte del decorado. La vieja tía de Don Diego, con los recuerdos constantes que hacía de doña Carmen, fué, sin darse cuenta, el punto de contacto de esas primeras entrevistas. Allí ambos enamorados, por primera vez, proyectaron juntos sus vidas, como esos palacios de las «Mil y una noches», sin saber que éstos surgen y desaparecen bajo los cielos estrellados.

* * *

Don Diego desde niño había llevado el traje de cadete por gracia del Presidente del Reino; pero fué colocado, a pesar de las protestas del muchacho, bajo la dirección de los Padres Mercedarios hasta los veinte años, edad en que daba por terminada su carrera literaria y se preparaba para seguir la de las armas. En el refectorio del convento aprendió a leer, más por miedo a la palmeta que por afición al estudio. Se le colocó en la fila de la derecha, que pertenecía a la Banda de Santiago el após-

tol, con gran alegría de su parte, pues no deseaba verse entre los tardos compañeros de la izquierda que estaban bajo el auspicio de San Casiano. En el fondo de la sala y dentro de un fanal guardaba el padre maestro una Virgen de las Mercedes, y Don Diego recordaba después entre sus jácaras que nunca supo que las hiciera la santa por más que entre azotes la invocaba a gritos con otros discípulos. Tiempo después corría en la sala una cedulita de perdón, llena de calados y dibujos, y que llamaban «Justicia Mayor», por dispensarlas el Nazareno, un cristo quiteño de labios cárdenos y cabellera retinta, y que parecía ser juez y ejecutor al mismo tiempo. Estas cédulas eran otorgadas por estímulo a los que le encendían una vela, o en casos apurados al que las pagaba por «real y medio». Todos los *penicos* que había juntado en su infancia en un cantarito de greda y que sumaban varios reales, se habían ido en comprar esas cedulitas maravillosas.

Apenas dejó la Banda de Santiago, en la que militó durante cinco largos años, estudiando las «sísmulas» de Santo Tomás y las «sentencias» del docto Scotto, donde encontró todas las sutilezas y puerilidades de la teología escolástica, la libre juventud de Don Diego sintió el deseo de vivir sin rienda, potro sin freno, amigo de la libertad y de sus apetitos. El Comendador estaba muy achacoso de una gota que le tenía postrado desde hacia algunos años, circunstancias que él aprovechaba para salir a horas avanzadas de la noche, saltando por sobre las albardillas de las murallas, en dirección a las fiestas

de bureo que solía preparar su maestro Bebelagua, el gran tocador de rabelejo.

De estas épocas databa el rencor profundo de Don Diego contra el Corregidor. Una noche, estando con su joven amigo Martín, hijo del marqués de Villa-Palma, en casa de unas graciosas hijas del barrio de las Matadas, mientras bailaban una rumbosa contradanza, sintieron en la puerta unos golpes estruendosos que por fuero mayor silenciaron todos los acordes y borneaduras. El Corregidor estaba allí, arrebujaado en su capuz fantasmal, llamándoles gente palabrera, de poco seso y no menos asiento. El resultado fué que se llevó preso al maestro Bebelagua que estaba aferrado á su rabel, y como entre los contertulios reconoció a estos dos caballeritos, muy jóvenes aún para estar en fiestas de esta naturaleza, llevólos a un lugar apartado de una plazoleta vecina, donde haciéndoles bajar los calzones, empezó por aplicar a Martín, con mano abierta, en el mapamundi, las más ruidosas palmadas que se oyeron jamás por esos barrios, diciéndoles:

—Son ustedes muy niños todavía para andar metidos en semejantes zahurdas, y para que otra vez esto no se vuelva a repetir, es preciso que reciban este castigo; y díganles a sus padres que es un caballero como ellos, y no ninguno de mis soldados, el que les ha tocado las posaderas.

Don Diego recordaba entre carcajadas cómo pudo escaparse de sufrir tamaña humillación y lograr poner los pies en polvorosa, alzando calzones en cinta por entre las piernas del Justicia Mayor.

Su padre murió a los pocos meses de este suceso, y muy mozo y libre de su hacienda, se aburrió tanto el mayorazgo de aquella vida siempre igual, que cansado de vegetar en una ciudad triste, sin esperanza de mayor fortuna, y sin otra compañera para guardar su luto que la ñaña Francisca, empeñóse por ocupar algún puesto en la frontera, que pudiese proporcionarle mayor campo a su ambición, y como acababa de ser nombrado alférez de milicias del regimiento de la Princesa, en el interinato de don Juan de Balmaceda, antiguo amigo del Comendador, permutó su destino con otro de igual grado, aburrido, por su parte, de las aventuras que él anhelaba.

El mismo mes de su nombramiento se recibieron en Santiago las primeras noticias de la sublevación de los indios en la frontera, y al joven militar buscavida se le encargó que, a la cabeza de quinientos hombres, socorriese la plaza de Purén, amagada por los pehuenches.

Todo el año siguiente pasó Don Diego una vida de peligros con las emboscadas continuas que los indios preparaban para cerrarle el paso entre los enmarañados montes contiguos al fuerte. Subía a la montaña casi todos los días, acompañado de una pequeña mosquetería, a recoger los atajos de ganado de los indios de guerra que les acometían, y más de una vez en estos guazábaros estuvo a punto de caer atravesado por una lanzada. En Santa Cruz, llevado del ardor de su valentía, siguió a unos indios hasta perderlos de vista. No desfalleció su coraje al verse solo en tierra del enemigo, y dando vueltas al monte vió a un mocetón a caballo, y juzgando que era indio enemigo, cerró contra él de carrera en su rocín ma-

loquero, y lo derribó del caballo después de haberle tirado algunos botes de lanza hasta atravesarlo de parte a parte en uno de ellos. El indio al sentirse herido mortalmente quiso deshacerlo abrazándose en la agonía de la muerte y comenzó a luchar contra sus juveniles fuerzas, las que lograron hacer oposición a las del bárbaro. El mocetón, viendo que por fuerza de brazo no le podía vencer, dióle un bocado tan feroz en la oreja que le dejó señalado para siempre.

—Luchando—decía Don Diego al relatar esta hazaña— a brazo partido los dos, forcejeó el indio tanto de su parte, que abrazados y rendidos de pelear vinimos rodando por una quebrada, como rayo de tejado abajo, hasta dar en un arroyo, sin soltarnos el uno al otro, donde vomitando sangre a borbotones, dió el alma, que no se la dejé hasta arrancársela por la boca. Perdí la lanza que se quebró en el cuerpo del bárbaro, y la vaina de la espada, pero nunca tuve mejores ganancias que cuando vencí a aquel valeroso araucano.

VIII

En cuanto el Señor echaba sus luces Don Diego alborotaba a «su gente»: una vieja mulata llamada Francisca y una cotorrita que le trajo del Paraguay un compañero de armas. La ñaña levantábase rengueando, con la cabeza envuelta en un pañuelo de algodón, a prepararle el mate «de guerra» con azúcar quemada, canela y cáscara de naranja, mientras la caturra llegaba a su aposento a

echarle una patita, y repetir la lección cotidiana que le daba su señor.

Vivía en una casa cuyo frente daba a la Cañada de San Francisco, bajo el alero más amenazante de la ciudad. El portón, compuesto de dos tablones de roble mal cepillados, ostentaba sobre el pináculo un frontón triangular adornado con un escudo que a las claras denotaba la hidalguía de su dueño. Los dos tablones, sujetos con clavos de enormes y laboreadas cabezas de cobre, pasaban abiertos de par en par. Su ancho zaguán parecía invitar al caminante a descansar en los poyos de piedra, adosados a la pared. El arco que dividía su entrada al patiezuelo dejaba ver el recio borde bermejo de una tinaja, bajo la sombra de un naranjo.

La vida de esa casa se concentraba en el zaguán, donde un concurso abigarrado de personas menudeaba constantemente, ya fuesen de las amistades del amo, del comercio de la mulata Francisca o de las limosnas forzosas de ambos. Tales eran los personajes inveterados de espadón batido que iban al trapicheo de Don Diego; de los corredores que mostraban las últimas mantas llegadas de las provincias «de arriba», o el diario del Niño-Dios de las Capuchinas, que sentado en una silleta, dentro de una urnita de cristal, lo esperaba de manos de un demandadero. Allí llegaban de tarde en tarde frailes de campo «raídos y pobres», vestidos con el burdo sayal que despreciaba el agua y el sol, que venían a sentarse en los poyos a comentar las novedades de la «caja del Rey». Las recuas de mulas, que iban a los caseríos del sur por San Diego el Viejo, se detenían también lar-

go rato frente al zaguán. Los lomos de las bestias ostentaban un voluminoso sobornal, elevado como una torre, y que servía de base a un par de chiguas.

Don Diego, cuando no tenía otra cosa que hacer en su casa o en el cuartel, atravesaba a la alameda, donde una multitud de muchachos y salta-murallas jugaban partidas de chueca. Esa mañana, que siguió al miércoles de ceniza, fué designado juez entre ambos por ser muy justiciero y reputado como el mejor jugador de su tiempo. El teniente había participado en la frontera en algunas partidas de *palicán*, jugadas en los alrededores del fuerte de Purén, siendo su destreza y habilidad celebrada por los mismos mocetones. Desnudo de la cintura para arriba, u otras veces cubierto con solo una *pámpanilla*, contrastaba su cuerpo blanco y nervudo con el color cobrizo de los naturales, que veían en él a un Dios fuerte y bello, por la agilidad con que llevaba en sentido contrario el palín (bola), blandiéndola con un palo cuyo extremo bien podía servir de mazo. Don Diego gustaba de la chueca por su carácter guerrero y le temía por los alzamientos que concertaban los indios después de cada partida. Entre sus recuerdos traía más de un rico freno de plata, ganado en buena lid a los pehuenches amigos.

Los jugadores, después de dividirse en dos cuadrillas, una en frente de la otra, trataban de llevar la bola, que se colocaba en el medio, dentro de un hoyo, a su banda, con el fin de sacarla a los extremos de una especie de calle, trazada de antemano. Los bandos esa mañana, hicieron gala, como pocas veces, de su agilidad para echar a su respectiva raya la bola de madera, que iba y

venía impulsada por los golpes de los palos semi-arqueados que cada uno llevaba. Sobre la apuesta peleaban ardorosamente, y corrían con gran ligereza a alcanzar y volver la bola. De esta manera cada jugador dábale más impulso con un nuevo golpe, echándola hacia la raya, y por volverla los unos y revolverla los otros, la partida se hacía cada vez más reñida. Don Diego, en medio de los gritos, insultos y juramentos, evitaba que los jugadores se fueran a las manos, mientras los colihues retorcidos por las puntas tejían en el aire los giros más caprichosos, para hacer rodar la bola hacia su raya o recibirla cuando la viesan venir zumbando sobre sus cabezas, hasta que una de las cuadrillas sacábala al fin con gritos de victoria.

Esa mañana la partida duraba ya cuatro reñidas rayas, cuando, viendo Don Diego avanzar por el campo de la refriega a un fraile en dirección a la portería de San Francisco, con reposado andar, la cabeza descubierta y su teja en la mano, gritó: ¡Aro! con voz tan entera que se oyó de uno a otro lado de la Cañada. Los jugadores pararon su juego bruscamente. Los gruesos colihues se alzaron como los mosquetes de una compañía que presenta armas, y la algazara cesó en ambas cuadrillas, quitándose el sombrero los que estaban más cerca del padre, con devota cortesía, mientras esperaban que éste pasase para proseguir de nuevo la diversión. Fué en esos instantes de recogimiento, cuando un grito repetido sobresalió de los ladridos de los perros, dejándose oír fácilmente por entre los jugadores.

—¡La bendición, su Paternidad!

Éste, que no era otro que fray Portusagaiti, estiró su brazo, y al dejarlo cerner sobre el espacio, como una bandera de mansedumbre evangélica, su mirada dirigióse al lugar de donde volvía a salir el mismo grito, más agudo tal vez que el primero, pero más claro y cortante, y cuál sería el espanto de su reverencia al ver sobre el travesero del zaguán de la casa de Don Diego Alvarez del Rosalejo a una catita que cotorreaba en latín un *in peccato Deo gratia*, acompañándose de una carcajada parecida a la de la cholita del coscorrón.

Fray Portusagaiti dejó caer su brazo fatigadamente, y mirando al juez de la partida, bajo el arisco matorral de las cejas, con sus ojuelos arriscados por donde se escapaba toda su mala hilaza, llevó su mano al cordón, dando golpecitos amenazantes hasta colarse por la puerta del convento....

IX

En las Agustinas los ejercicios de cuaresma habían terminado después de nueve días de reclusión, durante los cuales la pobre niña rezó día y noche para combatir un amor que su padre desaprobaba. Las disciplinas impuestas por el conductor espiritual, en los intervalos que mediaban entre las misas y los exámenes de conciencia, fueron a la vez tantas que concluyeron por agotar su organismo. La mística la transfiguraba de un modo sorprendente. Ya no era solamente el peinado partido en crenchas simétricas y alisado sobre la frente pálida, ni la

quietud de las manos cruzadas lo que imitaba de aquella imagen de María que viera en altares y retablos, en lienzos y romances. Ahora aparecía con el rostro demacrado, consumido por la vivacidad fanática de los ojos, y los labios apretados por la voluntad y el dolor.

Cuando María de los Dolores salió del convento no disimuló su alegría al volverse a encontrar en las callejuelas bañadas de sol. La doble sombra de los aleros, proyectada sobre las aceras, la atraía como un brazo misterioso. Diríase que la figura varonil del teniente de dragones de nuevo la envolvía en una imperceptible sensualidad.

La ciudad se conmovía de una punta a otra punta consagrada por completo a preparar las ceremonias de semana santa. Las iglesias empezaban a rivalizar en boato y pompas magníficas, para atraer a sus prácticas devotas el mayor número de fieles. Las casas, mostrando los cuarterones de sus puertas abiertos de par en par dejaban permitía ver el zaguán donde varias mulatas y niños, sentados al modo árabe, tejían ramos y guirnaldas, que las señoras hacían llevar y colocaban para el adorno de los santos que se venerarían en la procesión. De esta manera, las calles se veían muy concurridas por grupos de caballeretes que colgaban arcos en las esquinas por donde debía pasar la caminata, y los más viejos disponían de la iglesia, preocupados profundamente del orden en que iban a colocar los santos.

Las hijas del Corregidor eran saludadas al pasar con

las reverencias de algunos pisaveredas que contemplaban el aparato de los adornos. Más allá, al volver de una esquina, por la calle del Regente, la Picha, que iba a colocar una de las galas de los ángeles que habían de convertir en cielo aquel paseo, corrió a abrazarlas y a rogarles que no dejaran de asistir a la procesión de la tarde. Les ofrecía el balcón de la casa para que asistiesen a ver el arreglo que había hecho de los ángeles.

—¡Todo es idea mía, Marilola! Los pobrecillos parecen estar felices con sus alas doradas, y no hay duda que se disputan por llevarme a la gloria. ¡No ha menester siempre un convento para ir allá! Y mostraba con sus manos el cielo, sin una nube, que tendía su pabellón de seda, más azul que nunca, por entre el cobertizo de los aleros.

Luego prosiguió: había muchas alitas que se rompieron en la procesión del año pasado; yo las he compuesto a maravilla, que es imposible reconocer donde está la rotura. Pero tú ¿qué tienes? Te encuentro más pálida y delgaducha! ¡Pobre Marilola!

—¡Las meditaciones, Picha! Hay con nueve días de ejercicios para enflaquecer. Además esas salas son tan frías: no cabe allí un rayo de sol.

—Entonces ¿por qué no vienes a ayudarme? Por los ventanales del templo entran unos rayos preciosos. ¡Si tú quisieras venir a soñar con los angelitos!...

Al terminar estas frases entornó los párpados con desmayadizo temblor.

—¡Calla, Picha! Siempre con tus locuras...

No tardaron las dos niñas en separarse su prima para

seguir hasta su casa de la calle de la Merced. Al traspasar el zaguán, María de los Dolores tuvo una sorpresa que ensombreció sus ojos de pena: la servidumbre había empezado los preparativos de la mudanza a la quinta de la Cañadilla, donde pasarían la Semana Mayor. Las grandes cajas, forradas en pellines de cuero, amontonadas en los corredores, esperaban ser retobadas; y la puerta del dormitorio de doña Carmen, que había permanecido hasta entonces clausurada, se veía abierta de par en par. La niña, presa de una emoción de recuerdos angustiosos, penetró en la estancia, y vio a la Magdalena en cuclillas, delante de un sahumador, aspergiando las piezas del ajuar de su madre. De pronto hallóse arrastrando en pos de sí la bruma del sahumero y se detuvo; pasaba ahora de la sombra a la claridad y distinguía los muebles de la estancia. La negra iba sacando los interiores de finísimo holán, los encajes valencianos que adornaban graciosas chambras, los costosos venecias hechos al huso o a la aguja, ribeteando los justanes de gros; los espumosos de Flandes y Argentan, guarneciendo los camisolines; el pañolón de Chantilly negro con su floración maravillosa sobre el fondo de tul; el blanco de Inglaterra, tejido en hilos impalpables, que al entrecruzarse formaban múltiples y extraños dibujos. El guardarropa de doña Carmen se cubría de fantástico armiño a medida que la negra sacaba las prendas de su señora, y después de besarlas piadosamente, las pasaba por el humo oloroso del sahumador, y, entre sollozos y lágrimas, las guardaba en los grandes arcones de made-

ra de alcanfor que las preservaría del tiempo y de las polillas.

María de los Dolores contemplaba la escena con sobrecogimiento, evocando las épocas felices en que su madre lucía aquellas galas, y viendo a través de las flores de los calados, que transparentaban el ascua del brasero, cómo estas adquirirían la visión de los jardines principescos en los cuentos de la infancia.

La esclava seguía lentamente en su piadosa tarea. Nada perturbaba el ensueño alucinador de la estancia. Otro armario se abría. Ahora aparecían las floridas basquiñas de seda con cenefas de encajes de Burano en el ruedo; las suntuosas chaquetillas con sus enormes mangas de encajes, terminadas en punta, y que hacían juego con las banderolas de las faldas; los faldellines de terciopelo rosado con ojuelas de plata, de brocado azul con franjas de oro, de raso escarlata con melindres góticos. Y luego, venían las sayas de iglesia con sus colores severos, unas de chamelote, otras de anafalla, entre el contraste producido por los fulgores de las lamas de plata y oro.

María de los Dolores evocaba la imagen de su madre con todas esas galas. Su respiración anhelosa agitaba su justillo negro: estaba trémula y pugnaba por dar contornos a algo invisible que se le escapaba. Se oían las campanas lejanas y, en un semi adormecimiento, imaginábase viva a su madre, bajo los «encajes de serafines», vestida para el sarao o la tertulia de la tarde.

Habíase ido ya casi todo el sahumero y nuevas columnas de humo perfumado invadían la estancia. De pronto la niña dió un grito, el corazón doblaba recio en

su pecho, volviéndola a la realidad. La negra sostenía en sus manos el cubre-cama de encajes de almagre que su madre tenía puesto en el lecho al morir; le había reconocido con su fondo de brocado amarillo igual a las colgaduras del sobrecielo; allí estaba ese amarillo de muerte conservando su imperio de reposo inexpresivo; ese amarillo de rastrojo quemado, como un símbolo de la tristeza desconsoladora de la vida. Quiso salir de la estancia y cayó de rodillas como se pliega la seda. El toque de oración pasaba de una a otra torre y ahora se percibía claramente en la Merced. María de los Dolores siguió aquella voz interior que la inspiraba, murmurando en voz baja: «Angelus Domine nuntiavit María»...

Al salir se internó en el jardín en los momentos que Domingüelo lo cruzaba bajo los naranjos, destilando perlas el jarrón de plata, rebosante de agua cristalina que sacara del tinajón de greda enterrado hasta la mitad en el rincón de la madreSelva. El mulatillo al verla dejó el jarrón abandonado en el camino y corrió a prosternarse a sus pies, saludándola con una rima que había metido más en el corazón que en la cabeza:

—¡Bendita sea la luz del día y el Señor que nos la envía!

X

La Semana Mayor llegó y la ciudad entenebrecida redujose bajo el remordimiento, para pedir perdón por algo enorme que aplastaba a la humanidad.

Desde el Lunes Santo se había interrumpido en las

calles todo tránsito de calesas y carretas. Los pocos caballos y mulas que solían verse llevaban las sillas cubiertas con paños negros, en señal de duelo, y caminaban detrás de sus amos, los que iban a pie con la cabeza baja, en actitud de orar, conduciendo por el ronzal a sus cabalgaduras.

Nadie trabajaba y no había una sola bodega abierta. Las calzadas hormigueaban de frailes y los hábitos de sus congregaciones se extendían a la distancia como largas cintas negras, pardas, blancas y grises... Las iglesias se poblaban de mujeres enlutadas y de hombres envueltos en capipardos que iban a las misiones y penitencias, gimiendo toda la aterradora belleza del drama de Jerusalén.

Las costumbres de las gentes cobraban una nueva austeridad por la moderación de los trajes, que las mujeres señalaban cortando las colas, poniendo puños en las camisas, bajando la ropa del ruedo y subiéndola en el escote. Los hombres trocaban el orgullo por la discreta y circunspecta cortesía: algunos llegaban hasta suspender el ceremonioso saludo. Nadie quería atraerse la indignación de Dios. De aquí que ambos enamorados se hubiesen recogido, anonadados por las festividades que se celebraban. Don Diego supo el mismo día el traslado de las niñas a la quinta de la Cañadilla, por Dominguejo que, descolgándose la tarde anterior por la muralla, trájole la noticia al zaguán con un recado de Marilola. La niña le pedía una tregua «hasta el Domingo de Resurrección». «Puede que vayamos ese día a la misa de Santo Domingo». Nada más le decía ese recado

volandero, dicho en medio de una tarabilla de palabras usuales. Don Diego resolvió entonces irse a pasar la Semana Mayor a la hacienda de un pariente, en Paine.

En la quinta, ambas hermanas se dedicaron a los ayunos y penitencias, extremándolos Teresa Rafaela con mortificaciones sin tasa ni medida: se daba cinco disciplinas diarias por espacio de tres *Miserere* cada una; dormía por tiempo limitado sobre un montón de fragmentos de tejas; rezaba una oración con una cruz muy pesada a cuesta, guardando en los demás actos un silencio riguroso.

Don Luis salía de ronda a diferentes horas del día, pues en estos lances—decía—el demonio procura ganar por un lado lo que pierde por otro. En la procesión de Vera-Cruz, que se llevó a cabo en la noche del jueves, cúpole en suerte el honor de hacer cabeza de procesión, por cuyo motivo condujo por sí mismo el Santo Crucifijo, costeando la cera, música y la colación para el predicador y los cantores. El Viernes Santo los padres dominicos le confirieron la honra de llevar, durante las horas mortuorias, suspendidas al pecho por un cordón de oro, las llaves del sagrario.

María de los Dolores, en tanto, interrumpía sus oraciones con las amables pláticas de la mamá. La buena vieja se entretenía en recordarle las Semanas de Pasión de su garrida mocedad. Sentadas en un ángulo del corredor próximo al huerto, sobre unas silletas rústicas, tapizadas de paja, sin más resguardo que una piel de carnero a los pies, doncella y dama hacían la dulzaina de las indiecitas y mulatas que se arrimaban a la tertulia sin

otra obligación que la de aguaitar si venía el amo. Ña Mariana mostraba toda su habilidosa lengua, chupando un cigarrillo de hoja de maíz y escupiendo sin cesar y con destreza a uno y otro lado.

—Las de agora no son festividades de tanta *manuficencia*—decía.—Yo he visto llorar a las imágenes en estos días de pasión y a la misma Virgen María sacar el cuerpo de su hijo de un sepulcro de oro, enjugando la sangre de su rostro y aplicando el sudario al suyo, tan afligido y tan triste, misiá Marilola, que todas las mujeres llorábamos. ¡Jesús! ¡Cuán poco duran los milagros del Señor! Apenas vase la cristiandad poniendo un poco mala, todo se vuelve puro velorio y palabrería.

—Es que hoy, mama, se hace de la necesidad virtud—le dijo la niña.

—Y de *trtpas guatas*, su merced, que mañana será otro día y Dios dirá lo que será, porque no todos los tiempos son unos, ni todos los días se parecen. ¿Quién verá otra vez agonizar a Cristo y descender los ángeles del cielo a sostener a María desfallecida por su dolor? Agora ya no se hacen esas figuritas de pasta y alcorza que adornaban en Pascua de Navidad los altares, murallas y techos de las iglesias, y que después nos regalaban los titulares de las cofradías para endulzar las bocas. ¿Qué se hicieron los aguinaldos de las monjas agustinas, cuando a la hora de vísperas nos arrimábamos a la reja del coro a recrearnos con la danza y el canto de las educandas? ¿Qué fué de aquellas indiadas vecinas, que presididas por sus caciques venían a bailar al son de sus pífanos y tambores delante de Nuestro Amo sacramentado? ¿Qué

se hizo la grandeza de la procesión de Santa Rosa que nuestro padre Ignacio instituyó? ¿Dónde están las comidas, cohetes y candeladas de Corpus Cristi? Mi señor Don Diego, en el día de Santiago Apóstol, hubiese conquistado en un juego de caña o alcancía más de un favor para la dama de sus pensamientos!...

—¡Jesús, mamá!—interrumpió la niña.

—Sí, misiá Marilola, Santiago ya no es Santiago y la cristiandad no parece la misma tampoco—exclamó la vieja mestiza, sacando de un mazo de tabaco otra porción más pequeña para torcer un pitillo. Y después de un quejido suspiroso prosiguió: entonces yo iba a las fiestas con mi *peor es nada*, pues no crean que por fea me quedé para el oficio, que tenía mi soltura y una mata de pelo como no había dos. Ya no me quedan más que los *rungues*—y mostraba sus larguísimas trenzas plateadas—pero, mi alma, más vale vivir sola que mal acompañada. Luego, dirigiéndose a una cholita que estaba en cuclillas junto a ella, le dijo con voz más gangosa: asómate a mirar el camino por si viene mi señor, que una no puede repicar y andar en la procesión.

La cholita se levantó, y taloneando sobre su zapato abuchachado perdióse en el corredor. La tarde comenzaba a cerrar, y de los graneros y bodegas salía un olor empireumático que a veces diluía persistiendo ya el del charqui o sebo de los cueros, cuando no era el de los alambiques, producido por la súbita fermentación del mosto. En la viña una vislumbre soñolienta enrojecía las copas de los olivos y pinos que la rodeaban. El Angelus apenas percibióse en el interior de la quinta.

Era Sábado de Gloria y entre el grupo de mujeres aquel lejano rumor de sonidos acalló todo murmullo de voces. El taconeo de la cholita del coscorrón volvió a sentirse en el corredor, y apareció al fin trayendo la noticia de que por el puente nuevo veíase avanzar en dirección a las casas un grupo de dos o tres personas.

—Debe de ser mi señor, que desde el lunes santo le he visto andar como bala y pinta por esas calles de Dios. Vámonos, misiá Marilola, que la plática se alarga y doña Teresica estará esperándonos para rezar el trisagio, al que seguramente ha de agregar hoy una corona o rosario completo de quince casas, para seguir con los dolores y gozos de la Virgen, los de San José, la novena de las ánimas, una estación mayor, tres credos, media docena de salves...

XI

Los días siguientes a las festividades de Semana Santa fueron como un deslate de todas las iniciativas de la ciudad. Los caballeros que iban por las calles ya no vestían de luto y el buen humor de la gente del pueblo se desbordaba por las callejuelas, vivaz y bullicioso. Sin el aparato fúnebre de las iglesias que obraba como un freno sobre la labia de los criollos, éstos volvían a desperezarse, buscando otra vez los dolosos pretextos de polillas de las vituallas. En la Plaza Mayor, después de las oraciones, el mercado abullangábase en las tolderías, esquinas y recintos interiores. Las arqueras de Sierra

Bella, ocupadas en toda su extensión por puestos de cajones, se iluminaban miliunanochescamente con sus mecheros y candiles dándoles soflamas a los rostros de las tapadas y de los pisaverdes que las seguían. El toque de queda sonaba, en esos días, a las diez de la noche, por no ser entrada aún la estación de otoño, favoreciendo la acción de los enamorados que buscaban la semi-obscuridad y el tumulto del concurso para sus reconcomios y citas. Otras damas, más recatadas, a la tenue luz de un candil, solían detenerse a conversar, por moderado entretenimiento, con señorones de copete que salían a respirar aire, después de una tarde de juego y abundantes libaciones. Estos chichisbeos, tomados al principio como juegos de cartas, pasaban a un envite recio en solicitud del desquite, y de aquí que a veces algunos arrumacos platónicos trascendieran a los estrados en chismografía de escándalo.

Las tapadas eran en su mayor parte lusitanas y no pocas había, descendientes de soldados españoles, que por tener el color blanco, a pesar de su pobreza, desdeñaban alquilarse a servir en clase de «criadas de razón», ejercicio que, según ellas, correspondía sólo a indias, cholas y demás castas de color. Cubiertas con las amarillas manteletas de grandes picos, empezaban a desfilar por las arquerías en busca de una vara de cinta o de cuatro alfileres, y este pretexto daba ocasión a la desenvoltura de uno que otro galancete, desprendido de obligaciones, para enredar, libre del espionaje del vecino, un coloquio apasionado que iba luego a perderse en las sombras de

la noche, cobijándolos bajo la capa que rozaba las paredes conventuales.

Poco a poco iba aumentando el número de los comerciantes con la llegada de los faltés, pacotilleros, zurupetos y demás corredores ambulantes que, rendidos de talonear calle arriba y calle abajo, con sus agujas, dedos, obleas, muñecas, pañuelos, santos, todo en confusa mezcla, se estacionaban por algún tiempo arrendando un *piso*, o sea el derecho de extender su mercancía en un pequeño cuadrado del portal, dándole así una apariencia de mercado árabe. Entretanto las mercaderías eran pregonadas a gritos, llamando los comerciantes a sus amigos o *caseros* para ponderarles la bondad de las especies, que mostraban con prudente rapidez; muchas veces valíanse también de la obscuridad que producían las ventiscas del crepúsculo al apagar los candiles, ocasión que aprovechaban para ocultar su mala calidad, con desmedro de los compradores. De este modo, cuando un parroquiano regateaba precios, le asaltaban los vendedores vecinos, tratando de llevarlo cada uno a su cajón para venderle más barato y embaucarlo a su sabor pasándole cata por loro, ajustando su dolosa preferencia al campesino o a la pobre gente del suburbio. El centro de la plaza era objeto también de igual competencia: allí llegaban señoras de alta y baja guisa seguidas por sus parvadas de muchachuelos, a comprar el zapato de cordobán. La bullanga llegaba entonces a su apogeo, con las pruebas de canasta en canasta, los regateos de las mamás y las manipulaciones de talón de las caseras, en medio de la marimba de los indiecitos que juga-

ban a las pepitas en derredor de los grupos, y en los cuales se veían caballeros ancianos que comentaban las últimas festividades de la semana de pasión.

Don Diego atravesaba, aquella tarde, las arquerías de Sierra Bella llevando con donaire el sombrero y la capa color de aceituna. Venía de las inmediaciones de la quinta de la Cañadilla, después de haber huroneado en vano sus alrededores, en busca de una comunicación con Marilola. No veía a la niña desde antes de la Semana Santa, y esto le tenía el ánimo entristecida. El Sábado en la tarde arribó a la ciudad, no oyendo ese día, para mayor desventura, la misa de gloria. El Domingo siguiente había merodeado por Santo Domingo y la Catedral toda la mañana. La niña no asistió a la misa mayor de ninguno de los dos templos, y no tuvo otra novedad que un fugitivo encuentro con el Corregidor frente a las Cajas. Don Luis pasó como siempre, mal geniado y carraspeando. Don Diego, por no ser menos, soltó el sable desafiante y le dejó arrastrar. Uno iba de seca en meca y el otro de zoca en colodra. Los días siguientes fueron iguales: todas las tardes salía a atisbar, dando una gran vuelta por la Recolectión Franciscana hasta la Tapia de los Herederos. La quinta parecía estar en el mismo recogimiento. Los murallones cubiertos de pasionarias se alzaban sin piedad para el enamorado y una extraña angustia desconcertábale a cada paso. ¿Si la habrían llevado a las monjas? ¿No estaba el convento más que camino real por medio? Pero la noticia ya hubiese trascendido a los estrados y no habría faltado una beata corredora que le llevase al zaguán la mala nueva. Eran éstas las

cavilaciones que traía Don Diego por las arquerías esa tarde de bullicioso concurso, cuando al sacar fuera de la capa uno de los brazos apenas protegido por la chupa, un pellizco detúvole constreñido por el dolor. El oficial del Rey se volvió hacia la persona que de tan singular manera se anunciaba, y que resultó ser una tapada, quien bailóle al ojo una expresión de antigua amistad y alegría.

—Bien hallado, mi señor Don Diego.

—¡Violante!

—¿Te disgusta mi encuentro?

—No. Pero estoy por creer que me has sacado el pedazo.

—Esa era mi intención...

—¿Tu intención?

—Sí.

—¡Cuadro! ¿Y qué quieres?

—Hablaros.

—No creo conveniente este lugar.

—¡Quia!...

La mujer que había salido al encuentro de Don Diego en forma tan inesperada, iba tapada con el pañolón madrileño puesto sobre la cabeza y ajustado en derredor del rostro, de manera que apenas dejaba descubierto un solo ojo, lascivo y brillante, permitiendo adivinar a través de esa «muralla de la decencia» un aire misterioso y deslumbrador. Las luces de los candiles y el espejeo de los escaparates de los plateros, hacinas de lamas de oro y piezas de plata, hicieron rebrillar las lentejuelas de sus zapatos cerrados como un ocho, envolviendo su figura en sutiles laminillas de talco, más irisadas y punzantes a

medida que penetraban en la oscuridad de la calle. Ambos doblaron hacia la Cañada en la esquina del Rey, torciendo después por una callejuela negra y desusada. La tapada tomóse del brazo del oficial y, silenciosamente, avanzaron hacia una casuca situada en el deslinde de un solar de muros bajos. Don Diego la miraba de soslayo al pasar por delante de los reverberos, sin hablarla, aprovechando el corto resplandor que corría sobre el recamado de su pañolón. Le parecía agitada detrás de su calma y mutismo. Habían llegado al postigo y entrado al zaguán, donde una de sus murallas laterales estaba agujereada por una ventanilla hundida en el espesor del muro, y de la cual brotaba una llama de pavesa rojiza y tenue. Siguieron hasta el patiezuelo y penetraron por fin a una pequeña cuadra sahumada aún por un suave residuo de almizcle. Don Diego reconoció con satisfacción aquellos muebles familiares. Los espejos reflejaron su silueta como empañados por un lejano recuerdo. Violante había acudido entre tanto con una pajuela a encender los mecheros de las cornucopias, sacando de la llamita de uno de los velones de cardenillo que iluminaban a una imagen de Santa Rosa, colocada sobre una mesa de arrimo, entre porcelanas llenas de flores y frascos franceses de doradas orlas. Don Diego al contemplar aquella virgen que parecía sonreír con su purísima cara morena y plácida, sintió dentro de su alma que algo íntimo y dulce hablaba a su sentimiento y le conmovía. Aquella virgen nativa, con la pereza lánguida del mar y los cabellos encendidos por misteriosas luciérnagas y cocuyos, era la encarnación de su raza, la criolla pura por excelencia.

Violante pareció comprender la meditación amorosa del joven oficial, y acercándose a él, le dijo con esa languidez que denotaba la dulzura de la pronunciación limeña:

—Es la santa de mi devoción, *la bien plantá* de mi tierra. No hay alivio mejor para la pena. ¡Mírala, es mi vuelta al cielo!

Don Diego se sonrió y le dijo:

—¡Es muy alhaja esta Santal; pero ¿qué quieres ahora de mí?

—¿De ti? ¿Y me lo preguntas? Mal haya el hombre ingrato—exclamó—invitándole a sentarse sobre unos cojines de la pequeña tarima del estrado, mientras salía a llamar a una chinita. Luego, al volver, viéndole con sus ojos clavados sobre ella, prosiguió sonriendo:

—¿Y qué me miras así? Verdad que no voy a daros de barato las albricias del encuentro; pero ya estaré mejor... y entonces sabréis pagarme.

Y acudiendo hacia una de las cornucopias, desprendióse súbitamente el pañolón de terciopelo morado, dejándolo caer sobre sus hombros. El rostro de Violante apareció en todo su esplendor. Se había puesto las manos en jarra y sonreía, mostrando una dentadura bellísima y unos anchos ojos negros y brillantes, donde la luz resbalaba al caer sobre la gran tiniebla de la pupila. Su tocado era de tres castañas que caían sobre la frente, y una gruesa trenza envuelta en lo alto de la cabeza, formando un *moño de trueno*, que, como corona magnífica, sustentaba una peinetona de carey. Violante, en leve barlovento, sostenida en las puntillas de los pies, miraba

a Don Diego con ojos festivos, mientras el pequeño ahuecador seguía su compás bajo el crujiente justán de gros, que repicaba con las ojewelas de plata del faldellín.

El oficial, echado humildemente sobre el cojín, parecía un cautivo cristiano prendido por la voluntad de la Jari-fa; y dejaba a Violante su papel de iniciadora, gozosa con la confusión del antiguo amante. Este, gastado y bataneado, como estaba, de luchar con fuerzas superiores a las suyas, volvía a encontrar a esta mujer ligera y asequible como su primera juventud, llena de prácticas y refinamientos que, si no le conmovían, al menos sabían interesarle. Violante fué un tiempo una alma muy gemela de la suya. Venía de una ciudad donde no había alcanzado a desarrollarse esa tristeza de sótano que ya caracterizaba a la raza. Lima, a pesar del celo del Santo Tribunal, tenía una religión más blanda, y la fe no había excluído el amor de las ventanas enrejadas, pecadero de doncellas y bullebulle de pisaveredas. La plácida alegría del indio quichua se había estampado allí en el rostro del castellano sombrío y el clima enervante lo embriagó de voluptuosidad, haciendo en parte del clero toledano, una de esas rondas de frailes que Boccacio evocaba entre pipas de vino y muchachas frondosas. Los corregidores mismos habían aprendido de sus virreyes a burlarse del Rey de España. «Acato pero no cumplo», decía Amat poniéndose el sello real en la cabeza con ironía palatina de un cortesano de Versalles. Por esto la galantería jamás dejó encarnar el ascetismo en las costumbres de las gentes, libres de la herencia del fatalismo legado en

la península por los árabes, y que en Chile, como en ninguna otra colonia de América, exaltó primero la miseria, luego la ignorancia, el orgullo vasco después, y por último el fanatismo que, mezclado a la superstición, produjo suplicios mayores en medio de deleites soterrados a pecado mortal.

La tristeza, esa expresión del desencanto de la vida que María de los Dolores dióle a conocer, como una cosa implacable y fría, le había contagiado llevándole camino del convento con ese mismo «mal gesto» del fanatismo que obscurecía las almas; alejándole insensiblemente de la alegría de vivir, de esa alegría que su padre el Comendador nunca le prohibió, pues su raza de andaluz de pura cepa, no hizo jamás distinción del gracejo a la virgen y a la mujer, confundiendo a ambas en medio de sus saetas voladoras. Y Violante estaba allí otra vez, como un reverbero de luz escapado de las sombras de su tristeza vagabunda, para aliviarle, en su penosa *via crucis* que él comparaba a la de esos disciplinarios que, con la cruz acuesta, salían por las calles en las procesiones de semana santa.

—¡Cuán silencioso está el seor Don Diego!—dijo Violante con sonrisa forzada.—¡Si ya no parece el mesmo caballero de otrora! ¿Dónde dejó las gallardías? ¿Dónde la afición por las letrillas, trovos y decires? Me despico del desaire de entrar a mi casa como lego franciscano. Quien bien le conoce tiene que admirarse de este cambio. ¿Acaso la sombra del Corregidor le atemoriza también como a tantos barbilindos?

—¡Válame Dios, que estoy por enfarolarme, Violante,

con todo lo que acabas de decirme—replicó un tanto amostazado Don Diego.

—¿Y por qué esa cara de Señor San Tristeza entonces? Aquí raras historias corren sobre ti y no falta quien me diga que estás enamorado, quien me afirme que andas en penitencia cumpliendo una manda hecha a la Virgen del Rosario o quien me repita que te has acogido a sagrado, como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitarlos:—los huesos a Dios y la carne al diablo—exclamó Violante, celosa y asperilla, volviendo al balanceíto sostenido en la punta de los chapines de tabí.

Don Diego nada contestaba en desquite a estos requerimientos. Su imaginación fatigada prefería anonadarse en medio de su ardor ante esta pendenzuela de celos, que por discreción callaba en romance, murmurando latines por lo bajo, al seguir con la vista el barlovento de su cuerpo voluptuoso que elevaba su parca estatura, deteniendo sus ojos, de vez en cuando, en las virillas de plata del chapín. Violante entonces tomando el faldellín con ambas manos, como si bordara el paso del minuet, lo recogió levemente, descubriendo sus preciosos bajos más allá de los atacados de cintas azules y que serpenteaban tentadoramente en torno de unas bien formadas piernas que apenas velaban los estambrados de sus medias de seda carmesí.

—¿Qué tal mi garbo? ¿Te disgusta? Supongo que no seré sebo para el demonio—agregó soltando una fresca y sonora carcajada.

—¡Calla! Bien comprendo que desde allí se puede

también ir al cielo—contestó éste mirando ávidamente los contornos del naciente muslo.

—Al fin vuelves del hipocondrio—repuso ella melosa.

En esos momentos entró en la pequeña cuadra una chinita trayendo en una bandejilla de plata, tapizada de flores, dos mates cebados con leche y canela, dejándola sobre una cajuela de nogal a guisa de pequeña mesa. Don Diego acercó su nariz a la bandejilla, exquisitamente perfumada.

—¡Huele bien! Supongo que este olorcillo no proviene de ningún filtro diabólico.

—¡Guá! ¡Quién sabe! ¿No seremos tres al partir?... —respondió Violante haciendo con los dedos un castañeteo prolongado y sonoro.

—No entiendo.

—Pues, voy a traer a colación una historieta, que no recuerdo a quien le oí en Lima hace ya algún tiempo.

—¡Uf, historieta tenemos!—dijo Don Diego, jubilosamente, dando una chupada a la bombilla.

—Pero no de aquellas que hay para saber y contar y contar para saber...

El le tomó la palabra y continuó:

—Y escuchar para aprender. Pan y harina para las monjas Agustinas; harina y pan para las monjas de San Juan.

Violante, algo enfadada, le interrumpió:

—Pan y luce para el diablo chuche; pan y requesón para el diablo narigón. ¿Acabaremos?

—Cuadro.

—¡Y cruz, demonio!—agregó Violante poniendo con fuerza sobre su frente el dedo índice cruzado con el pulgar.

—A las vegadas ¿cuál es la historieta?

—Si su merced quiere oírme no chancee entonces...

—¡Cuadro!

—Pues: había un loco en Sevilla—empezó a decir Violante—cuya locura tenía un noble tema: persuadir que era la Santísima Trinidad. Era asistente del marqués de Montesclaro, un visorrey de nuestras tierras...

Don Diego asintió con la cabeza.

—¡Ya lo sabía! ¿Acaso me vienes a enseñar historia?

—¡Guá!... ¡Qué lisural! ¿Te enfadas, hombre? Bueno ¿parece que empezamos otra vez...?

—Cuadro.

—¡Eso es! Con tantos cuadros vas a quedar, hijo, como una piedra del puente de cal y canto: enteramente cuadrado.

Don Diego, con un ademán de su mano, pidióle que prosiguiera.

—Un día, viendo el Marqués de Montesclaro al loco, sangrando, cuasi hecho pedazos, le dijo: Si eres la Santísima Trinidad, ¿cómo estás tan roto? Y éste respondió: eso es, señor, porque somos tres de romper. Dígame ahora, seor teniente, si no estamos como el loco de Sevilla...

—¡Guá! ¡Qué resantísima! Su merced, el diablo y yo...

La plática se prolongó hasta un poco después de la hora de queda. Las once serían cuando se despidió Don Diego. Le acompañaron hasta el postigo Violante y una

chinita que llevaba el candil. La calle estaba más lóbrega que la noche. En el seno de las tinieblas oíanse crujidos de huesos y chasquidos de lenguas que lamían.

Al salir del portón resbaló en una loseta y midió, con su cuerpo atravesado, la acera. Violante soltó una carcajada y volviéndose hacia la chinita díjole apresuradamente:

—Morocha, apaga la luz. ¡El señor se ha acostado!

Al rato, en la calle del Chirimoyo, no se oía más rumor que el de las lechuzas anidadas en los aleros y el ladrido de los perros en la lejanía.

En la esquina del Rey tuvo Don Diego dos encuentros con magnates que se recogían acompañados de un negro que marchaba a la delantera, llevando un farolillo en la punta de un bastón, cuya débil luz apenas alumbraba los baches de la calle. El oficial se arrebujó en su capa metiéndose en el hueco de una puerta para no ser visto. Cuando llegaba al portón de su casa un sereno cantó la hora a no mucha distancia. Luego pensó en que Violante le hubiese dicho la verdad al creerlo parte de la Santísima Trinidad del loco, y al abrir su postigo, dijo en alta voz, como si hablase con un portero invisible: «no había reparado en ello con semejante tentación. ¡Qué costalada! ¡Buen sebo del diablo!»

XII

En esos mismos días quiso apretársele a Don Diego en las agujetas inquisitoriales. El señor Provisor le pasó un recado a su zaguán previniéndole que estaba infor-

mado de no haber hecho su «comuni3n pascual» y de no tener la papeleta de la parroquia correspondiente. Se extrañaba, el señor Provisor, de la poca cristiandad de que hacía gala un oficial del Rey, llamándole a su juzgado a dar satisfacci3n de cómo, cuándo y dónde había cumplido con la Iglesia. Don Diego comprendió la emboscada y la mano oculta que obraba en torno de su persona, y respondió que no conocía a otro superior a quien satisfacer sino al Capitán General del Reino, a quien tenía ya informado—en orden a dicho cumplimiento de la Iglesia,—y que no conocía al señor Provisor por su superior ni menos quería ir a su llamamiento. Amostazóse éste con la respuesta del airado oficial, y le replicó que debía concurrir a su llamado, porque de lo contrario se le haría obedecer con censuras.

Don Diego, después de todo, queriendo llevar la fiesta en paz, y maliciando de donde pudiese provenir el juego del Provisor, presentóse al día siguiente en su casa, y con palabras suaves y atentos modales, le impuso que había cumplido con el precepto de la Iglesia en el caserío de San Francisco, donde se hallaba de comisi3n en los días de Semana Santa. Pero el Vicario, que ya estaba un tanto resentido de que el oficial le hubiese mirado en menos, después de oír las explicaciones, le dijo con voz alterada:

—¡Vaya, vuesa merced, con Dios, que yo haré que a palos lo hagan cumplir en la Catedral, por segunda vez; usted es un vil, y sólo para esto lo he llamado.

—Señor doctor—respondió don Diego—venero mucho el estado sacerdotal de que vuesa merced goza; que si

fuera mi igual no toleraría lo que me dice. No ha nacido todavía quién me haya de dar de palos, y me alegro mucho saber que aquí se llama a los hombres de bien, simplemente para lo que se me acaba de expresar.

—¡Le repito a usted que a palos lo he de hacer cumplir, y que es un canalla!

—Señor doctor, lo que le digo una vez más a vuestra merced, es que si no estuviese espaldeado por el Corregidor, ni vuestra merced me diría lo que me dice, ni otros muchos harían lo que hacen; y quédese usted con Dios.

Don Diego, poco después, le escribió una carta al iracundo Provisor, diciéndole que no se había de quedar con los insultos que le había prodigado, amparado en su fuero religioso, y que los Tribunales habían de imponerse de su conducta. Sin embargo, nada le valieron sus influencias en aquel mar de intereses recíprocos. Poco después recibió un oficio en que, para colmo, se le reconvenía agriamente, «previniéndole guardase el respeto y la veneración que debía a los jueces eclesiásticos, ocurriendo a sus llamamientos y recibiendo con templanza sus amonestaciones, y que en caso de reincidir se le castigaría con el rigor que correspondía».

Así andaban las cosas, en esos días, para su mala estrella, y por el encarnizamiento con que la suerte le golpeaba creía ver cumplirse la profecía de la machi: «El Torbellino» era el nombre del espíritu que le poseía; e imaginaba que su hechizo lo llevaría hasta la tumba.

En su zaguán, en tanto, la vida tenía una tranquila apariencia. Las parlerías, en las noches de luna, atraían

a numerosos amigos que se estaban allí hasta la queda, enhebrando recuerdos e historias de aparecidos. En el día, la lengua de trapo de la caturra entretenía a los chiquillos de la Cañada, mientras las canturrias de la ñaña Francisca ponían en el patiezuelo del naranjo una dulzona morriña a las horas en que sesteaba el amito. Cerca de las oraciones empezaban a llegar los amigos, unos zarandeando el sable, otros los capingos, aquellos los cascabeles del calesín; luego con los chambergos barrían los ladrillos del piso, al saludarse, o carraspeaban en voz alta para espetar la frase señorial.

—La paz de Dios sea con vosotros—deciales Don Diego parsimonioso.—¿Y qué se dice por esas calles?...

—Lo que se dice en Lima cuando no ocurre nada.

—Pues, en ayunas me quedo.

—El ojo del puente, el baratillo y el pan donde se estaban...

—¡Están!—dijeron en coro otros dos circunstantes.

En uno de esos días habituales llegó Martincito, el hijo del Marqués de Villa-Palma, a mata carrera, hasta el zaguán, penetrando como un chiflón patio adentro.

—¿Qué pasa? ¿El Corregidor?—preguntó Don Diego.

Todos soltaron una carcajada.

—No se rían—replicó Martincito. Ese hombre tiene malas pulgas. ¡Virgen Santísima!

—Acabáramos, señor, pero ¿qué pasa?

—¡Ea, escuchen entonces! Volvía a prisa del cerro en compañía... ¡Quial... por saberlo de coro... creo mejor callarme...

—¡Una cimarrita, ehl...

—Habíamos pasado ya el cequi6n de Nuestra Se1ora del Socorro, del bracete con M6nica, cuando vimos una patrulla de soldados frente a la iglesia del Carmen, armada de trabucos y pistolas y que a toda costa quería atrapar al *Mono Bravo*, que se haba metido en el templo.

—¿Al que asesin6 a don Pancho clavándole un hierro en las sienes?

—Al mismo.

—¿Y?

—Ya verán ustedes. El Mono Bravo se entr6 a la iglesia del Carmen, desde cuyo interior apuntaba con su pistola a cuantos intentaban acercársele. Avisado de esto el Corregidor, corri6 al punto hacia dicha iglesia, y sin reparar en el sagrado lugar, pretendi6 entrar él solo, cuando el negro le grit6 desde adentro: «no se arrime, porque le tiro» y diciendo esto le apuntaba con su arma amartillada. El Corregidor arroj6 el sombrero, y enarbolando su bast6n, le contest6 a su vez con voz terrible: «apunta bien, negro pinto». Mono Bravo no s6lo se estremeci6 de la sorpresa que le caus6 el coraje de aquel, sino que de puro miedo se le cay6 el arma de la mano y se entreg6 como un corderillo. *Ipsa facto* tom6le de una oreja y le entreg6 a la patrulla, que estaba con las posaderas sabe Dios...

Y al llegar aqua se ech6 sobre s6 el viento del sombrero a guisa de abanico.

—¿Y M6nica?—pregunt6 con sorna Don Diego.

Martincito se levant6 para imitar con las alas de su capilla un vuelo.

—Cuando anda el gavián, los palomos... Ya sabes que tengo los polvos de la Madre Celestina...

En esos instantes la caturra desperezóse con el barullo de los contertulios y de un salto se colocó sobre el hombro de Don Diego. Algo cotorreó *in loco non santo*, pues en el zaguán estalló una carcajada que hizo olvidar la hazaña del Corregidor.

XIII

Al comenzar el invierno de aquel año, ansioso el viudo de ver a sus hijas en el monasterio que había fundado, pidió al padre Portusagaiti que apresurase en cuanto fuere posible la preparación monástica de las dos niñas, poniendo especial celo en María de los Dolores, por los desasosiegos y bulliciosos pensamientos que le conturbaban el alma. Respecto a Teresa Rafaela muy poco más hubo de pedir debido a que, desde hacía mucho tiempo, daba rienda suelta a su fervor.

Las dos hermanas habían regresado de la quinta de la Cañadilla con la primera lluvia de otoño, que anunciaba ya la aproximación de los largos meses de invierno. Ese mismo día el padre Gabriel las reunió en el oratorio para exhortarlas a recoger píamente las enseñanzas y disciplinas a que hasta entonces habían estado sometidas.

—Apresuren, hijas mías, apresuren—les decía—acercarse en todo momento a Dios, que aquí estoy, con mi experiencia adquirida en cuarenta años de ejercicios, para ayudarles a sacar todo el fruto provechoso de la sabiduría que el Señor pone a nuestro alcance.

En seguida les recordó en la plática el fin que tenía la abnegación, repitiéndoles el pensamiento que David decía en semejantes circunstancias: «Medité de noche en mi corazón, y me ejercitaba y escobaba mi espíritu». Diestro en el arte de dirigir almas y sumamente versado en materias teológicas y divinas, el padre Gabriel les dió remedio contra las omisiones cometidas en la quinta, aduciendo numerosos ejemplos sacados de las escrituras, enseñándoles prácticamente saludables ejercicios, por medios de afectos que le sugería su espíritu fervoroso, los que irían variando en cada uno de los diez ejercicios que les propuso para la meditación del retiro.

Esa tarde, fray Gabriel estuvo elocuentísimo, y les leyó trozos de un libro escrito por el padre Ignacio García, titulado el «Cultivo de las virtudes en el paraíso del alma», y en el cual se prepara con destreza el espíritu del cristiano, inspirando el conocimiento de las excelencias de las virtudes, y que—aquí la voz de fray Portugaiti se elevaba como en el púlpito—«son los adornos preciosos que dan mérito al alma para presentarse dignamente ante los ojos de Dios, pues, revestida de ellos, queda semejante a aquella mujer tan celebrada que vió San Juan en su Apocalipsis circundada de los resplandores del sol, con la luna bajo sus plantas y coronada de doce brillantes estrellas».

Al fin dejó caer en el corazón de las niñas la palabra de un iluminado preboste que ve en la carne una cosa mala, y para la cual el alma devota debe ser casta, limpia y honesta de manos, de labios, de orejas, de ojos y de todo su cuerpo, como la sagrada Esposa que en el *Cántico de*

los Cánticos tiene sus manos que destilan mirra, licor preservativo de la corrupción; sus labios de un rubí purpúreo, señal de la vergüenza de palabras; sus ojos de paloma, por causa de su limpieza de pensamiento; sus orejas con zarcillos de oro, por muestra de pureza; y su nariz semejante a los cedros del Líbano, madera incorruptible. Llamó a María de los Dolores a retirarse a la soledad de su corazón, que de ninguna manera puede ser impedida por la muchedumbre, porque no está alrededor de su corazón, sino sólo de su cuerpo.

—Procura—díjole, ensanchando férvidamente el período—estar sólo en la presencia de Dios. Este era el ejercicio que hacía el rey David en medio de las numerosas ocupaciones que tenía, como vemos en mil pasos de sus salmos: «¡Oh, Señor! Siempre estoy contigo; yo siempre veo a mi Dios delante de mí: mis ojos he levantado a ti, oh Dios mío, que habitas en el cielo!» Y, cuando espiritualmente estés cerca de Jesucristo por la meditación y la santa comunión, entonces, hija mía, verás cuán presto tu alma y tu corazón se hallarán purificados de toda torpeza y vanos amores.

En el oratorio se llevaban a cabo estas pláticas del padre Gabriel. Las dos niñas debían pasar allí la mayor parte del día, entregadas a sus oraciones, cumpliendo las penitencias y otras disciplinas propias de su próximo noviciado. Fray Gabriel llegaba después de la colación de mediodía, estando una o más horas entregado a formarlas en el ejercicio de los consejos e inspiraciones celestes. La estancia era reducida. En la pared que enfrentaba al primer patio enfilábase el altar, el cual

ostentaba en la talla del frontal el escudo de la familia, que se veía por entre los ricos paños de holanda que lo cubrían; el retablo ensamblado de nácar y madera de rosa, estaba tapizado en el fondo con el terciopelo morado de una saya que había pertenecido a doña Carmen, y destacaba los perfiles pálidos de un Crucifijo de marfil. El incensario pendía de un clavo; el misal, colocado en un facistol, junto al tazón de agua bendita, mostraba sus enormes letras elzevirianas. En las paredes blanqueadas colgaban numerosas estampas de santos, entre las cuales sobresalía una virgen del Carmen. Sobre las consolas y repisas se veían algunas imágenes de bulto, de hechura quiteña, estando el Angel de San Rafael metido en un nicho improvisado en el lugar que antes ocupaba una alhacena embutida en la pared. El piso enladrillado de losetas rojizas, que había sufrido en parte el osamiento de los años y de los temblores, estaba cubierto, en lugar de alfombras, con pellones de lana, teñidos de colores vivos, y cerca de las silleas que usaban las niñas, tendíanse largas esteras hechizas del valle. En un rincón del cuarto, casi perdido en la penumbra, aparecía un altarcito con un Niño-Dios dentro de una urnita de flores de esmalte y de papel.

María de los Dolores, una tarde, después de haberse marchado fray Gabriel, continuó en el oratorio, fuera de costumbre, rezando con aparente fervor. Se había arrodillado frente al altarcito del Niño Dios. Vestía un monjil negro y tenía la cabeza cubierta por una toquita semejante a una enorme mariposa blanca. La niña estaba más pálida que nunca, con los ojos cercados por anchas

ojeras a fuerza de tantas angustias y lágrimas. La puerta del patio permanecía entornada y ni un rumor venía de afuera. Por una pequeña ventanilla, elevada en un ángulo del muro que daba a la calle, penetraba una tenue luz, velada por un vidrio empolvado y de colores borronientos, resguardado por una tupida reja de hierro. Las candelas estaban apagadas, y resplandecían apenas, sobre el mantel blanco del altar, las notas plateadas de los ramos. María de los Dolores, después de fisgar en derredor, desprendió un poco su monjil y sacó del pecho, presurosa, un billetito cuidadosamente doblado, que leyó acercándose al reflejo de luz que entraba por la ventanilla. Su mirada adquirió entonces un brillo inusitado, humedecida por las lágrimas de la emoción. Cesó de leer, y al alzar la vista se encontró con la del Cristo de marfil del altar mayor, e imaginándose observada por El, bajó los ojos ruborizada. La niña dobló el billetito ahogando un suspiro, y sin titubear, sacó de detrás de la urnita del Niño Dios un San Antonio, que guardaba semiculto entre varios floreros de porcelana, arrodillándose de nuevo, pero esta vez para seguir con más anhelo su amorosa inclinación. Largo rato permaneció inmóvil ante la imagen, en concentrada oración, hasta levantarse animada por una repentina idea. Había tomado al San Antonio, separándolo del Niño Dios que tenía en sus brazos, y después de volverlo de cabeza hacia la pared, empezó con más fervor la oración. Pero acertó a pasar Don Luis por el oratorio, y deseando ver si alguna de las niñas estaba allí, empujó la puerta, cayendo el golpe de luz inespera-

damente frente al altarcito donde la niña tenía a la imagen del santo puesta de cabeza.

Don Luis comprendió el juego de Marilola.

—Válame, hija mía, en lo que ha venido a parar tu inocencia. ¡Cómo fantasea tu desatino! Ya hemos comenzado a darle martirio al santo para hallar novio. ¡Buen cebo del demonio que con sus manos limpias quiere llevartel Pero no lo conseguirá, estando mi honra y la de Dios por medio. ¡Has de ser monja! Ya veo la necesidad de redoblar mi vigilancia. Hoy mismo volveré a hablar con el padre.

Esta escena puso el colmo al mal humor de Don Luis, quien salió en busca de la mama para que condujese a su hija a la recámara.

Al volver, momentos después, se encontró con que la niña había cambiado de sitio y estaba arrodillada frente al altar mayor, contemplando con ojos cándidos y vergonzosos el Crucifijo de marfil. El San Antonio había vuelto a ocupar su sitio en una de las repisas junto a otras imágenes de bulto. Un hálito perfumado brotaba del incensario. Todo se recogía en una honda quietud, como si nada hubiese sucedido.

XIV

El teniente es hombre de mucha largueza de ánimo—dijo el reverendo padre Gabriel a Don Luis, cuando éste terminó de contarle como había encontrado a María de los Dolores dándole martirio al San Antonio—y no

hay que cejar un punto. Mañas tiene el diablo y éste las sabe todas, como que vive en la edad chivatuna. ¡Mire, vuesa merced, que buscar aquella vez el símbolo de humildad y penitencia de la ceniza, la protección del Señor, al lado de Marilola! ¡Y luego hacer burla con el loro que me pedía su bendición! Su Paternidad alzaba las manos al cielo, gimoteando contra la juventud que ya nada respetaba, a quien no podía contener ninguna autoridad humana o divina, y que acabaría por destruir las cosas más sagradas. Esto es intolerable—proseguía fray Portusagaiti, mientras sacaba su cajita de rapé—y como conozco las uvas de mi majuelo, creo, mi señor Don Luis, que hay que empezar por expurgar al diablo de vuestra mesma casa.

Aquí Don Luis dió un salto.

—¿Cómo?

—Lo que oye su merced. El demonio anda trasegando por los corredores de vuestra casa para alimentarse con su paz. ¡Hay que expurgarlo!

Y ese mismo día determinó hacer una requisa al cuarto de María de los Dolores. La niña fué enviada a hacer una visita a las monjas Agustinas, acompañada de la mama. Momentos después penetraba a la recámara el padre Gabriel seguido por Don Luis. Iba el primero con la estola al cuello, el Santo Cristo en una mano y el hisopo del agua bendita en la otra, diciendo en alta voz: «Abrenuncio, espíritu maligno». En tanto el Corregidor con la vara de mando hurgoneaba los rincones, mientras los mulatos corrían y levantaban los muebles de un lado a otro del cuarto, repitiendo en coro ciertas jaculatorias que

pronunciaba el padre para que el demonio los dejase obrar libremente. Don Luis, con celo inquisitorial, registraba las cajuelas llenas de chucherías, recuerdos de Doña Carmen, muñequillas, aderezos de paseos, peinetas de carey, encajes góticos, hilos de oro, hebillas de plata, corales de un granate enlutado, mosaicos del siglo XVI, camafeos de lava, piedrecitas menudas de los genoveses, rosas de diamantes y aljófares; daba vueltas las imágenes que pendían de la pared, escudriñaba los intersticios de la ventana, el maderamen de la puerta. Al fin sus ojos se dirigieron al manto azul mar que tejía la niña, y que estaba tendido en un rincón de la recámara sobre varios taburiles. Todos miraban sorprendidos la preciosa decoración de la obra, inconclusa aún, que iluminaba el cuarto con el mágico resplandor de sus estrellas. El reverendo padre hizo indicación a que quizás el demonio se hubiese recogido ahí por ser vestimenta santa no consagrada. Don Luis levantó con delicadeza la obra, cayendo, entonces, algo inesperado sobre el suelo: un ramo de siemprevivas, atado con una cinta verde, y envuelto con un papel que tenía en el centro, dibujado a pluma, un corazón atravesado por una flecha.

—¡Ah, pobre niña,—dijo el padre Gabriel elevando su vista hacia el techo—cómo te engañas! Que este fuego de amor es más activo y penetrado de lo que parece. ¡Un corazón atravesado por una flecha! ¡Mañas del demonio que quiere jugar al fiado, sobre prendas frívolas, la principal pieza de nuestra alma!

La casa estaba alborotada como nunca se había visto en el trascurso de los años. En el patiezuelo el gallo

anunciaba con la alta voz de su garganta sonora que ya todo espíritu errante por la tierra, el fuego y el aire, huían a su centro, y este conjuro pareció traer la tranquilidad en las esclavas que sabían que el gallo era una ave de bien, y no consentía picardías. En tanto el cielo cargado de nubes envolvía todas las cosas en una penumbra plomiza. Sobre las losas de los corredores se percibían las pisadas de los celosos defensores de las vírgenes del Señor. Ambos gesticulaban y hablaban en voz baja.

La amistad de fray Gabriel con Don Luis databa de una tarde en que puso el agua bautismal a Teresica, recibiendo en obsequio para la Santa del nombre, un bolsico lleno de escudos de oro, recién puestos al cuño de la moneda, mientras los dichosos padres le daban al óleo un tono de «fiesta real» en miniatura, echando por la ventana a la ávida y clamorosa muchedumbre de mestizos y mulatos, azafates de dulces, pastillas de olor, ollitas de las monjas, entre puñados de medios y cuartillos encintados. Después fray Portusagaiti había continuado visitando la casa hasta ganar la confianza de Don Luis, quien le distinguió al poco tiempo como su confesor. Era fray Gabriel, en esa época, una de las columnas de la orden dominica, siendo elocuentísimo como orador, y de tanta probidad y sabiduría que llegó hasta alcanzar el oficio de prior. Terminado su mandato se dedicó a dar más ensanche al celo apostólico de que estaba inflamado: el confesionario, la lección espiritual, el púlpito, las visitas a los «presos convalecientes» del hospital Real, constituían sus ocupaciones cotidianas, habiendo juntado sus energías a las de Don Luis,

empecinados como estaban ambos en sofrenar a las multitudes con la predicación evangélica y los bandos de buen gobierno. Era el padre de aventajada estatura y recio cuerpo, de ancha cara rapada. Su edad frisaba en los sesenta años. Sus ojos miraban siempre como si hondas preocupaciones le conturbasen. Su cabeza redonda era algo calva y tenía mucho de cenobita en el aspecto; pero, lo que le distinguía del vulgo, era su nariz, tenida por el más venerable apéndice de teología moral, y que parecía auscultar a la distancia no sólo a los corazones bien templados, sino a aquellos ruines y engañosos, siendo en su forma una nariz griega, aunque un tercio más larga de como los griegos acostumbraban a tener las narices. Se decía que en su mocedad aquella nariz había sido de tamaño corriente; pero que se le alargó más de lo debido a causa de la mala costumbre que tenía de tirar de ella, entre sorbo y sorbo de rapé.

Cuando Marilola no encontró el ramo de siemprevivas, alzó hacia la Virgen del Rosario sus ojos lastimeros, pluguiendo resistencia para sufrir las pruebas a que aún el destino la sometería. Celebraba la ocurrencia de haber llevado en el seno el billetito de Don Diego, prometiéndose en adelante tener más cuidado en sus oraciones a San Antonio, y, para curar de todo nuevo martirio al santo, prendió una medallita con su imagen, tras el roquete de la saya, con la cabeza para abajo. Se extrañó de que su padre nada le hubiese dicho a su regreso de las Agustinas sobre el asunto, temiendo que esta actitud ocultase una determinación más rigurosa tal vez que las anteriores. Sin embargo, prefirió no darse por aludida,

pasando el resto del día entregada a mechonear a Dominguejo, el pícaro mulatillo que siempre tenía un grajejo mimoso para la amita. Esa tarde, todas las aves del corral se habían venido hacia el patiezuelo de la cocina, y el muchacho se entretuvo en hacer la rueda a los polluelos, moviendo los brazos como alas, al mismo tiempo que chachareaba un co .. o... o... o... queri... co... o ... o... o..., de gallo de pelea. La niña, animada por el éxito, le intercalaba unos versos, obligándole a repetir el *coquericó* en un tono distinto, mientras el muchacho seguía batiendo sus brazos cada vez más, corriendo a las aves, que con su piar persistente, iban desapareciendo hacia el corral, por la puertecita que daba acceso a la huerta, junto al silabeo imperceptible de los últimos versos de la niña:

En el tiempo de Mari-Castaña
una vieja solía cantar,
a unos pollos chucurritos
que corrían por el corral...

.....

Instantes después llegaba al patiezuelo la mama, envuelta en su rebozo de lana, y diciendo:

—Vamos, misiá Marilola, a rezar el santo rosario pa que la Virgen nos ampare.

Al día siguiente la niña fué sometida a un detenido examen de conciencia. El padre Portusagaiti procuró poner su alma en una soledad mental para que sin rodeos dijera el estado de su corazón. Trajo a su memoria los

martirios que imponía al santo e hízole cavilosas preguntas sobre la procedencia del ramo de siemprevivas, encontrado en su cuarto, envuelto en un papel que tenía un corazón atravesado por una flecha.

—¿Estás, hija mía, cogida entre las redes de estos locos amores? ¿Imaginas, acaso, encantar al amor con esa flecha atravesada en el corazón, para poder manejarle a tu apetito? ¿No piensas que esa flecha puede estar envenenada, y que debajo de una promesa vana hayas alojado en tu seno una culebra ponzoñosa, la cual te ha echado a perder alma y honra?

María de los Dolores estaba tímidamente recogida en su silleta, y ante las palabras proferidas con voz penetrante por el confesor, sus pensamientos se aceleraban unos tras otros, sin poder coordinar las ideas. Al fin atrevióse a decir balbuciente:

—¿Y si Su Paternidad supiese que esa flecha, en vez de veneno, destila mirra que embalsama el corazón dentro de una amistad honesta, comedida, de pura unión de espíritu, como en el mismo cielo se ejerce?

—Hija, tú eres una niña de corta experiencia, y miras con las ligaduras de oro de tu casto corazón el cariño de los hombres, pero sé donde el diablo tiene las uñas, y como hace su elección por vanagloria, echando sus anzuelos y tendiendo sus redes en lugares especiosos, raros e ilustres, y que acaban en el pecado de la carne, el cual roba el amor, y por consiguiente el corazón a Dios.

—No, Su Paternidad, él es bueno—díjole la niña, bajando los ojos ruborizada.

—¿Y cómo puedes saberlo, hija mía? El demonio es

tentador a la distancia y se complace en comunicar a los corazones, deseos, suspiros, ternezas y otras semejantes boberias. Si esa amistad ha sido hasta agora de mucha prudencia, bien presto se mezclará el amor frívolo, que hace titubear a la persona en la castidad y devoción, porque en un momento Satanás hace volver la casaca a los que aman, trayéndolos a señas afectadas, a caricias torpes, a suspiros desordenados, a ciertas quejas de no ser amado, y a pequeñas pero deseadas galanterías.

—¿Y el matrimonio, padre, no es una amistad verdadera y santa?—preguntó la niña con voz susurrante.

—Sí lo es, pero con conocimiento de las virtudes de ambos. Y la inclinación amorosa vuestra no se refleja en una misma llama. Don Diego no es de la raza de tu padre, que como los cedros de las montañas vascas, es madera incorruptible, y no quiere que su descendencia sea indigna del nombre que él a orgullo lleva.

—Padre, dijo en sollozos la niña—el señor que aprecio es hombre de honor, sabe guerrear y tiene virtudes que las gentes repiten todos los días.

—Los juicios apocados de la gente moza, llama virtudes a ciertas habilidades y perfecciones guerreras y mundanas. Yo llamo esas cosas, hija mía, virtudes frívolas. La gente moza dice en los estrados: Don Diego es valiente, sabe manejar la espada, baila bien el minuet, juega bien toda suerte de juegos, y en demasía la chueca; viste paillo y guantes en las procesiones, pasea en calesín, canta bien, tiene buen talle y usa guedejas; y desta manera tiene la más de las veces a los señorcetes de la ciudad por los hombres más admirables y virtuosos. Y como

esto, hija mía, mira a los sentidos, así también las amistades que de aquí resultan, vienen a ser vanas y frívolas. Estas son de ordinario las preferencias de la gente moza, fundadas sólo en el mostacho rebelado, en el cabello crespo, en las miraduras lascivas, en los vestidos de gala y en los motes apasionados con que alaban a su dama. De aquí porque vea agora de esa virtud callejera sólo su apariencia y crea suficiente decirte—la voz del confesor se hizo solemne—que las tales amistades no son sino de paso, y así se acaban y deshacen como la nieve al sol!

—¿Y cómo sofocar, padre, esta angustia que llevo dentro?—le preguntó la niña con rostro afligido, colocando una de sus manos sobre el pecho.

—Orando, hija mía, que esta es el agua de bendición que lava nuestras almas de toda impureza, y mata en el corazón la sed maligna de las pasiones, haciendo reverdecir con su rocío las plantas de nuestros buenos deseos. A este propósito quiero traerte las epístolas de San Jerónimo, donde abundan los avisos de perfección y castidad, y en las que no verás otro movimiento sino un horror del vano amor pasado y de toda afición y dolo que te impida acercarte al Señor.

La niña pasó esa tarde en un abatimiento profundo. La serie de razonamientos que le había aducido el padre Gabriel la conturbaban trayéndole tristezas, confusiones, celos, embustes, toda una serie de réplicas y excusas en favor y en contra de Don Diego. Por primera vez dió albergue en su corazón a los chismes e historias amorosas que le atribuían, y que más de una beata, de esas que miran, pican y pasan, trájole al zaguán en el verano pa-

sado. La murmuración, de la que siempre se había guardado de favorecer y lisonjear, percibíala ahora en los oídos con sus dobleces, artificios y fingimientos. ¿Si tendría razón el padre Gabriel? ¿Qué era esa grande amargura que sentía en la boca? ¿Dónde estaba, pues, su alma? ¿Acaso esa amistad mundana terminaría por turbarle el juicio y la vista?

En el billetito le decía Don Diego que habiendo llegado el invierno, todas las tardes, después de las oraciones, pasaría por el frente de su casa, disfrazado de vendedor ambulante, gritando las castañas *cocias*, de entrada de estación, y el sabroso *mote 'e mei*, para que con este pretexto saliese al zaguán a comprarle una celeminada o cuartillo. «Dios nos ayude—terminaba diciendo en el billetico—en estas ocasiones, para que no sea lo pasado; ya que he sido un David en lo perseguido, no sea que ahora me convierta en un Alberto Magno en las hazañas que voy a acometer», y agregaba al final: «que no tuviese cuidado por la paga, pues le fiaría y con llapa»...

Al anoecer se oyó por la plazuela el pregón de un vendedor ambulante. Era un grito largo y persistente, entonado por una voz de barítono, llena, armoniosa y que al enfrentar el zaguán de la casa penetró hasta los patios interiores estremeciendo con su vibración sonora las hojas de los naranjos, perlinas de rocío. El vendedor se detuvo un instante frente al postigo abierto, arrojando el farolillo en el interior un haz luminoso que, a igual de su voz, cayó esparciendo un reflejo fantasmagórico en el húmedo y sombrío zaguán. *Motemeiii... pelao al medio calientiii...to... las castañas cocias...* Nadie acudió

a su llamado. Emanaba de su lobreguez un vaho de tedio y de misterio, diluído en un residuo de incienso y mejorana que apretaba la garganta y oprimía las sienes. Sólo algunos murciélagos se desprendieron de las vigas abanzándose al espacio. El vendedor prosiguió entonces su camino, mientras su grito se hacía más agudo y largo.

María de los Dolores, de rodillas ante el Cristo de marfil, sentía en esos instantes penetrar en su alma el agudo filo de una espada, recordando que a los mártires los fuegos y sus llamas les parecían flores hermosas y preciosos olores en medio de la devoción. La niña, atemorizada por el examen de conciencia a que la había sometido el padre Gabriel, no se atrevió a salir al zaguán, prefiriendo pasar en el oratorio los instantes anunciados para el encuentro. Fué una lucha horrorosa la que sostuvo consigo misma. Con las manos cruzadas sobre el pecho elevaba sus ojos llorosos al Cristo, y como si su corazón no fuese digno de habitar el santo tabernáculo, pedíale que restableciese la paz a su alma, trayéndole suspiros para el cielo y familiaridades para con el espíritu. El oratorio estaba apenas iluminado por una lucecita que concentraba todo su reflejo en los ojos y labios de la niña. Flotaba allí un adormecedor perfume de incienso desvanecido, de tallos de flores en agua y de pétalos marchitos. La llamita titilaba con los oros vesperales de los vasos y frasqueras, colocando flores de luz en sus grandes ojos enlutados. Semienvuelta en la oscuridad, defendiendo con las manos cruzadas los senos nacientes, María de los Dolores sentía extinguirse, en el silencio de la noche, aquel grito ambulante, sin retorci-

miento ni dolor, con su pureza, su estoicismo, su sonrisa casta y resignada. Sus oídos, ensordecidos por la emoción, ya no percibían más que un ruido de campanas. La chaquiras de una lágrima rota en sus pestañas pendía en sus mejillas.

XV

El vendedor ambulante volvió las tardes siguientes a pasar por la plazuela de la Merced. Su grito, si no hacía temblar de emoción a las devotas que a esas horas rezaban el rosario, les daba al menos una preocupación para el espíritu. Atraídas por su voz bizarra, las cholitas del barrio acudían a postigos y ventanas a comprarle castañas, y a veces acababan con su venta mucho antes de enfrentar la plazuela. Sólo al detenerse, a cierta distancia, de la casa de cadenas del Corregidor, una nueva esperanza renacía en su pecho, multiplicando milagrosamente los granos con otra porción que asomaba por entre los blancos paños al mismo tiempo que su pregón. Pero, en aquella casa, a nadie parecía interesar su venta, teniendo que seguir su rumbo impreciso por las calles oscuras como boca de lobo, y que la candileja del farolillo apenas alumbraba a no más de dos o tres pasos de distancia a través de sus vidrios empañados por el frío de la noche.

Una mañana, Dominguejo penetró en la recámara de Marilola haciendo aspavientos y cascabelillos con la voz:

—¿Mi amita no sabe la *noveá*?

—No.

—Pues, que todas estas tardes ha pasado por la plazuela un castañoero.

—¿Y qué hay de novedad en eso?—ganguéo la niña, sintiendo un calorcillo en las mejillas.

—Pues, nadita. ¡Qué el tal castañoero lleva zapatos con hebillas de plata! Las cholitas andan bebiéndose los vientos por él y le acaban la venta mucho antes de llegar a la plazuela. Yo le ví ayer detenido frente al zaguán, y como estaba el postigo cerrado, siguió el pobre con su venta. Doña Mónica dice que es el demonio de Santu Domingo, que anda tentando a las mujeres poco recatadas, y la otra tarde, cuando pasaba el vendedor, se puso a decir: *bu, bu, bu*, para que saliese como camareta...

Marilola oyó al mulatillo hasta el último, dejándole ensartar sus frases unas tras otras. Al fin, muy disimulada, detúvole, diciendo:

—¡Pobre hombre! ¿Qué mal hace en ganar la vida vendiendo castañas? Doña Mónica es una vieja quintañoña, llena de enredos y embustes. No hay que hacerle caso.

Cuando Domingüelo se hubo marchado, la niña volvió a considerar su estado de ánimo en medio de las ataduras que la sujetaban a Don Diego. Picada en lo más vivo por los celos, no podía dejar pasar aquellos comentarios y habladurías malévolas de las gentes, sin rebelarse con palabras de indignación. Sin embargo, se había propuesto, para alejarle de su aprecio, terminar con él toda conversación particular, todo entretenimiento secreto, toda dulzura de ojos, todo semblante risueño y toda suerte de comunicación y cebo que pudiese alimentar esa inclina-

ción amorosa y frívola. Y ahora veía de nuevo que el lazo de esos vanos amores estaba más ligado a ella que nunca, como si tuviese marcada en el alma hasta la forma de los hierros que la encadenaban a Don Diego, cuya voz elocuente, disfrazada en un grito ambulante, se alzaba como un reproche en medio de su conciencia.

La niña hasta ese día, corrido el cuarto de los que llevaba pasando el pregonero por el frente de su casa, en nada había mejorado con los ayunos y penitencias; por el contrario, sus femeniles dolamas parecían tomar cuerpo, agravándose en las tardes con escalofríos y accesos de tos. La mama entonces hacíale una serie de *sorbeterios*, de tres en tres veces, de cinco en cinco veces, en nombre de los cinco mandamientos de la Iglesia, envolviéndole los pies en su mismo refajo de castilla lacre, sahumado con palma bendita, remedio que según su decir, «era un primor para tirar la calor para abajo». Otras veces, en la noche, le colocaba en la cabecera de la cama la cruz de Salomón, hecha en Viernes Santo con varillas de palqui pasadas por el rescoldo, que era santo remedio para no tener malos sueños.

—Mi palomita—le decía la mama—¿no será una grande ingratitud el romper una amistad con tanta vehemencia? ¡Qué afán, hija mía, de descoser un cariño tan ligado al corazón, porque al *piquito de oro* se le ha ocurrido llamarlo fuego de Satanás! Mi palomita, muchas veces sucede que un vientecillo apaga la vela, pero también no es menos cierto que queda ardiendo el candil. Continúas en estos tiempos de sequía, en que hay más viento que agua. ¡Si ya parece que hemos venido a este valle

de lágrimas sólo pa que nos condenemos los unos a los otros! Acuda, misiá Marilola, esta tardecita a ver al castaño, sino quiere que las cholitas buenas mozas del barrio saquen sus castañas con la mano del gato.

—¡Jesús, qué labia! Por Dios, cállate mama—le decía la niña tapándose el rostro con la ancha manga de la saya.

Los consejos de la mama, por un lado, y lo dificultoso de la curación, concluyeron por hacerla desistir de su empeño, volviendo a preocuparse de sus sayas.

Ese día fray Gabriel no vino al oratorio a platicar, como de costumbre, con las aspirantes a novicias. Marilola se aprovechó para acicalarse y disimular entre los repulgos de gasa nevada de su toquita, las huellas macilentas de las malas noches. Frente a un pequeño espejo pasó toda la tarde aderezándose los rizos de sus muchas y delgadas trenzas, perfumándolas con aromas de flores naturales, como en los días en que su madre vivía. Nada le faltó a la niña para su mano de gato. La alhucema sahumó su saya talar; y una hojita de pelargonio, cogida con disimulo en el jardín, substituyó los secretos efectos del carmín. Sobre su cabeza colocó una toquita nueva que parecía de gala por los repulgos, encarrujados y garabatos que tenía. Era aquel tocado casi una prenda de adorno mundano por el gusto y primor con que estaba hecho, y no en balde ella había puesto toda su intención y gracia hasta en el gótico gregorillo que se abullonaba sobre la delicada garganta. Marilola estaba feliz con ese aliño, y celebraba el verse donada de tantos encantos, acercando su rostro lleno de placi-

dez al espejo, donde sus facciones se reflejaban con más ingenuidad que malicia, resumiendo, con su boca bien dibujada, en un gesto imprevisto, la forma de un corazón. Aquella misma tarde bautizó en el oratorio a la maravillosa toquita con más unción pagana que mística. Había un vaho tibio y enervador en el pequeño cuarto. Tomó agua bendita del tazón de huamanto, santiguándose lentamente. Su oración fué corta. Afuera soplaba un viento fuerte que parecía llevarse las hojas de los árboles, silbando, por los corredores de la casa, lúgubrementemente. El cielo se ensombrecía. El esquilón de la Catedral tocó a oraciones y le repitieron los demás templos. La mama apareció en el umbral llamándola a rezar el santo rosario. La noche al fin cayó como piedra en pozo. Ni un ruido percibíase en la negra calle de los Cruzados. Al fin rompió el silencio de la hora santa el eco lejano de un grito ambulante que subía de la Cañada de San Francisco. De pronto el fraseo se hizo más claro y vibrante: *Las castañas cocías... moteemeei... pelao al mello calientiii...to...*

Marilola, presa de agitación interior, corrió hacia el postigo, y, cuando el vendedor hubo doblado el trozo de piedra que protegía la calzada en la esquina, movió sus brazos muy quedo, llamándole al zaguán. En tanto, detrás de ella aparecía la mama provista de un enorme azafate de plata. El vendedor apresuró el paso hacia el postigo, y levantando el farolillo dió con la luz de lleno sobre el rostro de la niña, ahogando su emoción y sorpresa en la sombra que la parte trasera de la candelija arrojaba sobre su figura.

—¡Ave María! ¡Cómo viene!

—¡Marilola! ¿Y es tocado de monja ese adorno que os sienta tan bien?

—Mama, daca el azafate. Ahora, veamos, señor vendedor, las castañas y el mote,—dijo la niña sin responder a su pregunta, volviendo hacia la sala y deteniéndose en el umbral.

El vendedor, que había dejado la canasta en el suelo, la recogió penetrando con desparpajo en el zaguán. Llevaba sobre la cabeza un gran sombrero de fieltro, de ala tiosa y ancha, y cubría su cuerpo con un poncho que le caía hasta las rodillas, dejando ver unas calzas de cuero coloradas, atadas en los volantes y corvas con botones de plata, las que apenas disimulaban al resplandor de la candileja la rica hebilla del zapatón.

En la antigua sala de los recados, sobre una mesita ratonera, dejó el vendedor su canasta, descubriendo los paños para mostrar su venta y aproximando el farolillo al rostro de la niña, que llena de curiosidad, se había inclinado a ver la apetecida mercancía. Sobre el azafate que sostenía la mama cayeron los montones de castañas simulando corazoncitos negros en medio del espejo de la fuente de plata. La mama al fin los dejó solos para avizorar las sombras errantes desde el postigo del zaguán. El vendedor, en tanto, recibía la paga cogiendo las manos de Marilola. La niña, con los ojos ¡semi-entornados, parecía soñar, como en su infancia. Un viejo y agradable olor a dulces y yerbaos resucitaba en la estancia. ¿No estaba acaso en aquel cuarto encantado, donde su madre dábale a probar las mistelas y manjares de los presentes más exquisitos de la ciudad? ¿Qué poder misterioso la

atraía otra vez hacia allí? ¿No era el «*liber aureolus*» tantas veces soñado el que se cernía ahora sobre su frente macilenta?

La penetrante mirada del vendedor la hizo volver a la realidad de la hora presente. El semblante melancólico de éste revelaba las luchas y sufrimientos que consigo mantenía. La tez tostada denotaba también los rigores de su vida de soldado. Don Diego le inquirió noticias. Ella le habló atropelladamente de su *via crucis*. El cruzó sus brazos sobre la manta con desesperación, mientras ella bajaba los ojos humildemente hacia el suelo. Ambos estaban anonadados.

—¡Las cosas van de mal en peor!

La niña, al decir esta frase, cruzó los brazos sobre el pecho y bajo los nevados repulgos de la toquita, se vió que todo en ella imploraba, suplicaba y acariciaba. La candileja, colocada en un extremo de la mesa ratonera, alumbraba desde abajo, reflejando, en la desnuda muralla caliza, dos sombras que se alargaban en un mismo nudo hacia el techo.

Cuando el vendedor hubo traspuesto el umbral, la mama le dijo que cuidase de su palomita, que estaba enferma y tenía accesos de tos. Y agregábale:

—Su merced ha de saber que en las cosas del amor se pasa así, cuando se está mejor del mal, falla el corazón.

No se oyó nada más en la negrura de la calle. Sólo un viento helado rechinó sobre los pasos del fugitivo que con el farolillo de la venta apagado daba la mejor seña de su buena ganancia.

XVI

Don Luis de Zañartu entró en posesión de su título de Fundador y Patrón del Monasterio el año 1770. La «vista de ojos» que la Real Audiencia acostumbraba hacer a las fábricas de los nuevos monasterios, se llevó a cabo tres años después, ingresando a fines de año las primeras madres fundadoras. El convento estaba terminado en su interior «conforme a las reglas del arte de cada uno». Los claustros acababan de cubrirse y de cerrar las claves de sus arcos, libres ya de las cimbras; el sencillo cornisamento destacábase saledizo, sustentado en pilares de dura madera de la montaña. Las celdas y paredes de los corredores aparecían enjabelgadas con cales blancas y pinturas ascéticas. Los jardines de los patios, apenas trazados por las manos de los incultos indios que habían trabajado en la obra, esperaban el cuidado de las hermanitas descalzas que iría a libertarlos de la bravía yerba que, entre el bosquecillo de cipreses y los árboles frutales, crecía invadiéndolo todo.

La iglesia del convento se levantaba inconclusa a la vera del camino, sencilla y amazacotada, siguiendo su frente la dirección del puente nuevo y formando ángulo con el patio de la entrada. Sobre el muro sanguinolento de la iglesia se destacaba el ventrudo tejado rojizo, diseñando en la parte superior de su agudo portón, la torre elevada en una toesa.

En una de las visitas que hizo Don Luis al convento, para hacer las últimas disposiciones, fué acompañado de]

padre Portusagaiti. Ambos, ese día, discurrieron, hablando sobre la resignación cristiana, sobre el dolor, sobre lo falaz y transitorio de la vida.

—Las palabras mueren sin las obras,—decíale su confesor.—¡Juraría, Don Luis, en una ara consagrada, que ni en tiempos de Santa Teresa de Jesús, ni después, se haya hecho fundación más singular!

—Sin embargo, padre, anda por ahí la lengua de un tal Mestas pidiendo que acredite el capital que tengo para esta fundación, cuando no sólo poseo fortuna para costear un monasterio, sino también para levantar un hospital, según lo tengo proyectado.

—Afilado ha su lengua como una serpiente—replicó el reverendo padre.

—Y ya verá usted hasta qué extremo. Se ha presentado al Tribunal un escrito del mismo procurador, expresando se mande averiguar de quién es el terreno que ocupa este convento; se dice en el escrito que a una pobre mujer le corté los árboles frutales, entrándole en el monasterio parte considerable de la huerta con que mantenía a sus hijos, sin que el daño se haya reparado aún, porque pondero mucho la autoridad de mi empleo. ¿No merece ese hombre destierro perpetuo por su osadía?

—El amor de Dios es la paz.

—Las cosas de la tierra se llevan nuestra paz, padre. Por eso he deseado darles esta casa a mis hijas para que tengan lo que yo no he podido hasta agora encontrar. ¡Por vidas, votos y pesias, padre, que es muy duro esto de administrar justicia y de ser corregidor! Ya ve usted, sin embargo, la familia que figura querellada contra mí

ante la Audiencia, es la de Juan de Dios Vega, a quien tengo de vecino con su mujer e hijos, y que nunca se ha visto enredada en pleitos conmigo. Lo que hay de verdad en estos gatuperios, padre, es que el tal Mestas, procurador de la ciudad, me tiene una picacena terrible porque me separé de él en las elecciones de alcalde.

—¡Merece ese hombre un sermón disciplinario! La envidia corroe el alma de los que han visto a vuestra merced seguir su destino de virtud en virtud, de triunfo en triunfo. Esta fundación es meritísima obra, no sólo a los ojos de Dios, sino del mundo pequeño, sobre el cual se debaten las miserias terrenales. Además, el honor de un hombre como vos, señor Don Luis, no está en poder de otros; vive confiado únicamente en sí mismo y no en la opinión del pueblo; no se defiende ni con la espada ni con el broquel, sino con una existencia íntegra e irreprochable; y esta clase de luchas nunca se ha visto que haya cedido a la otra en cuanto a valor. Los días de una honrosa vida representan los testigos que los rebaten, y ¿acaso no se juzga una acción por todas las demás? Las palabras mueren sin las obras, y he aquí, la inclinación mejor que recibisteis del cielo: el amor a Dios!

El Padre Portusagaiti había hablado con lentitud, pero sus frases poco a poco se enardecieron. Don Luis escuchábale silenciosamente, sin moverse, apoyado en la pilastra del claustro, con la mirada fija y el alma conturbada de varón probado en la amargura.

—Gracias, Padre—díjole al fin—sus palabras son el mayor consuelo y el mejor estímulo en favor de la obra en que estoy empeñado. Bien lo sabe Dios que nunca

me persiguió la idea del lucro ni me tentaron las malas artes. Obligado de las prendas personales y heredadas, siempre fuí desprendido de intereses por hallarme con sobrado caudal para mantener las obligaciones propias de mi estado, y Su Paternidad puede saber que jamás, cuando conocí a doña Carmen (que Dios guarde), traté con sus padres, antes ni después del casamiento, en punto a dote.

Luego visitaron detenidamente el convento desde el cementerio hasta el refectorio, disponiendo algunos arreglos en las salas de lavandería y cocina, cuyas baterías habían sido obsequiadas costosamente por parientes de su mujer. Los aposentos del primer patio, a la pasada del coro, habían sido construídos para sus hijas, dándoseles toda la comodidad posible dentro del austero marco de la Orden de Carmelitas.

—Quiero que estas becas se conserven hasta que mis hijas tengan la edad competente para deliberar sobre su estado—dijo melancólicamente Don Luis.

—El angel bueno las irá empujando suavemente hacia el camino de la perfección—replicó fray Portusagaiti.

Don Luis nada contestó a esa reflexión: sólo sentía en su garganta una emoción ahogada por la rigidez de su carácter propia del decidido propósito de no dejar traslucir ninguna debilidad paternal.

Ese mismo día leyeron las cláusulas que venían agregadas a su título de patrón y fundador. Ellas establecían las facultades y preeminencias que el derecho de patronato concede al fundador, y mandaban entre otras cosas:

«Que se diga misa cantada los jueves, con Majestad patente, y en los días del fundador y de su esposa difunta.

«Que estando edificada la Iglesia, quede capilla privada del fundador la de San Rafael, cuyas llaves deberá él tomar y sepultarse en ella.

«Que su asiento reservado estuviese frente al púlpito.

«Que en los días de las tres mencionadas festividades, y en la de la Purificación de Nuestra Señora, en los días de Ceniza, Domingo de Ramos, Jueves, Viernes y Sábado Santo lo reciba el capellán a la puerta de la iglesia, le dé aspersion de agua bendita, le inciense en el ofertorio, le dé la paz de «agora y siempre», candela, ceniza y ramos, cada cosa en los días respectivos, conforme a las ceremonias de la Santa Iglesia».

Las horas de la tarde fueron poco a poco alargando sus sombras por entre los pilares del claustro. En el lindero de la huerta, dos cipreses enhiestos cortaban los murallones en una esquina, divisándose desde el primer patio sus copas agudas que se elevaban al cielo como una ancha y funeraria cinta verde. Más cerca, en el patio del primer claustro, los almendros y durazneros, cargados de flores, cernían sobre el suelo sus pétalos como un manto impalpable, interceptado a trechos por finas randas de luz y sombra. Los dos hombres recortaban sus siluetas obscurecidas en una mancha de azul borroso. Habíanse sentado a descansar en la crujía que daba al torno y junto a uno de esos muros tan gruesos que sugieren ideas de panteones disimulados.

Fray Portusagaiti, en plácida salmodia, insinuaba la

beatitud de la perfecta vida de una monja carmelita, animada siempre en la pasión del Salvador.

—¿Y qué me dice de María de los Dolores?—preguntó Don Luis, casi con temor.

—La pobre niña sufre mucho—respondió el padre Gabriel, plegando compungidamente sus labios. En sus exámenes de conciencia he notado un desasosiego, un ardor que la resfría y entorpece aún la fe, de donde nace un olvido de sí misma en las oraciones, y ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza, ni de las glorias con que la convida. El ángel bueno la empuja hacia el camino del cielo, pero el Demonio le pone ante los ojos a ese malhadado caballero que la persigue a toda hora en el pensamiento. La lucha recién empieza y será ardua...

—Y habremos de triunfar, padre, con el favor de Dios—profirió Don Luis. Por la fe de cristiano y caballero que tengo, que así deje yo salir con su gusto al tal chapecillo como volverme moro aquí mismo, y en mis manos ha de dejar la vida si persiste en su porfía».

Don Luis, puesto de pie, torcíase las manos con desesperación, andando de una parte a otra como persona fuera de sentido. Fray Portugaiti le llamó a la confianza en sí mismo y en la misericordia de Dios que hace que todos los males pasen, las memorias se acaben, las lenguas se cansen, los sucesos nuevos hagan olvidar los pasados.

—Ella volverá al camino que el Altísimo le ha trazado, camino de perfección. Los crueles combates que en su alma hoy tienen lugar la humillarán cada vez más.

—Padre de mi corazón—dijo entonces Don Luis tomándole las manos—trate de salvar a mi hija, apartándola de los intereses mundanos. Dolor, mucho dolor, me causa esta separación, pero, ¿dónde puede estar mejor resguardada? Dígale que mire hacia el cielo donde su madre, en mejor imperio, tiene dosel de estrellas agora, no dejando medio de mostrarle la promesa de dicha eterna. En cuanto a mí, redoblaré la vigilancia para evitar que ese presuroso holgazán siga en sus pretensiones. ¡Válgame la corte celestial que he de dar con su cuerpo en Lima!

—La discreción es menester. Déjeme, vuesa merced, el asunto confiado a mi experiencia. María de los Dolores volverá al seno del Señor y el galán dejará de estar sumido en la profunda sima de su miseria, alzando su mano a Dios que se la está dando por misericordia, para que se levante.

—Confío en Su Paternidad—terminó diciendo Don Luis—que en asuntos concernientes a mis hijas, tengo el punto de la honra varios miles de millas más allá de las nubes...

Ambos habían salido del convento en dirección al puente nuevo. El padre Portusagaiti caminaba aderezando con cuidado la capilla y contrapesando el cordón que se había corrido. Don Luis iba un tanto resignado y con la cara escuálida; llevaba consigo la vara de mando y aguijoneaba con ella su paso desmedido.

XVII

La época del volantín llegaba con el día del patriarca Santo Domingo—4 de Agosto—rompiendo el clarísimo cristal del cielo una multitud de estrellas, pavos, bolas, barriletes, de diversos tamaños y colores, como un anuncio augural de la cercana primavera. Marilola, convaleciente de la enfermedad que la había postrado durante los primeros meses del invierno, salía a tomar el sol al patio, donde se entretenía en seguir la fiesta aérea de los volantines. Los hilillos y cordelitos que los encumbraban elevábanse de los tejados y corrales vecinos, sin que hasta ese día hubiesen pasado de pequeñas escaramuzas los encuentros de esos misteriosos rivales, que, en sus colores rojos, azules o verdes, simbolizaban, como en los torneos de cañas y justas de caballeros, el mote por el cual peleaban. Una tarde, estando Marilola desde su silleta de enferma, embebida en observar con la mama el número y campo de acción de los contendores, vió aparecer un hermoso barrilete de más de setenta pliegos, lleno de colgaduras, que vino a enfrenar el patio donde ambas estaban, ahuyentando con su presencia inesperada a varias estrellas que escaramuceaban con menudos piques. Marilola celebró la aparición del barrilete con regocijados palmoteos haciendo conjeturas sobre su procedencia. Esa tarde no hubo mayor novedad, y, al sonar el toque de oraciones, desapareció del cielo tan misteriosamente como había venido. Los días siguientes el barrilete hizo su aparición a la misma

hora, logrando conservar por todos esos contornos una supremacía señorial, tan ufano y gallardo se pavoneaba entre sus diminutos súbditos que se diría de un marqués poseído del vértigo de la altura.

La niña, cansada al fin de la presencia del «intruso», como le llamaba, llegó hasta desear con vehemencia ponerlo en fuga, y proyectó fabricar con Dominguejo y la mama una bola de coco que le presentara batalla a cielo descubierto. Sin embargo, nada se hizo por temor a Don Luis. Un encuentro así hubiera atraído la atención de mucha gente del barrio, y no habrían tardado en saber la procedencia de la bola. Pero, cierta tarde en que se hallaba la niña entregada a sus labores, penetró a la recámara Dominguejo, dando gritos de júbilo y llamándola a observar el cielo. ¿Qué había pasado? Por entre los pilastrones del corredor Marilola vió una bola gris, de aspecto temible como una rodela, en cuyos extremos sus garfios defensivos, en forma de medialuna, espejeaban luces de plata. La bola había sido lanzada, aprovechando un vientecillo sur, a más de una cuadra de distancia, de manera que a su paso vertiginoso por el aire arrancó con innumerables volantines que, desprevenidos del encuentro, se pavoneaban imitando al barrilete. La bola largada traía prendido en los extremos de su cola un racimo de pandorgas, catitas, chonchones, que en su arrastre iban dejando por el aire una estela multicolor, hasta enfrentar al barrilete que, sin tiempo para recoger el hilo, vióse obligado a presentar combate al inesperado rival.

El duelo aéreo que se iba a iniciar oprimió levemente

el corazón de Marilola. Una secreta simpatía guardó para aquel bizarro enemigo que venía a quitar su sitio y trono al «intruso». Dominguejo daba vítores. La mama sacudía el pañuelo de rebozo. Al fin los combatientes se cruzaron. El barrilete crujió con sus setenta pliegos impelido por un fuerte tiranteo, que hizo vibrar la cuerda como arpa al viento. La bola pasó rozando su plano superior. Un temblor de alas se cernió sobre el espacio. La quietud de los árboles y enredaderas del patio pareció auspiciar aquella justa caballeresca. Ni un rumor venía de abajo. De pronto un silbido agudo cruzó la línea invisible de los hilos, y los dos combatientes en una tremolina, se envolvieron tomándose de cola y tirantes. El momento de la *chañadura* se acercaba. Una doble socollada rasgó varios pliegos del barrilete elevándose la bola a más altura, pero esta vez, para anunciar su victoria. La roldana recogió entonces el cordelillo que la encumbraba, arrastrando en pos la rica presa de guerra en medio de la aureola que formaban a su lado la *piñata* de volantines tomados en la refriega. En tanto que Marilola enviaba con sus manos besos al vencedor, Dominguejo trepado sobre las bardas de la muralla vecina al huerto, zapateaba dando vítores que parecían silbidos.

Al día siguiente la mama apareció en su recámara con el trofeo. La niña con la mirada la interrogó. Esta le mostró el mote que venía escrito sobre la choleta de la bola. María de los Dolores leyó: «mucho más mi empresa es alta».

—¿Era de él, entonces?—prorrumpió la niña llena de sorpresa.

—Dios la guarde a mi palomita—le contestó la mama. Yo lo adiviné como bala y pinta, que era de mi señor Don Diego, pero no le quise decir nada para darle este gustazo. ¡Qué caballerito más habilidoso! ¿Se iba a imaginar, misiá Marilola, que agora se encumbraría sobre nuestras cabezas para demostrar que su pensamiento está más en el cielo de lo que parece? Bien me decía el otro día en el zaguán de su casa: «fuego en donde no se echa leña pronto se convierte en ceniza, y solo con sebo arde el candil».

XVIII

La mala sombra pesaba demasiado sobre el alma de Don Diego. El hecho inevitable de lo que iba a suceder le aplastaba, aniquilando todas sus iniciativas y esperanzas. Una angustia constante oprimía su corazón como si se abrieran las recias murallas del convento del Carmen a cada palpitación suya, sólo para dar ensanche a ese dolor sepulcral que él llamaba «su vía martirum». Sin embargo, sentía una ansia de venganza contra aquel hombre que con testarudez le despreciaba, convirtiendo su afán de día y noche en solicitar de los amigos que habían participado de la tertulia de su padre, sus influencias para salvar a la niña del monjío. Por intermedio de algunos cabildantes, después de mucho trajín de garnachas y veneras, logró interponer una queja al Rey, remitiéndola el procurador de la ciudad don Pe-

dro de Mestas, quien le tenía al Corregidor una antigua ojeriza. Muchas manos de graves señores obraron sigilosamente en contra de Don Luis. Se quería impedir de esta manera que la menor de las hijas alcanzase a profesar. El mismo Presidente envió informes, a instancia del Conde de la Conquista, nada halagadores para el alma ascética del padre de la niña. Don Diego, en su desesperación, veía la esperanza anhelada, rodeada de una muchedumbre seráfica de gozosas caras, los cuales entonaban en su loor el himno nupcial. No se hacía, sin embargo, muchas ilusiones, pues los informes demorarían en llegar algunos meses, y la intención del Corregidor parecía ser la de que las dos niñas profesasen cuanto antes.

Don Diego trató de seguir paso a paso la procesión que recorría el interior de la casona del Corregidor. Su ingenio se aguzó de tal modo que semejaba un mozuelo de primera tijera por las marañerías que ponía en práctica para ver a la niña de sus ojos. En el amanecer de la vida su corazón, algo altivo, tenía sus maneras propias de sentir. Por eso su espíritu animoso y marcial, día a día imaginaba un ardid, sin hacer mucho hincapié en los epítetos de padre hecho un tronera que le prodigaba el Corregidor. Don Diego, en medio de sus embustes, sacrificaba todo en ara de su amor, «dándole barato» al mal humor de Don Luis. La fe del joven, ardiente y viva, juzgaba todo oficio bueno y digno para llegar hasta Marilola, aun el de castañero, bajo cuyo disfraz se introdujo en su mismo zaguán. «Pobre porfiado saca mendrugo», se decía, mientras observaba cuidadosamente el interior

de la casona, no faltando a su diestra el mulatillo «candil de la calle y obscuridad de la casa», para que le hiciese saber las ausencias y llegadas del amo, aunque escapase a dar la noticia hasta por el albañal de la acequia.

Cierto día anubarrado caminaba por las arquerías de Sierra-Bella, cuando vió venir por la calle de la Compañía en dirección a la Catedral, un poblado de niños pobres, cantando las oraciones y doctrina cristiana. Esta función pertenecía a unos ejercicios que bajo el nombre de Escuela de Cristo había constituido el bondadoso obispo Alday. El campanil llamaba en esos momentos a esta práctica doctrinal, al mismo tiempo que se oía por las arquerías el grito *¡a pescado! ¡a pescado!* con que se anunciaba la llegada de las chiguas costinas. Don Diego siguió a la pequeña procesión entrando a la iglesia por la puerta que llamaban del *perdón*, animado del deseo de conversar con el obispo, pues pensaba que su consejo podía influir en el ánimo de Don Luis sobre la determinación tomada respecto a su hija. Recordaba la amistad de su padre, cuando ambos ejercían la profesión de abogado en la ciudad de Los Reyes, y esperanzado en que el obispo con su prudencia y sabiduría interviniese en el asunto, iba a pedirle su consejo y a ponerle al corriente de los últimos sucesos. Largo rato esperó, en medio de esa muchedumbre de indiecitos descalzos, el término de la función. Un frío de bóveda se filtraba por las juntas de las losas y columnas. Sólo las luces del altar mayor estaban encendidas, quedando las otras naves envueltas en una semi-obscu-

ridad. En los escaños y rincones el gremio de las mujeres abundaba, no divisándose persona de importancia entre el número de feligreses que habían acudido esa tarde al templo. Don Diego, perdido tras una de las columnas, oyó por un cuarto de hora la lectura de un libro ascético sobre la vida de San Francisco de Asís, siguió la plática de un sacerdote que amonestó paternalmente al pueblo contra los más frecuentes abusos, exhortándolo a la práctica de la virtud, infundiéndole el horror a los vicios e inculcándole en el corazón el santo temor de Dios.

Al salir el concurso de indiecitos y mulatos, el obispo por su propia mano les repartió en la puerta panes y frutas, dándole también algunos cuartillos a los más pobres.

Al fin pudo Don Diego abrir su angustiado corazón al anciano pastor. Con palabra cálida logró impresionarlo, pintando todos los valimientos que había mantenido para alcanzar de la terquedad del padre de la niña un rastrojo siquiera de piedad. Díjole que una de las mayores esperanzas era la de que él intercediese por ambos para obtener la santa licencia del matrimonio.

Don Diego, durante el relato de sus pesares, creyó ver fulgurar en las serenas pupilas del obispo un dulce y amoroso temblor. Entonces recordó que a su padre le había oído contar que el obispo en su mocedad comprometióse a casarse con una de las más hermosas niñas de su tiempo si no ganaba la canonjía doctoral de la Iglesia Metropolitana, haciendo ella por su parte la promesa de entrar en religión si obtenía dicha merced. Al mozo

le parecía ganar con esta rememoración en el afecto del prelado.

El obispo le aconsejó tranquilidad, y que en la información de testigos que se levantaría ante el Vicario General del Obispado, tendría que probarse la aptitud religiosa de la niña. Por su parte, vería hasta qué punto llegaba esa inclinación mística y la sinrazón de su padre, pues el corazón casto es como la madreperla, que no puede recibir ni una gota de agua no viniendo del cielo, y que si ella así le correspondía era porque aquello estaba ordenado de arriba. El obispo despidióle con su bendición. La nariz se contrajo vivamente sobre la boca de aquel rostro ascético, percibiéndose entre sus gruesos labios una débil sonrisa de paz y bienaventuranza.

El mancebo, después de salir de la casa del señor Obispo, avanzó hacia las tolderías de la plaza en dirección al bodegón de Sebastián Ibieta. Por ser día Jueves había gran bullebulle en la calle de la Pescadería. No hacía mucho rato que habían llegado las pjaras de mulas de Papudo y Cartagena, cargadas con las chiguas de pescado fresco. Este suceso había producido un movimiento inusitado en los zaguanes y tornerías, la plazoleta de Santo Domingo, donde se establecían los puestos de los vivanderos, veíase asediada por una multitud de legos, parroquianos de calidad, mucha gente del pueblo y una numerosa caballería de las chácaras vecinas. Los religiosos peleaban entre ellos por dar el nombre de sus comunidades al juez de abasto, y lo hacían en voces tan altas y destempladas que concluyeron por llevarse el pescado que se les antojó, cargando por fuerza las

chiguas enteras, sin dar lugar a que se les diese por peso y medida, dejando así privados de la especie a los vecinos más pobres y haciendo después para colmo, granjería de su compra.

Fué tal la rebujiña que se produjo con el escandaloso abuso de los legos, que apareció de pronto un hombre que no podía confundirse con ningún otro, así por la enormidad de su capa y sombrero de tres candiles como por la altivez con que llevaba su bastón de mando; pero, esta vez, el tropel insolente de los legos era tan formidable, que el Corregidor, en medio del barlovento, vióse precisado a estar entre chiguas con el juez de abasto, para librarse de las pateaduras de los caballos y llamar a la ley a los revoltosos. Esto le arrancó tal grito de impaciencia que se oyó en la Plaza Mayor.

—¡Cuérnigas! ¿Qué significa esta violación? ¿Para qué se hacen las leyes de abasto y buen gobierno? ¿Dónde está el principio de cristiandad que los hace recomendables a los fieles por su mansedumbre evangélica? Sepan que ante todo está el respeto a la ley, y líbreme Dios del insolente que se interponga en mi camino, que al Justicia Mayor no le levanta la voz ni el Capitán General.

Dicho esto, con desmedido paso y descompuesto rostro, agitando en una mano el bastón de borlas y dando con la otra soplamocos, se abrió camino por entre el tumulto, dirigiéndose al Cabildo a exponer la inmoderación y el exceso de que hacían gala los legos, y a rubricar el nuevo bando que a son de atabales pondría fin a estos abusos.

El incidente tuvo vastas proporciones en la ciudad,

pues, a la oración, todo el vecindario acudió a los portales a inquirir noticias, y como era hora también de ir a buscar lumbre a las bodegas y cajones, el jubileo fué mayor que otras veces por los comentarios que se hacían en torno al asunto de los legos, unos aplaudiendo la actitud del Corregidor y otros enrostrándola como una injuria y desacato al Señor Todopoderoso.

Por la calzada cercana al bodegón de Sebastián Ibieta, vió Don Diego pasar a algunos encumbrados señorones arrastrando en pos de sí enormes congrios y recamadas corvinas, que habían comprado a los legos, doblando su valor. Iban ufanos de aquella granjería, pisando en punta, y con la capa debajo del brazo, de manera que pudiesen tomar, con elegante soltura, el cordelillo que atoaba al hermoso pescado, dejando tras de sí una estela acuosa e interminable por las calles.

Don Diego, desde la trastienda, miraba ahora indiferente estas escenas, preocupado como estaba de las frases consoladoras que le había dicho el obispo. Al bodegón, en tanto, llegaban en busca de lumbre las mulatas de los zaguanes vecinos, sosteniendo muchas de ellas con el bodegonero menudas charlas en los momentos de encender el pabalo.

—¿Cómo le va a mi señor don Sebastián?

—Bien, y a usted, cómo le va, misiá Lorenza? ¿Y qué anda haciendo por estos lados?

—Aquí vengo a encender una velita.

—¿Y qué se dice por esas calles de Dios?

La mulata, parecía respirar por todos sus poros, mien-

tras arriscaba su cuerpo rechoncho como si hubiese sido punzada por alfilerillos.

—¡Uf, mi señor don Sebastián, tan atrasado está de noticias! ¡Y con una chivatuna de legos a dos cuadras de distancial! Pues dicen, nada menos, que el Corregidor va a terminar con todos estos trochimochi haciendo cerrar las tiendas y baratillos desde las avemarias para adelante; y que a los legos los va a enjuiciar en un satiamén, y que va acabar con otras cosas que no se pueden decir... ¡Libreme el Señor la boca de palabras mayores!

Aquí la mulata se santiguaba casi con horror.

—¿Es posible, mi señora Lorenza? ¿Y qué culpa tienen las tiendas del chivateo de los legos?

—¡Lo que oye, don Sebastián! Diz que estos son lugares de pecadero—dijo maliciosamente, picando con la mirada hacia donde estaba Don Diego.

Luego continuó: Esta no es vida, mi señor don Sebastián. A la falta de agua agora vamos a tener que añadir las pobres la falta de un fueguito donde ir a encender las velitas de sebo. ¡Las noches están cada vez más oscuras!

—¡Malasombra!

—Se dice que hasta tiene pacto con el Malo para concluir lo más pronto el puente nuevo.

—¡Malasombra!

La tienda quedaba entre dos luces, y ciertas mujeres empezaban a acudir en busca de una madeja de hilo o una vara de cinta, para luego pasar a la trastienda, convenidas con señoretas muy prácticos del lugar, y de mucha prudencia, mucha literatura y mucha probidad. Sobre la

vara de cinta caían monedas de oro que don Sebastián guardaba con disimulo. Y los garbos de estas mujeres, al salir, dejaban un prestigio, en la penumbra de la hora, de una antigua atracción moruna. Don Sebastián, atado al mostrador como a la roca Prometeo, sentía en su corazón el rebote de esas chispas satánicas, y su rugido ardoroso de inveterado diluía-se en un pregón cadencioso:

—Mánde-le mi recado a misía Rosarito, y dí-gale que acabo de recibir géneros de melinge, bayetas de Castilla, arpilleras, ruanes, candados y cuchillos.

A ratos se hacía su voz más quejumbrosa con la presencia de una nueva mulatilla, de cintura mejor señalada:

—Mánde-le mi recado a la señora Loreto, y dí-gale que pronto me llegarán seis piezas de cilicios frailesco-s.

El teniente solía quedarse con don Sebastián hasta poco antes del toque de queda, jugando a los dados o en sabrosa plática alrededor de una mesa bien abastada. Esa tarde tuvo una sorpresa topándose con Violante en la trastienda. La tapada se quejó de su ingratitud, y le requirió como nunca de asperilla, llamándole con denues-tos y clavándole alfileres por los brazos.

—¡Guá! ¡Qué lástima de hombre! Más ingrato. ¡Soldadote!

Don Diego se había puesto a prudente distancia.

—Carasconcitos.

—Os espero, señor teniente, para el día de Santa Rosa. Cuidado con no asistir, porque de otra manera me vería su merced en la necesidad de...

—Basta ya de pinchazos... Violante a vuestros pies y... cuadro!

—Entonces convenido...

—¡Como no! Pero ..

—¿Pero qué?

—¿Y Malasombra? ¿No nos barrerá la fiesta a caballos como en las chinganas?

—¡Criatura! En Lima me reía de las ordenanzas del visorrey y de las tenazas de la inquisición, y no voy a temer aquí a la vara de un Corregidor.

—¡Quiál! El hombronazo se da más fueros que todos los concilios y cédulas reales habidas y por haber.

—¡Guál! ¿Nada más? ¡Lisura de hombre!.....

* * *

El silencio poco a poco se había acurrucado en la ciudad. Las pulperías, bodegones y diezmos despachaban a sus parroquianos rezagados por el pequeño buzón que se abría en el maderamen de la puerta. Las candilejas y farolillos apagabáanse uno a uno y en las paredes de la arquería se descolgaban las sombras negruzcas de los aleros vecinos. Los corredores se marchaban con sus cajones, y el alboroto de los muchachos que pululaban en la plaza y calles adyacentes íbase extinguiendo a medida que surgían de las sombras y recovecos las espantadizas figuras de los serenos. Sólo quedaban, como fuegos fatuos, en el interior de la plaza, las pequeñas fogatas de los carreteros que pernoctaban al lado de sus

bueyes y carretas, cargadas con las verduras y cereales de las chacarillas.

XIX

El día de Santa Rosa llegó. Las dos hijas de Don Luis obtuvieron permiso para ir esa tarde a casa de su prima a presenciar desde las ventanas el paso de la procesión. Un rumor de expectación inmensa flotaba sobre la multitud apiñada en las calzadas, por donde iba a pasar la imagen de la santa que era el primer fruto de santidad que ofrecía la América a Dios. En rejas, balcones, zaguanes y bocacalles el gentío formaba grupos, racimos y enjambres. Las dos niñas acompañadas de las criadas de razón, difícilmente lograron atravesar esa fila compacta, que se alargaba por las calles interminablemente, hasta alcanzar a la casa de la Picha, situada a una cuadra del convento de las monjas Rosas en la calle del Señor Santo Domingo. No habían traspuesto aún el zaguán en medio de los efusivos abrazos de la prima, cuando se dió la señal de que empezaba la fiesta, sonando la campana mayor [de la iglesia, y como si fuese este el anuncio para desfogar la vocinglera alegría, resonó el eco en el cielo en una infinidad de voladores; repitió el bronce su ruido acompañado de los repiques y sonsonetes de todas las campanas de la ciudad, y poco a poco creció el estrépito para conmover la devoción, juntándose a este clamor el que hacían las cajas y clarines. Calló el estruendo del aire, para que la tierra significase su gozo, disparando innumerables volcanes que se abrieron

en el espacio a guisa de abanico de oro, y a la vista del sol, dejó todo el cielo estrellado, fundiendo así el día y la noche.

María de los Dolores en la ventana descollaba entre el grupo femenino por la mantilla negra que cubría su cabeza y daba a sus ojos oscuros y brillantes, una expresión misteriosa.

Por la calle alhajada de flores, colgaduras y luminarias avanzó la procesión. El cortejo empezaba a pasar con la primera nobleza. Iban los caballeros abriendo calle, llenos de bazaría y elegancia, luciendo sus casacas recamadas y llevando en las manos ceras encendidas. Cerraba este acompañamiento el señor Marqués de la Pica, portador de un guión de rico brocado, pendiente de una cruz de plata. Seguía después el Colegio Azul, que pertenecía a los seminaristas, ostentando en su modestia la sencilla austeridad de su enseñanza como si fuesen fervorosos novicios; continuaba el desfile con el Real Convictorio Carolino, distinguiéndose el uno del otro, por las bandas que llevaban cruzadas sobre el pecho. Ponía fin a tanto lucimiento el Apóstol de las Indias, Francisco Javier. Venía vestido de peregrino, con sayal de finísimo terciopelo negro, cubierto de un sobrepuesto de oro que hacía campo a la devoción con un vergel de hermosas flores de plata y piedras que caía hasta la fimbria. Le ceñía un cinto del cual pendía un denario de macizas cuentas de oro, terminado en una cruz de cristal, cubierta de diamantes. Llevaba sobre los hombros una esclavina de brocado musgo, y en sus respectivos lados aquellas conchas, que siendo en los peregrinos indicios de

pobreza, eran en Javier señal de magnificencia. Cubría su cabeza un sombrero tan ricamente bordado, que pudiera servir más de peso que de alivio, si su dueño hubiera estado animado de sentimiento. Tenía en la mano un báculo de plata de curioso labrado, cuyo extremo engarzaba una calabaza de cristal, donde suelen cargar los peregrinos el refrigerio de su sed, llevándola San Javier llena de aguas de olor para esparcir fragancias al impulso del vaivén que causaba el movimiento de las andas.

El momento solemne del paso continuaba con la clerecía, donde ocupaba mucho lugar la nobleza de la capital del Reino. Marchaban todos con luces en las manos, graves, modestos y bizarros; sobre la falda de su oscura ropa resaltaba el encaje de nieve de sus ricas sobrepellices. Alumbraban todos la imagen de Nuestra Señora de Pastoriza, que sobre unas andas de blanca plata coronaba tan lucida compañía. El vestido de la imagen desmentía por su riqueza el nombre de pastora, pues el amor del rebaño daba lo más precioso de sus caudales para el costo de la presentación. En pos de esta señora iba el Cabildo eclesiástico con todos sus prebendados y canónigos alumbrando al Divino Sacramento, que en una custodia, llevábalo el señor tesorero de la Catedral. Iba bajo un palio de espléndido brocado, cuyas varas de plata cargaban caballeros conspicuos de la ciudad, convidados por su noble ayuntamiento. Era una orgía de vestiduras bizantinas, de caudas sacerdotales, de casullas recamadas de oro, de estandartes y gonfalones, y en el fondo de esas bordaduras suntuosas, los símbolos eucarísticos

tejidos por la piadosa paciencia del rebaño femenino: cálices constelados, flores místicas, cruces gloriosas y corderos áureos.

El cortejo seguía con la Real Audiencia, presidida por Don Luis Manuel de Zañartu. Iba el Corregidor deslumbrante de pedrería entre los oidores. Su casaca de ancha falda estaba galoneada de oro; y empuñaba en la mano derecha, dura y expresiva, el bastón de mando. Marchaba sumido en una especie de tranquilidad soberbia: la cabeza más erguida aún con la lechuguilla, infundía cierto temor por la viva franqueza de su mirada. María de los Dolores le miró con cariño y emoción: «¡ah, el tatital!», dijose, llena de sorpresa. Más atrás venía el Capitán General del reino rodeado de los títulos de Castilla, entre los cuales sobresalían el Conde de la Conquista y el Marqués de Cañada Hermosa, y de numerosos caballeros de la Real Orden de Carlos III y de Calatrava.

Un rumor de voces femeninas se elevó de pronto como el gorjeo de un pajarillo enfermo, tenue y dulce, y que fluctuaba en el trémolo suspirante de una saeta: Rosa de Santa María anunciaba su presencia a los corazones mudos. Al principio ese canto envolvió en una alada tristeza a todos los circunstantes, pero luego se agregaron otras voces hasta convertirse en un furor sentimental, melódico de trinos y fermatas. La multitud apiñada en la calzada, pareció desbordarse al centro de la calle, enardecida por los cánticos, en los cuales se distinguían rudas voces viriles y dulces fraseos de niños. ¡Rosa de Santa María! La comitiva se detuvo; reposaron las andas sobre sus perchas; chocaron los bastones de plata en

el suelo. Una lluvia de flores cayó sobre la imagen. Santa Rosa parecía sonreír en su trono al grupo de niñas que había acudido con azafates de plata a derramarle un volante jardín de lozanas flores. María de los Dolores, con la cabeza echada hacia atrás, perdida la mirada de sus ojos en los esplendores de esa imagen, reina del Perú, hizole una promesa de humildad y de lágrimas, en tanto sus labios repetían el salmo: «hirviendo está el pecho mío en sublimes pensamientos».

Poco a poco fué avanzando la imagen de amor y alegría. Su vestido era un sol por el centelleo de las joyas que lo recamaban y sus reflejos iban produciendo, como desperdicio de su gala, sartas de cadenillas y collares de perlas. Su corona daba lumbres que anunciaban cercana la Aurora en torno de su rostro, el más plácido y dulce. Cubrían guardia a la Virgen los padres dominicanos, que iban entonando con voces conmovidas el *Te Deum Laudamus*, y entre los cuales se destacaba por su devoción, lleno de vejez y santidad, fray Gabriel Portugayti.

El gremio de las mujeres seguía a la Virgen atropelladamente. Cerraba la procesión una compañía de milicianos y un escuadrón del Regimiento de la Princesa al mando de su nuevo capitán Don Diego Alvarez del Rosalejo. Iba aderezado en un fogoso tordillo africano, cubiertas sus ancas de una gualdrapa de púrpura recamada de oro y plata, donde estribaba todo su lujo de jinete veterano. Regía el freno con la mano izquierda y en la diestra llevaba su espada cantoneada de plata, tan lleno de donaire que las seis plumas de su sombrero

coronaban su garbo. Seguíanle los milicianos y en gran tropel la caballería.

María de los Dolores quedó desconcertada y un rubor cubriole súbitamente el rostro. Ella le veía erguirse, tan dueño de sí que su esperanza cobró más fuerzas. Ambos se miraron dejando entrever una resolución. Una angustia sintió la niña anudársele a la garganta. Algo inexplicable se cernía sobre ella. Había divisado a su hermana, en una de las ventanas, con la mirada fija hacia el cielo, en actitud de gracia. La religiosidad del ambiente la hizo preguntarse una y otra vez: «¿dónde estamos pues, oh alma mía?»

La procesión había pasado para doblar hacia la Plaza Mayor. Los repiques de Santo Domingo saludaban jubilosamente la llegada de la cruz alta. Picha en tanto la llamaba para ofrecerle dulces de alcorza hechos por las madres del monasterio de Santa Rosa.

Cuando las calles quedaron desiertas, un embozado rondaba la casa de la prima. A los pocos instantes una de las ventanas laterales que daba a la calle del Peumo dejó asomar unas manos como la cera al borde de la reja. El embozado, después de avizorar las sombras de las calzadas lejanas, se acercó a la reja inclinándose para besarlas.

La plática fué corta. Don Diego la impuso de los trámites que se seguían ante el Rey para que no se la obligara a profesar. Le dijo que el obispo se había mostrado muy bondadoso para con ella, quedando él mismo de sondear su inclinación religiosa. Dióle la nueva de que acababan de llegar sus despachos para el ascenso a ca-

pitán, y terminó diciéndole que tuviese confianza en él, y que en caso de ser llevada al convento no desfalleciese, tratando de prolongar el noviciado, aun con toda clase de marañerías.

—Marilola, es necesario ahora tener más fe y esperanza que nunca, pues, mientras no leamos a vuestro padre de *verbo ad verbum* la cédula del Rey, será imposible convencerle.

La niña sintió que se despertaba de un sueño como si hasta entonces no hubiese vivido. Era cual si respirase y viere la luz por vez primera. Estaba feliz con el milagro de la santita del Perú.

—¡Le hice una manda!—decía—¡Ah, si me oyese, porque donde está su tesoro de amor, allí también estarán nuestros corazones!...

No alcanzó a decir nada más. Un ruido interior la hizo cerrar la ventana precipitadamente.

XX

Alegres y golosas horas de jolgorio tuvo esa noche Don Diego en casa de Violante. Su estrado, después del paso de la ronda, se vió apretujado de señorcetes de casa grande. Los que no pudieron salir de sus casas por el portón, se descolgaron por las murallas del huerto.

En la cuadra, el altar de Santa Rosa se destacaba con profusión de ceras y de luces, entre arbolitos de esmalte y flores de mano colocadas en florerillos y frasqueras mayólicas. La Virgen mostraba en medio de tanto artifi-

cio un rostro infantil, de madera pintada, y un enorme pollerón de damasco sobrecordado con florecillas de oro. En los sahumadores se quemaba almizcle y alhucema; y había un barullo de risas en los rincones motivado por la primera rueda que hacían las bandejillas ofreciendo la exquisita mistela preparada en homenaje de la Santa, y que llamaban rosolí. No bien hubieron empinado la primera y rebosante copa, quiso uno de ellos expresarse yendo a besar esas manos *non santas*, pero Violante que comprendió su intención le retuvo, imponiendo además, con un dedo en los labios, silencio a la concurrencia: callaron las voces de los jugadores fulleros y dejó de rascar su rabelillo el maestro Bebelagua. Un mismo pavor constriñó a todos los cortertulios. ¿Acaso venía la malasombra del Justicia Mayor a aguar la fiesta? Pero, cuando Violante les dijo que era algo muy distinto, un suspiro de alivio se escapó de los pechos atemorizados. Las tapadas habían llegado y, a una señal suya, fueron a prosternarse frente al altar de la Santa: iban a colocar bajo su auspicio la fiesta de la noche.

Violante, como buena limeña, tenía sus prácticas de buen augurio. Creía en la Virgen y deseaba estar siempre bien con ella para que la librase de los peligros futuros. Sabía de muchas mujeres hermosas que habían sido muertas misteriosamente por puñaladas catalanas y no quería, por otro lado, enemistarse con el Corregidor. Por eso apenas terminó la oración tomó del altar una calabaza de cristal y empezó a esparcir entre los circunstantes una agua de esencia de rosas, para rememorar el prodigio que sucedió cuando zanjaban los cimien-

tos de la ermita que fabricó la Santa en Lima, y de donde salió la inconfundible fragancia que tanto admiraron las gentes y cuya causa atribuían a que allí «se enterraron las *pares* de la divina Rosa, que fué desposada con Jesucristo». En tan pagana aspersion estaba cuando se oyó una voz en el patiezuelo, que decía:

—¿Y a nos, nada?

Violante, al ver aparecer en el umbral a Don Diego, entre un grupo de oficiales del Rey, envuelto en su capingo, detúvole con el brazo, diciendo:

—Primero, prosternaos, caballero!

El oficial hincó una rodilla en el suelo y Violante roció a su gusto las guedejas del mancebo con el resto de agua de rosas que guardaba en la calabaza. Concluída esta galante ceremonia volvió a cobrar la cuadra su anterior animación y en el rincón empezaron de nuevo los gritos de los jugadores de naípe, en medio de los repelones y envites del carteo.

—Viejo fullero—decía una voz—esta no es mi pinta.

—Manos libres, trampa atrás y maula adelante—contestaba otra.

—¡Tenderetel!—gritaba un tercero.

—Dale con el triquitraque; está escrito que he de perder—replicaba un desilusionado.

Las velas del candelabro, colocado en el centro de una mesa redonda, estaban defendidas por guardabrisas y sus luces caían sobre el juego de cartas dejando en media sombra los rostros de los contertulios.

En el espejo de una cornucopia reflejábase, en tanto, una picaresca escena. Algunas tapadas empezaron por

mostrar a los galancetes, en los bamboleos del manto que las cubría, primero, como brújula, un solo ojo, después una tarazón de mejilla y por último todo el rostro en el que nevaba sin disimulo el solimán fino con toques subidos de carmín, hasta quedar solamente con las manteletas amarillas, guarnecidas de alhamares y primorosos picos, distintivo que el Corregidor había ordenado usasen. Estos juegos de quita y pon iban causando gran bullebulle entre los contertulios al constatar la aparición de tal o cual conocida.

Lucía la dueña de casa un peinado de innumerables trenzas que se ahuecaban detrás de las orejas imitando alas de pichón. Llevaba en los dedos hermosas sortijas y tenía los brazos desnudos, apenas velados por la trencilla de la cotona que caía hasta la mitad de la espalda, mostrando el cinturón de oro. Su faldellín estaba salpicado de lentejuelas de plata y asomaba por sus bajos una bullonada nube de encajes que dejaba ver las torneadas piernas más allá de los atacados cuando se borneaba en demasía. Sentada después sobre el alto tarimón de su estrado, no lejos del altar de Santa Rosa, hacía parangón con la Virgen por las flores que a un mismo tiempo les echaban los petimetres, dejándose incensar con el requiebro y devolviendo centellas y dicharachos. Don Diego, sentado a sus pies sobre un cojín, jugaba con una gata romana, de ojos de color de esmeralda diamantada. La gata marramizaba con regalones relamidos, moviendo su cola y acicalándose el copete, tan fruncida y mirlada como gata de convento. De pronto la presencia de una mujer gruesa, de ojos negros y

cuello corto, con el peto y las faldas hinchadas por abultadas curvas, vistiendo un traje de chamelote, y cargando una guitarra adornada con vistosos madroños, atrajo todos los aplausos de la cuadra.

—¡Viva ña Urraca!

—¡Un cimarrón pa empezar!

—¡Cebado por mis manos para que sea con bastante color el cogollo!

—Más respeto a la santa, hijitos, que nó quiero esta noche caer en chirona—replicó la mestiza.

—¡Sus! Esta noche estamos todos en rueda para ir allí.

—¿Y que le diré, mi señor Don Diego? Federico, Federico ¿cómo quieres que te cante si no me mojas el pico?

—Estoy deseoso de oírla, mama Urraca. Póngale malicia al cimarrón y vamos al grano, que alguna novedad ha de traer su merced de aquellos mundos de Dios.

—¿De este o del otro, mi señor?

—¡Quiál De los dos, vieja bruja.

—¡Ave María Purísima!

La mestiza, después de haber apurado por el gazzate un cimarrón aguardentoso, empezó al fin a entonar con voz cadenciosa:

«Irritado el Dios Cupido
de ver al zambo Cañuela,
le fué a sacar una muela
al sombrerero Cumplido,
y él como agradecido

se fué a buscar a Chuchoca;
lo encontró cazando moscas
con el Capitán García
para celebrar el día
de la Virgen Santa Rosa.

«Nuestra madre Eva y Adán
formaron una crismera
y en la dicha pelotera
se halló el mismo Capitán;
le fué a vender un justán
que era de la zamba Peta,
que lo perdió en una acción
y lo encontró un motilón
cerca de la Recoleta.

«Sabrá mi compadre Gil,
si pilla dos caballeros,
lo llevarán al mortero
del boticario Fermín,
éstos servirán al fin
para alivio de sus males:
Chanfaina de polvos Juanes,
de cáustico, el chino Ansieta,
le llenará una carreta
de drogas medicinales.

«Que vive doña Violante,
cogollito de tomate,

Don Diego la anda buscando
pa hacerla polvos radiantes.
Repito y vuelvo a decir,
verde cogollo de olivo,
Don Diego la anda buscando
para rascarle el ombligo».

Una carcajada general recibió por término el largo romance de la mestiza, mientras un grupo de muchachas, de cortísimo faldellín, tomábanse de las manos y encerrando en círculo a los del cogollo empezaban a zapatear una abominable cachúa. Siguió después una rueda de bandejillas y luego otra y otra. Las más viejas en redor de un brasero cebaban mate y las jóvenes dejaban que sus vistosos trapíos hicieran su agosto entre la concurrencia de pisaverdes.

El maestro Bebelagua en tanto lanzaba entre los circunstantes una de sus celebradas guaraguas, acompañadas de un zapateo redoblado, mientras cantaba al compás:

«Y allá va la bala
por la Cañadilla
matando a las viejas
dejando las niñas...»

Bebelagua, en esos momentos, estaba en toda su gloria mapochina de maestro mayor del rabel. La zamba, la cachúa, la sajuriana, la contradanza, el paspié, lo que le pidieran, decía estar dispuesto a tocar, pues para eso ha-

bía venido a la fiesta de la virgen más bendita de las Indias. Y desde el pequeño entarimado, puesto expofeso para que junto con las arpistas dirigiera el bureo, se erguía vistiendo una casaca azul que denotaba la superioridad de porte del difunto que antes la llevó. Se contaban de él muchas historias, pero la más conocida era que, viviendo a orillas del Mapocho, el río paró una vez su curso para oír al estupendo rabelista, y que después de abandonar sus márgenes por tener que concurrir a las jácaras de la ciudad, el río había ocultado sus cristales debajo de la tierra, por el sentimiento que le causara la desaparición de sus armónicas cuerdas.

La alegría remollase en la cuadra. Los cubiletes de rosoli y los mates de aloja eran llenados a cada momento en las botijas colocadas en el patiezuelo y por donde cabían de cabeza las cholitas al sacarlos con los bernegales talagantinos.

De pronto, en la mesa de juego, se suscitó un altercado y una voz seca enrostró a otra su proceder en el envite:

—¡Saramullo ignorantel

—Emparémeme, señor, y ¡sus! se acabó!

—¡Fullero!

—Aquí tiene su merced las cartas; estoy al descubierto.

—¡Callanas debéis tener!

—¿Yo, viejo borracho? ¡Si no fuera porque me repugnas, aquí mismo te atravesaría con mi espada!

Levantóse el ofendido, que no era otro que Don Diego, dando un fiero puñetazo en la mesa con el cual rodó

el candelabro por el suelo. En los rostros de los contertulios que se volvieron hacia el altercado brilló cierta duda que el ofendido percibió, pues era este el mayor insulto que podía hacerse a un caballero. ¡Callanas tenían los mulatos! El oficial comprendió que la calumnia podía cundir por la ciudad de la noche a la mañana, y aun llegar a oídos del Corregidor. La maledicencia se ensañaría contra él para hacerle más amarga su situación respecto a María de los Dolores, y tener que cargar con el sambenito de una mancha negra en la parte más escondida del cuerpo. ¡Oh, miseria humana! ¡Bien sabía la vía crucis que llevaban muchas damas por no revelar el oprobioso secreto de «sangre pesada» que sus maridos tenían estampado en sus carnes! ¡En un hombre de honor más le valiera romperse las venas y dejarlas vaciarse por el lodol! El insulto estaba lanzado y había que pararlo de golpe, y ya que el viejo macuco era incapaz de medirse con él, respondería ahí mismo la verdad desnuda. Y lo que pensó puso en práctica bajando el calzón en medio del barullo de las mujeres y mostrando aquellas partes calumniadas del trasero, donde los promontorios aparecían sin mancha alguna, más blancos que leche sin bautizar.

—¡Vean—dijo airadamente—con el permiso de Nuestra Señora Santa Rosa, hasta qué parte llega la vileza humana!

Todo aquello pasó en un abrir y cerrar de ojos, mientras la dueña señalaba la puerta de calle al viejo cascarabias y los contertulios le daban sus parabienes a Don

Diego por la ocurrencia. Doña Urraca, medio borracha, en un rincón, decía:

—Ver para creer, hijo mío. Y luego como hablando consigo misma:

—¡Qué posaderas las del muchacho! ¡Vale un Perú!

* * *

Las campanas no llamaban todavía a misa de alba cuando una vistosa cabalgata salía de la calle del Chirimoyo en dirección a una chacara de los alrededores, camino del pintoresco poblado de Ñuñoa. Las cañadas y calles estaban solitarias. El golpe seco de los cascos de los caballos repercutía en las murallas y tapias, cubiertos aún con el rocío de la noche. Al enfrentar la cabalgata las Cajitas de Agua, la aurora apareció cual rojo quintal sobre la cordillera de picachos calvos y nevados. Un cierzo helado calaba hasta los huesos. Los que venían a la retaguardia de la cabalgata pegaron un galope hasta sobrepasar el grueso de la comitiva. Se destacaron entonces a la vera del camino las siluetas de Violante y de Don Diego. Iba la primera montada en un hermoso cuartago, vestida con flotantes faldas color escarlata, y cubría los cabellos con un encaje blanco, prendido en forma de toca, bajo el cual asomaban unas enormes dormilonas de coral. Su acompañante no le iba en zaga manejando un alazán braceador en el que se erguía su moza figura, arrebujaada en un poncho azul turquesa, tachonado de flores rojas y blancas. Cuando los animales

cabalgata haciendo aspavientos. Poco antes de apear-se Don Diego del caballo salió a su encuentro una lastimera voz:

—¡Bendito y alabado sea para siempre el Santísimo Sacramento del altar; y la Virgen del Rosario con los clavos de Cristo, y los dolores y gozos de San José y María Santísima, señora nuestra, amén. Una bendita limosna para este pobre ciego, por el amor de Dios.

—Acabáramos—le contestó el oficial dejando caer un real en sus callosas manos.

—Dios se lo pague a su merced. Dios le dé salud. El Señor permita que florezca todo aquello en que su merced ponga la mano.

La capilla vecina empezaba a llamar a su misa mañanera, haciendo sonar el pequeño badajo de la sencilla torre, tan humilde como el alma de los campesinos que por la aldehuela vivían.

* * *

Poco antes del mediodía, en el reñidero de gallos, construido para diversión de los señores de copete, tuvo lugar el encuentro a que habían sido invitados algunos de los contertulios de la fiesta de Violante. Se quería probar el temple de pelea de un gallo para lanzarlo después a las canchas de la ciudad. La riña prometía, abundancia de apuestas por la calidad de los caballeros y señoras del toma y daca. Estaba el redondel en el fondo de la huerta, y para llegar a su ramada había que atravesar un bosquecillo de higueras. Un rústico techo de to-

tora en forma de cono lo cubría, sostenido con varias hileras de horcones de espino, unidas en sus horcajas por medio de varas de canelo. En el centro estaba la pequeña pista rodeada de burdos asientos de madera, elevándose en un costado, sobre pequeña tarima, el escaño del juez de pelea. La concurrencia había empezado a tomar los mejores sitios y los comentarios sobre las cualidades y las libras que pesaban los contendores rodaban a un mismo tiempo que los vasos de ponche en leche. Los galleros entraban ya al redondel trayendo a los rivales metidos en una calceta. Después de sacarlos de su malla protectora frotáronle las patas con arena y les afilaron los largos pitones, que semejaban estiletes de marfil, humedeciéndolos cuidadosamente con saliva. Por último los mulatos colocaron la parte trasera de los volátiles a la altura de la boca y les escupieron misteriosamente debajo de la rabadilla y en seguida en la cabeza. En tanto Don Diego mostraba a Violante la piedra de imán aferrada en el puño y le decía que su suerte estaba echada por el Jiro que ya, desde antes de entrar en lisa, daba sonoras clarinadas anunciando los preliminares de la riña, mientras se le colocaba en careo frente al gallo Negro, su temible competidor, y sobre el cual estaban fundadas muchas esperanzas de onzas narigonas. Los dos gallos se replegaron estirando los cuellos sobre haz de tierra con las plumas erizadas como una golilla y, clavándose fijamente los rubíes de los ojillos, esperaron el ataque inicial que, a vía de saludo, dejó en la pista una polvareda de arenilla con el primer sacudón de las alas.

La espectación empezaba con un saludo que dió Violante al Negro, su favorito:

—¡Salió el Soll

—¡Y se puso!—replicó Don Diego, cuando vió que el Jiro daba una embestida a su contendor picándole furiosamente en la cabeza.

—Clavado el Negro—gritaron varias voces.

Los jugadores comenzaron entonces a doblar las apuestas y los ánimos poco a poco se fueron exaltando en medio del escarceo de los gallos, cuyos estacazos, cada vez más fieros, enrojecían las crestas mutiladas. Ninguno de los dos cedía. Se agarraban por el pico y daban vueltas al redondel como en torno a un pozo de oro, maculado con la púrpura que salpicaba la arena. En el aire saltaban las plumas tornasoladas del Jiro, que en sus revuelos iba y venía arrastrado por los picotazos del Negro; éste a cada momento cobraba más fuerza en los espolonazos, sin perder una pluma de su fúnebre ropaje, encendido en el penacho con reflejos azules y verdes. De pronto asestó al Jiro una terrible estacada en la pechuga que lo hizo bambolear por algunos segundos, hasta que cayó cerca de la tarima.

El Juez, con un reloj de arena, contaba el tiempo en que debía el Jiro volver a la lucha e iba a dar ya el triunfo al afortunado Negro, cuando, parándose, ayudado por las extremidades de sus alas, avanzó lentamente hacia su rival hasta darle un picotón en su penacho. Entonces oyóse, entre el entusiasmo de los jugadores, la voz del juez que indicaba:

—Tabla.

Los gallos fueron tomados por dos mestizos que saltaron a la pista para colocarlos en careo, uno frente al otro. El Jiro, antes de entrar a la segunda rueda volvió a lanzar un airoso cacareo que llenó de esperanzas al corazón de Don Diego. Había abierto esplendorosamente el abanico de su cola.

—Voy dos onzas más—dijo entonces el oficial.

—Tasa—le respondió un compañero.

—Al Negro cinco reales—gritó una voz de mujer.

—Conmigo—respondió otra.

Los dos paladines ya estaban en la lisa. Al principio el Jiro esperó el ataque sin moverse, pero luego con la punta de las alas abiertas trazó una huella en la arena. Poco duró esta situación pues cayeron ambos en un revuelo más terrible que hizo al Jiro ceder a su rival algunos pasos y estrellarse contra la tarima, logrando en esta embestida escudarse bajo un ala protectora del Negro, para que éste no le alcanzase a picar en el pescuezo ensangrentado.

—¡Come trigo!

—¡Saca chispa!

—¡Apágale las candelas!—prorrumpían las voces de los apostadores.

—Ese Negro ya lleva seis gallos muertos—observaba un vejete.

—¡Vuélvete un Zañartu!—gritaba Violante.

Pero aquella impasibilidad con que el gallo Jiro se dejaba picar tuvo su fin, pues saliendo del ala en que se metió, renovó su ataque con fiereza, dando varios revuelos que le llevaron a golpearse cerca de los ojos de su

enemigo. Éste, sin embargo, no pareció atemorizado empujándolo de nuevo hacia la baranda de madera. Sus picotazos eran lentos pero seguros. Hubo un momento en que las voces de los jugadores se callaron, fijas las pupilas en el desenlace de la contienda. El Jiro apenas contestaba el ataque. Aparecía desplumado por varias partes, pero sus ojillos conservaban la rica luz de sus rubíes. Dábase un descanso sin querer responder los ataques del Negro, y ya el Juez contaba los minutos reglamentarios, cuando clavó de nuevo un estacazo, declarándose empate por segunda vez.

Ya nadie dudaba que el final de la pelea se iba a decidir en el nuevo careo. Las apuestas volvían a redoblar-se de un escaño a otro. El Negro tenía mayoría a su favor. Violante había saltado a la pista y colocado en el centro un peso de plata en cruz como signo de superstición. Los dos mulatos, en cuclillas, tenían tomados a los gallos con ambas manos, uno frente al otro, hieráticos e impasibles, muy pagados de su profesión de galleros. De vez en cuando pasaban sus manos voluptuosamente sobre el ropaje de plumas o exprimían la sangre que manaba de sus pechugas, sacudiéndolas sobre la arenilla.

En este tercer encuentro la lidia adquirió toda la grandeza de esos potentes organismos criados para dar muerte. Un silencio anhelante reinaba en el reñidero. Ya nadie cruzaba apuestas. Las pupilas ávidas seguían punto por punto el volar de los gallos, que iba dejando en la arenilla pocitas coaguladas y huellas volátiles. Las dos cabezas semejabán pequeños muñones de sangre ennegrecida. Sus ojillos no se veían. Un nuevo revolcón los

hizo separarse. Entonces pudo verse algo inesperado: el Negro había perdido un ojo. Sin embargo, continuó firme en la riña, pero esta vez sus formidables estacadas y picotazos caían en el vacío; la ceguera no le dejaba defenderse de su rival, que aprovechaba esta circunstancia para rematar su obra. El Negro empezaba a bambolearse; tenía el cráneo abierto y los tendones rotos. Una última embestida le tendió en la arena. La expectación creció entre los circunstantes. El Jiro, dueño de la pista irguióse sobre su rival, aplastándolo con una de sus patas, y ya convencido de su triunfo, engrifó las escuálidas plumas de sus alas, lanzando a los cuatro costados de la ramada una sonora clarinada que en los lejanos gallineros repercutió en un eco de victoria. Un rayo de sol que se filtró por una rendija del techo carrizo batió una bandera de oro sobre su cresta ensangrentada.

Don Diego en medio de su entusiasmo había arrancado de su ancho sombrero de fieltro la cinta punzó que lo adornaba y terciado a manera de banda sobre el gallo triunfador. En tanto decía a Violante mostrándole con malicia la piedra de imán:

—Ahora comprendo porque Abdul-Aziz en su reinado condecoraba a sus gallos de pelea con las mismas bandas usadas por sus generales.

—¡Viva el Jiro y Su Majestad!

—¡Vivaaa!

—¡Viva la Virgen Santa Rosa!

—¡Vivaaa!...

—Esta noche a la corcoba.

—Cuadro!...

XXI

Días apacibles fueron los que siguieron al de Santa Rosa en el caserón de la calle de la Merced. María de los Dolores después de las oraciones de la mañana, sacaba al corredor del segundo patio el tamborillo en que bordaba, colocando sobre las losas del piso gruesos frazadones en donde extendía el deslumbrante manto de la Virgen. El patio, a esas horas, parecía estar cubierto por la balsámica *nucca*, que hizo desaparecer las plagas: todo era allí alegría y bonanza, y sentíase germinar la primavera en los alhelíes, rosas y ranúnculos que se enredaban a los troncos de los duraznos y almendros, y tapizaban en el centro del jardín cestillas primorosamente tejidas con ramas de romero. Entre los pilastrones la flor de la pluma se esponjaba en apretados racimos que tenían la apariencia de la cera blanca. En los espacios que dejaban libres las enredaderas, se veían jaulitas de caña, colgadas a los pilares, donde los zorzales animaban con alegres cantos aquel cuadro lleno de vida, y permitían intercalar de vez en cuando la charla inagotable del tordo Periquito que se despercudía con los sonos de las campanas mañaneras. Más al fondo, en el patio de la cocina, separado por un pequeño paredón, cubierto de mosquetas, se oía caer pausadamente la mano de piedra que majaba el trigo para el puchero de la cena, manejada por un indiecito que, hincado junto a una olla de greda, proseguía su trabajo en el mortero de madera al

compás de un cantito monocorde y de sonidos melancólicos e interminables: *pséi, pséi, fséi, fséi, pséi...*

El curso ordinario de su existencia no pasaba, sin embargo, con tanta suavidad como esas mañanas de primavera, para que la niña a cada punto y repicapunto del bordado, no sintiese despertar algún desasosiego o desesperanza que la llevase a dar menos realce al relleno de una estrella o de una flor. El pesado aleteo de las palomas sobre el techo verdeante, sentíalo asimismo su espíritu al turbar aquella calma sedante las sombras pasajeras proyectadas en el patio. La víspera del día de San Francisco la mañana estaba hermosa y tibia con un sol brillante que asomaba por los árboles y muros. La mama contemplaba a Marilola alabando el primor de trabajo, que semejaba un retazo del cielo puesto al alcance de su mano para que ella lo tachonase de flores y de luz.

—Ya parece, mama, que no voy a terminarlo. Me quedan aun muchas estrellas por bordar.

—¿Entonces piensa, mi vida, que muy pronto será la marcha al convento?

—¡Cómo no! El corazón me lo dice. Estas mañanas tan hermosas me producen una angustia enorme. ¡Como de cosas que no voy a ver más!

—Mi palomita, no se apene, tenga confianza en Don Diego. ¿No se acuerda de la lucha que tuvo con el indiano? El Moro Gazul sería para él un pelele y Gaiferos un chiquillo de la doctrina—le replicó la mama con dulzura.

Estaba la vieja sentada en su silleta de paja, teniendo al lado un brasero donde en una tetera de cobre

cantaba el agua hirviendo para el mate. De las brasas rojas salía el hilillo de humo de la azúcar tostada, como un sahumero que embalsamaba el corredor. A un silbo de la mama apareció Dominguejo trayendo en una canasta, entre blancos paños, el dorado pan al rescoldo. La vieja le ofreció a la niña el primer mate, aromatizado con cáscaras de naranja y hojitas de cedrón.

—Pruebe, mi corazoncito, para que vea cómo me ha amanecido la mano.

—Sabrosísimo el verde, vieja. ¡Cómo cebado por tí! Después agregó: ¿sabes que mañana es San Francisco? No tardará en venir la Picha a invitarme, pero creo muy difícil que el tatita me deje ir al sarao. ¡Habrá que conformarse con hacerle al tío hojuelas y coronillas! Mi prima ha sido siempre tan cariñosa. ¡Vamos, mama, tengo deseos de hacer yo misma los dulces para probar si tengo manos de monja! ¿Qué dulces te gustarían, vieja?

—Los de masa real, mi palomita. Son tan particulares...

—Entonces, mama, aprieta a la cocina y daca el uslero —prorrumpió la niña, subiendo con donaire las mangas de su saya y quedando con los albos brazos descubiertos.

—Guárdeme un ave maría, misiá Marilola, que tomándome mi verde tendré el tablero listo.

A la mañana siguiente, cerca del mediodía, salía la mama con Dominguejo en dirección a la casa de Don Francisco de Palacios. El mulatillo llevaba sobre la cabeza una enorme bandeja de plata, tapizada con las más exquisitas flores del jardín: jazmines, rosas, claveles, y en

el centro, entre rosquitas de agua, los pastelillos de masa real en medio de una coronación de pétalos multicolores.

—Lo que siento, mama—dijo la niña antes de que salieran con el presente—es que la fineza de mi tío me va a encontrar mano de monja, y este será un motivo más para que me quede con Dios en el convento.

—¿Y si dice «mano de ángel», misiá Marilola?

—La misma razón sería para que ingresase al refectorio de las monjas. El tío le lleva el amén al tatita, y los ángeles deben estar en su sitio. En fin, no te olvides de darle mi recado al tío Pancho para que los tome a mi nombre, y que siento que el presente sea tan humilde; pero, magüer no es como la persona lo merece, le servirá para diferenciar... ¿Oyes?

—Sí, mi palomita; a veces me imagino que estoy oyendo hablar a doña Carmen (que Dios tenga en su santa gloria). Y como hablando consigo misma, se dijo: ¡Dios la guardel! ¡es el vivo retrato de su madre! ¡tanta fineza! Después la mama creyó necesario reprender al mulatillo: marcha, Dominguejo, porque si no le diré a misiá Marilola que te has ido mañereando, y no seas boquiabierto. ¡Válgame Dios! ¡Ya descompusiste las flores! Eso es; toma bien el azafate!...

—Déjalo en paz, vieja, no lo confundas al pobre—exclamó riendo Marilola.

—¡Si es tan apajarao este chiquillo! ¡Su merced no lo conocel!...

Y el postigo se cerró tras ellos, dejando en el zaguán un perfume a flores y a azúcar espolvoreada.

* * *

En la mañana del 20 de Octubre, muy de madrugada, las dos niñas comulgaron en el oratorio. Don Luis las acompañó en el sacramento, arrodillándose entre ambas criaturas, para ofrecer triunfalmente a Dios el homenaje de aquellas dos vidas. Todos los esclavos y sirvientes de la casa comulgaron después de sus amos. Hubo una pequeña plática del padre que enterneció a todos. Acudió al Cantar de los Cantares para llamar a las niñas con el dulce nombre de paloma: *Columba, mea in foraminibus petrae. Propera*, «levantate, camina, paloma mía, y ven». En prueba del amor que me tienes y en signo del amor que yo tengo por ella la quiero en soledad amiga, fuera del estrépito de las cosas humanas, defendida por los muros del sagrado claustro, escondida y custodiada en religiosa celda, como en el agujero de inaccesible roca».

Las dos niñas contestaron esta alocución, repitiendo a una misma voz:

—*Fiat, fiat*, «que se haga. Señor, tu voluntad: bendita y adorada sea».

El Padre Gabriel, volviendo a tomar la palabra, se dirigió a Don Luis:

—Loado seáis también, virtuoso caballero, por la parte que tenéis en este doble y generoso holocausto.

En el cuarto el aire estaba cargado de perfumes, ostentándose en el altar enormes mazos de flores. Todos los velones de la casa irradiaban esa mañana sus luces de oro, como en un día nupcial, deslumbrando los bitumi-

nosos rostros de los esclavos viejos que en un rincón oraban atisbando de reojo la extremada palidez de María de los Dolores. En los labios de la niña apenas se musitaba la oración como si sólo pensase en sí misma. Había mortificado tanto al corazón que suplicaba ahora al Señor que no la abandonase, porque aún sentía florecer la esperanza. En cambio, Teresa Rafaela sonreía extática, ávida la mirada al *mons perfectionis* que franquea la puerta de la gloria.

Después de esta sencilla ceremonia se sirvió en el comedor un desayuno mudo y angustioso. La inmensa sala, con sus alhacenas embutidas en la pared y la media luz que penetraba por los portaluces de su única ventana, semejaba más bien un refectorio de convento que un comedor de alto magnate. La mesa estaba pegada a la muralla por uno de sus costados, y abarcaba en su extensión casi todo el largo de la sala, rodeada de taburiles, forrados en vaqueta. Sobre la mesa se veían los azafates con bizcochos y una infinidad de dulces que aguardaban a las jícaras de buena loza de Guijón, llenas con el espumeante chocolate. Los armarios emanaban de su interior blancos resplandores de la chafalonia y vajilla de plata labrada, percibiéndose también un olor a fruta y confitura. Un sombrío brillo hacía resaltar los contornos de los muebles, perdiéndose en la negrura del techo las pardas carreras del artesonado. Allí todo parecía que había sido dispuesto para comer en secreto: el mismo mutismo angustioso con que Don Luis y María de los Dolores se servían el chocolate le daba a la sala cierto prestigio agareno o israelita, a esa hora en que las grandes

puertas se cierran antes de la principal comida. No se oía más rumor que el choque de la platería y el jesuseo de las esclavas en el patio. Hasta los pajarillos parecían haber enmudecido en sus jaulas. María de los Dolores poco rato más pudo estar allí, pues, sin poder retener las lágrimas, salió corriendo hacia afuera. Lloraba y sufría con todo su corazón y sólo los brazos de la mama le brindaron ese consuelo inmediato que necesitaba. La Picha llegó a verla poco después. Nada sabía de su marcha al convento, y si no es por Dominguejo tal vez no la hubiese encontrado en la casa. Marilola le respondió que ya esta pesadilla había acabado, y que si éste había de ser su destino ella lo acataba con un «cúmplase, Señor, tu voluntad».

Cuando salió a tomar el furlón que la conduciría con su hermana al convento de la Cañadilla, todos los sirvientes se adelantaron a despedirla. Dominguejo, arrodillado, le besaba los pies. La negra Magdalena hacía pucheros con la boca, elevando sus ojos al cielo. Las mulatas de los tendales y bateas habían acudido al zaguán con sus chicos en los brazos. Buenaventura, el mulato calesero que, cuando vivía doña Carmen, acostumbraba a sacar a las niñas a paseo, se restregaba los ojos con las mangas de su casaca, y José Antonio, el más viejo de todos los esclavos, dejaba rodar los lagrimones sobre su rostro, contemplando a las niñas con mirada simple y bondadosa. «Se va la luz de nuestros ojos» —decía el pobre viejo. «Alabado sea el Señor con hijas tan bien habladas y hacendosas»—musitaba otra mujer que había quedado en un rincón. «Dios la guarde. Es

una santa»—agregaba una tercera por Teresica, besándole los pliegues de la saya. Ella les prometía rezar por todas.

—¡Jesús! Yo las llevaré en mis rosarios y penitencias. Sean buenas, virtuosas y teman al Señor.

En tanto Marilola, más repuesta ya de sus penas, les decía sonriendo:

—¡Déjense de lloriqueos, que de nada sirven los ayes después de clavado el pie!

—Siempre misiá Marilola con su buen genio—respondían en coro las mulatas de las bateas. Y luego una cholita corrió a besarle las manos y a preguntarle por décima vez:

—¿De fijo vase? ¿Quién va a cuidar de Periquito?

Ya con el pie en el furlón apareció la mama con su inmenso rosario, rengueando, con los ojos llenos de lágrimas, a colgarle a su palomita un escapulario de Nuestra Señora del Rosario, diciendo al abrazarla entre soponcios:

—Toma para que te acuerdes de tu madre vieja y no olvides mis consejos. Yo todas las noches rezaré una Salve a la Virgen porque te vuelva con bien...

XXII

Los altos paredones del convento separaban ahora a los dos enamorados en medio de las angustias y zozobras con que ambos enterraban en parte sus ilusiones.

Don Diego pasó los días que siguieron al ingreso de Marilola al convento, maldiciendo a la miserable fortuna

que le hizo nacer tan desdichado, quejándose día y noche, entre espacios de credo y credo, en romance y en latín. La primavera, que había despertado otrora en su alma barruntos de aventuras, ahora se convertía para él en noche triste, llena de un profundo desconsuelo. Buscó al fin un confesor con quien mitigar sus penas y consultar un alivio, y si no lo encontró a su gusto, al menos se sintió más tranquilo con sus sencillas palabras «Nuestras desgracias suelen ser casi siempre, hijo mío, bendiciones del cielo»—le había dicho el franciscano, con voz humilde y saturada de fe.

Dos días después del ingreso de las niñas al monasterio se inauguró la nueva iglesia, honrando esa ceremonia la toma de hábito de Teresa Rafaela, con el nombre de Sor Teresa de San Rafael.

María de los Dolores ingresó en calidad de educanda bajo la dirección de Sor Josefa de San Joaquín, superiora del convento. Las fiestas que con tal motivo se celebraron en la Cañadilla el 22 de Octubre fueron de gran pompa, asistiendo el Presidente, la Real Audiencia, ambos Cabildos y toda la nobleza del Reino. La iglesia resplandecía de luces, como un pórtico de oro, y nubes de incienso entoldaban la amplia nave, cubierta de damascos blancos y guirnaldas de rosas. Allí, reclinado en el faldistorio, estaba Don Luis, en el apogeo de su gloria, rejuvenecido en algunos años y bajo un sentimiento religioso que lo dominaba en cuerpo y alma. El canto de las monjas hallaba un eco misterioso en los corazones de los que ocupaban sitials y escaños. Jamás voces tan puras y melódicas se habían elevado hacia el cielo en

un himno de fe y esperanza. El espíritu de dicha y de oración de aquellas religiosas vagaba entre la multitud saturándola de efluvios místicos y de paz consoladora.

La iglesia, ese día, fué objeto de la curiosidad de la concurrencia, alabándose la talla de su Tabernáculo, la riqueza del retablo del altar mayor, su púlpito espejado, el encaje de los lucernarios, el adorno de las flores y las capillitas de los santos de bulto que estaban en los bajos costados. Allí se veía al Angel San Rafael, indicando la nave de su nombre en la cual se enterraría al patrón y fundador del monasterio. En el otro costado sobresalía la capilla de Nuestra Señora del Carmen en el nicho, toda esmalte y dorada, y adornada con ricas lámparas y blandones de plata. Los demás retablos pertenecían a Nuestra Señora de los Dolores, Santa María Magdalena, el Señor San José con su niño y Santa Teresa de Jesús.

En la ceremonia predicó el padre Portusagaiti con una elocuencia pocas veces oída en Santiago, conmoviendo profundamente a los circunstantes. Ungido de una sencillez que pocos oradores lograban, por las continuas galimatías en que envolvían sus frases, «piquito de oro» habló, con un encanto lleno de docta santidad, sobre la paz claustral en el intenso y dulce amor divino, que da la calma dichosa y suave, y concede eterna e inenarrable felicidad. «Las esposas del Señor—decía—son reinas sobre las reinas: son las flores inmaculadas que adornan los jardines del paraíso, porque ellas han despreciado el barro dorado del mundo por el purísimo pensil de la patria celestial».

Al terminar fray Portusagaiti su alocución, las monjas entonaron en el coro el *Aleluya*, resonando el himno de júbilo en las naves del templo como la entrega suprema del ser al Dios Todopoderoso que las esperaba.

En esos instantes avanzó por entre la concurrencia un apuesto oficial de dragones, con la solemnidad del que sabe de como pasan las cosas en la vida. El capitán hendió su figura moza entre damas y caballeros hasta lograr una situación visible cerca del sitiole del Corregidor. Luego se puso de rodillas, rezó una estación, y con la misma altivez con que había entrado, salió de la iglesia haciendo sonar en las baldosas el roce de sus espuelas de oro. En el sosiego orante se produjo un sordo rumor de espadas y sayas, cuchicheándose someramente unos a otros con preguntas maliciosas e intencionadas, llamándole al capitán, más de uno, «hostia sin consagrar», mientras los demás tenían fija la vista en Don Luis como requiriéndole a contestar el desafío. Éste pareció constreñirse como clavado de agujetas; pero la grandeza del acto le hizo elevar sus ojos a Dios, como luchando por vencer su viejo orgullo.

En el patio, que estaba frente a la iglesia, se dispararon al final de la ceremonia, voladores y camaretas, repartiéndose a la multitud apiñada a las puertas del templo, la rica aloja, que corría a raudales, y que los criados de la quinta de la Cañadilla sacaban en cuencos de greda de enormes tinajones repartidos en diferentes partes de la arboleda, dando vivas al Ángel de San Rafael bajo cuyo auspicio se había consagrado la nueva iglesia.

* * *

Una noticia inesperada vino al fin a precipitar los acontecimientos en el entrevero de los dos enamorados; se rumoreaba con insistencia que María de los Dolores apenas ingresada al convento, había caído en cama gravemente enferma. Don Diego no hizo hincapié al principio, hasta un día en que la mama de la niña penetró al zaguán de su casa deshecha en lágrimas, diciendo que no la habían dejado ver a su palomita so pretexto de que estaba en actos de piedad, de humildad, de obediencia, cuando en realidad la niña estaba muy enferma.

—Si era un cristal cuando se fué—decía la pobre vieja subiéndole el dolor con los jugos del alma en gruesos lagrimones que caían sobre el piso—y agora temo de que le venga la calentura, sin mis cuidados, sin mis cataplasmas y los *gloriaditos*, que le hacían tanto bien. La última vez, mi señor Don Diego, yo la vide frotarse los ojos en llanto.

Don Diego ese mismo día fué a consultar al caballero de lanceta que había curado a Marilola en los últimos tiempos. El viejo galeno le recibió con un docto discurso sobre la influencia del cielo en la feracidad de los campos, y los alimentos, costumbres y otras circunstancias que son necesarias observar en la curación de los individuos; dijole, tomándose las barbas empolvadas de oropel, que siguiendo el precepto del Príncipe de la Medicina, Hipócrates, *inspicere itaque oportet regionem tempus* había encontrado en la niña obstrucciones de los hipocondrios que son tan comunes, especialmente en las mu-

jeros, y que serían muy singulares las que viviesen sin el trabajo de no padecerlas: «*Conceptum sermonem quis retinere potest*», decía el atribulado Job, que no encontrando remedio para las enfermedades de su cuerpo, procuraba hallar sólo alivios para el alma; y no le quedaba otra cosa que «*Aggredere o magnos aderit iam tempus*», o sea en buen romance «Tiempo es ya de que consigas lo que ha tiempo deseas».

El capitán salió, después de esta consulta, más desesperado que antes, echando al diablo los conceptos macarrónicos del *latino*, y como un loco empezó a rondar el monasterio, dando vueltas el paredón horas enteras, estudiando las costumbres del convento y sus alrededores, hasta los árboles, sin encontrar, no ya rama en que ahorcarse, sino gajo bastante resistente para saltar. Tanto merodeó por esos lados de la Cañadilla que después de mucho recapacitar, observando cuidadosamente los detalles del interior del convento, no faltó quien le dijese que en ciertos días se recibían limosnas de comestibles que los filántropos devotos mandaban de sus chácaras. Por otra de las donadas con olor a torno, supo cuando le tocaba el turno de semana a la última novicia; y con estos y otros detalles, que sonrisas de buen mozo enternecen corazones, una mañana se acercó disfrazado con burdos calzones de acarreador, llevando en una mulita varias bolsitas de chuchoca para el convento. Una vez dentro con su preciosa carga, habló con la hermana tornera:

—Ave María Purísima—dijo, fingiendo un tanto la voz.

—Sin pecado concebida Santísima—repuso una voz nasal que creyó reconocer.

—¿Cómo está la reverenda madre?—preguntó muy sabihondo en el ritual.

—Bien, gracias a Dios.

—¿Y las novicias de mi buen señor Don Luis?

—Gracias a Dios.

—A Dios sean dadas.

—Amén. ¿Qué deseaba?

—Venía de la chácara de don Francisco Palacios. Su merced envía a la reverenda madre Josefa unas bolsitas de chuchoca para que se las sirva la Santa Comunidad en su nombre.

—Dios lo conserve muchos años a don Francisco y dele las gracias a nombre de la reverenda madre Josefa. Sírvase, hermano, colocar la limosna en el torno.

—Ya, hermana tornera.

Y dicho esto, en lugar de las bolsitas de chuchoca, doblóse el acarreador como abanico dominguero, metiéndose dentro del torno con pasmosa rapidez. Y agregando un tanto sollamado:

—¡Dé vueltas, hermanita!

La hermana giró entonces el pesado cilindro apareciendo ante sus ojos atónitos la figura del capitán de dragones hábilmente disfrazada. Este púsose en pie saltando ágilmente hacia el interior y requiriendo a la hermana tornera, que era nada menos que Teresa de San Rafael, la cogió por un brazo con violencia:

—¡Quiero verla! Quiero verla pronto—repitió más azo-

rado aún. ¡Dígame dónde está! Y avanzó hacia los cuartos inmediatos al coro, llamándola en voz alta:

—¡Marilola! ¡Marilola!...

La voz hizo eco en el largo y silencioso claustro, llevando el pánico a las monjas que estaban en oración, y provocando carreras de las que pasaban del jardín hacia sus celdas, mientras los golpes de puertas se sucedían unos tras otros, repercutiendo espectralmente en los corredores abovedados. La campanilla del claustro tocó a alarma y las rezagadas, al ver a un hombre en el interior, se dejaron caer arrodilladas con precipitación, echándose el velo sobre las caras y quedando en el suelo como murciélagos arrebuados en sus alas. En tanto, se agolpaba en redor del convento un inmenso poblado atraído por el toque de cobre-fuego. El corregidor no tardó en aparecer seguido de alguaciles, celadores y soldados, dándoles la voz de calar cuerdas y cargar balas en las armas de fuego, disparándose algunos tiros al aire para ahuyentar a la muchedumbre. En pocos segundos se calaban picas en los murallones y el Corregidor penetraba al monasterio, blandiendo la espada al grito de orden *¡favor al Rey!*

No tardó en saber la nueva audacia cometida por el capitán, y para aprehenderlo penetró con su tropa hasta el interior del convento. Pero éste había desaparecido escalando uno de los muros del huerto y dejándose caer fuera por las ramas de un árbol. Don Luis en medio de su furor había dado orden de que se le diera un tracto de cuerda a uso militar. Su rostro aparecía más avinagrado que nunca con el gravísimo escándalo que él con-

sideraba en deservicio de Dios Nuestro Señor. Su voz, a cada rato, prorrumplía en denuestos, sin mirar para nada el sagrado recinto en que se encontraba. Aquí era él dando a Dios su ira: los gritos llegaban al cielo.

—Agora verás, pícaro hereje, si hay infierno. ¡Cuérnigas! Ya se le acabarán sus impertinencias machuchas y sus mal limados yerros. ¡Fuera, fuera el villano de la tierra donde no sabe respetar a Dios ni a su Rey! ¡Fuera el saltaconventos y que se le apareje luego para que vaya a las Casas-Matas, a morder el polvo!

Así hablaba en voz alta el Corregidor, dando con su espadín mandobles y estocadas al aire, en medio de gritos y exclamaciones de los que presenciaban la escena, atemorizados por la acción del sacrílego.

—A nos, a nos...—decía un soldado creyendo encontrar el rastro del fugitivo y medroso de verse solo ante el capitán.

—Jesús, que hombre... ¡Ajo!... gritaba un celador andaluz.

—El diablo de Santo Domingo se ha escapado—afirmaba una vieja.

—Vile venir corriendo hacia mí—decía otra.

—Mataperros.

—Pedazo de anticristo...

—¡Cascarle y viva la virgen!—agregaban los soldados que llegaban a engrosar la persecución que se había extendido a los techos y aleros del convento.

Una voz se alzó de nuevo entre los alguaciles. El Corregidor hablaba esta vez como si dictase una sentencia:

—Con bueno la habedes, señor Don Diego, y agora lo veredes.

Estaba su voz jadeante. El sudor cubríale el rostro. A sus años la carrera por el patio del convento tenía al fin que rendirle. Sin embargo su presencia no daba ninguna impresión de desaliento físico. El hombre era allí el hombre, el amo, el Justicia Mayor. Su cuerpo se destacaba agalgado y vigoroso como siempre. La capa volaba al golpe del viento como rajada por una cuchilla furiosa. Era el hijo genuino de la España que vivió bajo la sombra de los monarcas austriacos, y que cruzó el Atlántico, invariable, más duro y parco con las sales marinas, parado en el puente de los galeones, silencioso y melancólico, como si quisiera dilatar por el nuevo Mundo la honda tristeza de su tiempo.

Semejante audacia y violación necesitaba un ejemplar escarmiento. Hizo llamar Don Luis a su actuario y sobre tabla redactó un bando, en que después de muchas y largas consideraciones, se leía el siguiente acápite final: «Y para que cese todo perjuicio, se quite de raíz todo inconveniente, y de todo punto cese el orgullo que no falta en semejantes casos, y se eviten otras fatales consecuencias que pudiesen resultar de los hechos anteriores, por auto de buen Gobierno debía de mandar y mandaba, que, respecto de haber navíos en el puerto de Valparaíso próximos a salir para la ciudad de los Reyes, en el día salga extrañado dicho Don Diego Alvarez del Rosalejo, perpetuamente fuera del Reino, notificándosele que con pretexto alguno vuelva a él con apercibimiento que

se procederá a imponerle todas las penas dispuestas por derecho contra los inobedientes y trasgresores a las providencias de justicia».

Aquella misma tarde salía Don Diego en una mula viajera por el camino real de la Cañadilla, en dirección al puerto, llevando en una pequeña tropilla su cama, pozuelas y petacas. Iba acompañado de varios soldados y de un cabo militar que hacía de jefe. El camino estaba triste y solitario. Al enfrentar el monasterio del Carmen el capitán se sacó el sombrero como elevando una oración por la imagen que dejaba emparedada en sus claustros. El débil sol rasero de la tarde iluminaba el borde de las tapias y covachas de los rústicos solares y guarnecía con una cinta verde claro el verde oscuro de los viñedos bañados en la sombra. Poco a poco fué dejando atrás la ciudad achaparrada que sólo elevaba torres de aspecto medroso hacia el cielo. Lentamente la sombra ganaba el valle. En una curva del camino apareció una carreta; pocas varas atrás sólo se veían las astas del buey. Un indio marchaba a su frente guiándola con una larga picana. Y luego se divisó una ladera serpenteando un lomazo cubierto de maitenes, un rancho enroñado, un horno derruido. La tierra se recogía en un profundo silencio. Santiago había desaparecido a las espaldas de los viajeros hundiéndose muellemente en su llanada. En tanto, Don Diego, a la dudosa luz del crepúsculo, imaginábase ver un castillo encantado, saliendo de repente de las entrañas misteriosas de una quebrada, tal como aquellos que la vehemente imaginación de Ariosto hacía salir

de un soplo del reino de los montes para prisión de algún malhado castellano.

XXIII

El Justicia Mayor, a pesar de la mucha fe católica que gastaba en sus rondas para desengaño de los engaños de Satanás, solía a veces perder terreno en ciertos callejones de la ciudad, teniendo que aguzar su ingenio para descubrir sus tretas, «que el diablo es bellacón—se decía—mas no ignorante». De aquí que una noche oscura de invierno causase espanto en la ciudad una extraña procesión, de mozos de escalera arriba y mozas de escalera abajo que cruzaba hacia la cárcel, llevando en las manos sendas velas de sebo, cuyas débiles lucecillas parecían implorar perdón en el silencio espectral de la noche. ¿Qué había pasado? A la mañana siguiente no tardó en saberse el curioso suceso. Violante, la antigua amiga de Don Diego, había preparado esa noche un bureo para estrenar unas cachuas cuya música trajo de oídos un paisano que acababa de llegar de Lima. El cholito, requerido después por algunos petimetres, bajo los soportales de la Plaza Mayor, contaba el suceso: «Estábamos esperando que pasase la ronda, pues... El toque de queda había tañido hacía rato y las candilejas de la cuadra permanecían apagadas. El grupo de contertulios no pasaría de veinte personas entre mozos y buenas mozas. Desde las oraciones habíamos estado bebiendo un rosolí con malicia preparado por doña Violante, así es

que teníamos la calor algo subida para arriba y con buenas ganas de seguirla cascando... Mucho trabajo nos costó el agazaparnos en los escaños y taburiles en espera de que pasase la ronda. Una chinita sália de vez en cuando a atisbar las sombras por el postigo. Sólo se oía el canto del sereno, quien nos indicó la hora y el tiempo: eran las once y estaba nublado. De pronto un *jchist!* de doña Violante hizo cesar todo barullo entre los contertulios. Había percibido lejanamente los golpes secos dados con el bastón de mando; entonces, a una señal suya, la voz compungida de un rosario llenó lúgubremente la pequeña cuadra. Mi señora Violante había pasado de un golpe del primero al tercer misterio glorioso». «La venida del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico, en figuras de lenguas de fuego». *Padre nuestro que estás en los cielos... Ave Maria, llena eres de gracia.* Y su voz se elevaba quejumbrosa, por momentos, como la de los sacerdotes en el púlpito, hasta traspasar las ventanas y hacer eco en las paredes de la otra acera de la calle. Cuando doña Violante había dicho las últimas palabras de la oración: *Ahora y siempre por todos los siglos de los siglos, amén*, un fuerte golpe dado en la puerta nos sobrecogió de pavor e hizo que la chinita acudiese a carrera a abrir el postigo, mientras unos pasos crujieron sobre las losetas del zaguán y una voz enronquecida se alzó en el silencio pesado de la cuadra: «muy devota está Ud. doña Violante; ¿por qué reza sin luz?» Esta le respondió: «porque los bodegones han cerrado más temprano, su merced, y no tuve tiempo de hacer el pedido

de velas para la cena». El Corregidor sacó al punto un peso en plata macuquina, y pasándolo a uno de los soldados que le acompañaba encargó que lo comprara en velas, sin dilación, haciendo abrir en nombre del rey la primera tienda que encontrase en el camino. Los momentos de esa espera horrible sólo Dios puede saberlos por las salves y credos que recé. Al fin llegó el soldado con las velas, trayendo una de ellas encendida, la cual iluminó la pequeña cuadra, descubriendo nuestros bultos que amusgaban agazapados y temerosos.

Aquí fué Troya. El Corregidor levantó su vara de mando, echando chispas por los ojos, y sin andarse con chiquitas, ordenó que cada uno tomase una vela encendida, y así, en procesión, nos llevó a chirona por las calles, en medio del asombro de la guardia.

* * *

Santiago tomaba cada día más semejanza con el rostro duro y rígido del Corregidor. En los siete años de viudez que llevaba, la ciudad entera vivía presa entre las forjadas rejas de sus ventanas. El Justicia rondaba las calles en una vigilancia constante, pareciendo un extraño monje que quisiera acabar sus días sin sentir otra música que el *Ave María Purísima* de los serenos y el litúrgico tañer de las campanas conventuales.

Nadie osase encubrir en la obscuridad de la noche una mala intención; pararse arrimado a las puertas, paredes, esquinas o bocacalles; andar en cuadrillas usando trajes que no correspondan a su estado, cantando coplas

deshonestas, satíricas o malsonantes en tiempos de carnavales; mantener bailes provocativos en sitios privados y públicos; concursos de juegos de dados y envites de naipes, donde acostumbra juntarse mucha gente; permitir en las tabernas borracheras ni quemar buscapiés y camaretas: el húsar de la ley no demoraría en saber quien burlaba el bando de buen gobierno, para desfogar su justo enojo contra aquel que cometía tamaño desacato, pues quería ver a la ciudad más limpia de honra que un acero toledano. Su figura era una sombra pavorosa que se multiplicaba por todas partes, escuchándose continuamente en el interior de las casas los tres golpes que daba con su vara de mando, al uso de Aragón, en llegando a una esquina, para que se entendiese que iba por ahí la justicia. Otras noches, su larga capa de alas de cuervo infundía espanto a ese mundo de fantasmas vivientes que brotaba de las murallas y crujiás del portal, de los cigarrales y ojos secos del puente, y que cruzaba en busca de aventuras, de la Chimba a la Plaza del Basural y de la ramada al Alto del Molino. La sombra del Corregidor tomaba entonces un siniestro aspecto bajo las luces anaranjadas que despedían las hornacinas de los santos; los pliegues de su capa, iluminados súbitamente por estos resplandores, eran como llagas de fuego para el ladrón noctámbulo que acechaba la hora de saltar el paredón. A veces se le veía avanzar agobiado por la rígida capa que caía de sus hombros, ensanchándose, semejante a una campana gigantesca, de un bronce grasoso, hendida por el delantero, y que absorbiese todas las sombras sin reflejarlas. En otras oca-

siones, cuando iba solo y sin guardia, su bulto, como esas pinturas hechas con cierta traza que por un lado hacen parecer un galán y por el otro una dama, escurríase por un portón, engañando al que atisbaba la soledad desde una reja volada o un alto murallón, pero se reaparecía entonces al frente de aquel noctámbulo, como en el llano de esas tablillas escacadas, figurándole la muerte. En las noches de luna, su sombra se extendía en una longitud fantasmagórica desbaratando los proyectos sentimentales de los salta-murallas, no habiendo galancete que, pasada la hora de queda, se atreviese a barruntar por las calles un sortilegio de amor. La luna, que caía de plano sobre el amontonamiento de aleros y mojinetes, acechaba con su luz indiscreta los reconcomios de las furtivas parejas que entre las hierbas de la huerta sumergíanse en el pecado de deleite. Sólo el agua que corría a tajo descubierto hacía una música monótona, acompañada del croar de los sapos. El antiguo lobo, en medio del silencio de esa ciudad que miraba como propia, deseaba entonces ser oveja, conservando con felicidad su humilde piel; pero no permitía que le arrancasen los colmillos y limasen las zarpas. Más egoísta que nunca contemplaba la belleza de la noche con beata unción. Se diría que establecía entre las majestuosas montañas que dominaban el paisaje una secreta reciprocidad. Así su devoción crecía en medio de la ciudad, entregada por el Rey a su custodia, para que no sólo la morigerase, sino que hiciera también perdurar las ansias místicas encastilladas en las antiguas villas castellanas.

A su regreso, terminada la ronda, los templos y casonas bañados por la luz lunar cobraban una espectral claridad en el silencio de la noche. Todo le iba hablando de una España creyente, tétrica y embrujada; y era aquí la muralla del convento donde estaban enclaustradas sus hijas, cortada a pique como una alegoría de la caballescía ciudad de Avila; y era allá un templo celando con la facha de un viejo anacoreta. Ahora entraba de frente en una calle contrita como claustro, de paredes jorobadas, con bajas puertas de celdas, agujereadas de mirillas y con recios aldabones y cerrojos como para que no entrase la llama del amor pagano. La blancura de la luz hacía pensar en apariciones.

Tras el portón de su casona una devota señora le esperaba para premiar sus desvelos. Por la mirilla surgía tímidamente una luz, y cuando el postigo del cuarterón corría su pesado cerrojo para cerrarse tras él, con hueco sonido, flameaba con mayor claridad la luz mortecina del candil que iluminaba a la imagen de Nuestra Señora del Carmen. Don Luis dejaba entonces caer su capa en las losetas, y, arrodillándose frente a la santa, largamente oraba.

Al terminar la oración solía encararse con la imagen, batiendo la capa hasta los pies:

—Buena trasnochada me he dado, y aquí estoy, Señora Nuestra, a tu bendita sombra para echar un sueño.

La noche avanzaba en medio de su sencillez rural. Las primeras sombras habían desaparecido y las rejas y portones de la ciudad salían de su embrujamiento, mostrando toda la desnudez de su verdad patriarcal.

SEGUNDA PARTE

James Watson

La mañana era tibia y radiante. El sol bañaba la ancha vía del puente, destacando sobre las aguas y lecho pedregoso del río los macizos taludes de piedra que sostenían el dovelaje de los arcos. Poco a poco la llamarada del mediodía señalaba a la distancia las líneas almohadilladas de su arquería, que se elevaba sobre el abigarrado montón de casas, murallas y frontones contiguos a sus rampas. El puente le daba a la ciudad del Nuevo Extremo un carácter más propio, uniendo ambas riberas del Mapocho con la piedra granítica de sus once ojos ciclópeos. Al rayar el sol los picachos de la cordillera grande, los trabajos del puente comenzaban en medio de los rumores de las campanas aledañas y del canto de las diucas.

Los trabajadores de la obra llegaban a sus labores arrastrando la cadena en que estaban aherrojados, para tomar luego colocación en las diferentes secciones de

albañilería, cantería y herrería. Era un funesto concurso de hombres y esclavos de la cáscara amarga, sin Dios ni ley, el que trabajaba en el pedregal del río. Entre estos últimos encontrábase un indiada de rudos mocetones araucanos, que habían sido traídos por el entonces alférez Don Diego Alvarez del Rosalejo para sosegar aquellas tierras de los alzamientos habidos en el pasado decenio. Durante la noche se les aseguraba en una cadena larga que corría por una argolla puesta en el tobillo, cuyo cerrojo pasaba por un eslabón, y que en el extremo tenía un anillo para amarrarlo en un poste colocado fuera del calabozo.

Los altercados constantes con los mayordomos atraían a una multitud mañanera, principalmente los lunes, que era el día en que recogían los celadores mayor número de obreros. Toda esta gente se instalaba en las inmediaciones de ambas riberas, pues no pasaba día sin que dejase de haber en los preliminares de la tarea un conato de sublevación. La multitud de curiosos componíanla viejos con largas capejas y citoyenes acetunados y mujeres de mantos y manteletas negras que regresaban de la misa de alba; mulatas que salían de la recova con el canasto al brazo, envueltas en su rebozo de lana, y limpiándose los ojos, mientras concluían, entre bostezo y bostezo las oraciones de la mañana; campesinos que venían de sus chácaras en vistosa caballería de monturas recamadas de adornos de plata y fabulosos *peruleros* (1); vendedores ambulantes en mulas de silla, y una parvada de mulatillos que acudían

(1) Estribos forrados de plata.

de la Cañada y de la Chimba a disparar sus ondas en las pedreras del Mapocho o a fustigar los asnos y perros que merodeaban por sus alrededores. A esa hora se hacía la recepción de los nuevos obreros, caídos el día anterior, y se repartía la hogaza que llevaban los mayordomos en árguenas de cuero, trasportadas a lomo de mula.

Los presos que estaban acollarados por los pies, de dos en dos, o en pequeñas hileras de diez o más hombres, recibían formados la ración diaria de tres panes y una libra de charqui, por cabeza, siendo los de mejor conducta libertados de los grillos para que preparasen sus comidas y empezasen la tarea. A los pocos instantes se veían numerosos grupos diseminados en el lecho del río, que, en derredor de pequeñas humaredas, esperaban el chisporroteo de la llama, donde, haciendo hornillas de las piedras, colocaban las ollas de greda para preparar el charquicán o el valdiviano.

El Corregidor llegaba a inspeccionar los trabajos horas más tarde, instalándose después en el balconete de un altillo que dominaba todo el panorama de la obra, y desde donde vigilaba y sofocaba, casi siempre, la muchitanga de los revoltosos, acompañándose sólo del gesto y de su voz de trueno.

La cadena del puente era entonces la pesadilla de toda esa bellaquería *ajuerina* (1), que miraba con más horror que el presidio los pesados trabajos de cantería, donde el amo con mucha enjundia, hurgoneaba los de-

(1) Ladrones de los suburbios.

talles de la obra que, según su decir, se hacía «para una sola vez».

Esa mañana, principios de Diciembre, por haber hecho *San Lunes*, venían de chirona, en dirección a las obras del puente, largas hileras de presos tomados por las rondas el domingo anterior. Era una extraña procesión de los devotos de ese santo criollo, la que iba a acelerar la obra y a purgar en ella sus recientes faltas: Componíanla mestizos de ojotas y calzón corto, y que habían sido presos como la parra a causa de los interminables taquitos de chicha baya, empinados entre pecho y espalda, en los bodegones de don Pedro del Villar; esclavos de ojos de espulgo, brazos en jarra y mangas en escaramuza, enviados por sus amos para domar el genio, por un tiempo limitado, a ración y sin sueldo: zambos pendencieros y libidinosos encontrados en las pulperías debajo del mostrador en concursos vergonzosos con sus hembras; negros semidesnudos con los greguescos calados en rasgones y mostrando su piel flámigera y nervudas piernas; indios cuzcos sin más ley que su largo chapecán; cuatrerros que llevaban en la espalda el óxido del hierro candente con que se les señalaba; ladrones nocturnos, rapados de pelo y cejas, y presos por las rondas con las herramientas de su delito: escalas, sierras y azuelas; toda una humanidad tenebrosa, seguida de alguaciles, guindillas y cabos militares que custodiaban la cadena donde iban ácollarados, mostrando éstos sus puños de corinto y las manos en garfio en señal de autoridad. La procesión llegaba hasta el balconete del Corregidor, quien, antes de que éstos fueran

a las nuevas faenas, acostumbraba darles una reprensión con palabras que reventaban el aire como cohetes y varillazos. Pero esa mañana, apenas estos hubieron tomado colocación en las diferentes secciones de la obra, un sordo rumor alborotó a toda la indiada, viéndose aparecer a horcajadas sobre una piedra del contrafuerte a un indio que, tomándose fieramente el labio inferior con su mano, lanzó un silbido de guerra, largo y agonizante como el del cuerno. Fué este silbido el anuncio de la revuelta para todos los cautivos. Avisados de esta manera los señores de maza y lanza, dejaron caer simultáneamente la cadena en que estaban aherrojados, cargando contra los sobrestantes y soldados, provistos de ondas, boleadoras, porras de madera y hachas de piedra, repartiéndose otros tantos por entre las columnas del puente y penetrando hasta sus bóvedas interiores, donde las aguas del río se hacían más correntosas. La astucia de los antiguos guerreros de Arauco reapareció, como por ensalmo de una machi, en estos rudos mocetones, dispuestos a salir del cautiverio para volver a los robledales de sus montañas de Tirúa y Toquihua. El espectáculo iba a tomar el colorido y la fiereza de una reconstrucción histórica de los primitivos cuadros de la conquista; nada hacía falta para regocijo del poblado que había bajado a las inmediaciones de ambas riberas a presenciar el combate; la naturaleza misma del pedregal del río parecía auspiciar la refriega proporcionando guijarros para las ondas y boleadoras. Los mocetones dirigidos por su fiero cacique Riquelme, al grito de *lape, lape* (1) llevaban la cons-

(1) Mueran, mueran.

ternación a los demás trabajadores, acometiendo contra los mayordomos y vigilantes, quienes se defendían disparando sus fusiles y pistolas, en medio de la batahola de golpes de hachas y escodas que se produjo para reducir a los indios revoltosos y detener a los que querían huir.

Al chivateo de la indiada y a los gritos de los soldados acudió el Corregidor, y dando grandes voces púsose en medio de la revuelta, sin temor a las piedras y herramientas con que los indios y demás presos atacaban. Su energía cubríalo de todo golpe traidor. Ningún indio se atrevió a atacarlo. Entretanto Riquelme era objeto de una persecución sangrienta, que éste burlaba, ya cosiéndose con el suelo y levantándose entre los matorrales, introduciéndose en un ojo del puente y saliendo por otro, andando a gatas para no ser visto o espoloneando con los pies al que se acercaba, practicando el *huehuín malón* con la habilidosa astucia de sus antepasados, y sintiéndose más fuerte y ágil a medida que sus piernas y rodillas iban sangrando.

Nicolás Riquelme reducido con el cuerpo cubierto de heridas, parecía haber dado fuego a todos los dardos y piedras caídos sobre sus espaldas pedernalinas. Hubo un instante en que aquel caudillo de las márgenes del Mapocho levantó su fiera mirada hacia el rostro del Corregidor. Había desaparecido en él ese fatalismo pasivo y lúgubre que le asediaba. Ambos mirábanse tan iguales que parecían hijos de una misma montaña: el uno, libre de paramentos, dejando florecer sobre sus carnes cenagosas el copihue de sus montañas, el otro, el mérito

de la franqueza, virtud guipuzcoana; el uno mostrando la frente, donde dos hondas cicatrices desfigurábanla, enrojecido como la corteza de un roble pellín; el otro, encalabrinado de ira, pugnando por su Rey, en nombre de Dios y de la religión; pero, respetando en el cacique de Boroa el histórico coraje de la raza.

De pronto, una frase se escapó de la garganta del cacique, enronquecida por el furor del cansancio: «*Inche Lautaro apubim ta pu huinca*». «Yo soy Lautaro, que acabé con los españoles». Esa invocación del mocetón causó estupor y sobrecogimiento entre los indios, sobrestantes y en el populacho mismo que se había acercado en derredor del cautivo, mirando todos al Corregidor que tenía la vara de mando levantada en alto. Sin embargo, éste solo dejó caer su brazo un tanto fatigado, diciéndole con voz de calva trueno:

—Por mi abuelo, maturrango pícaro, que si vuelves a repetir esta chivatuna, te haré ahorcar en esa estaca— y le señaló el *rollo* que se alzaba en el centro de la plaza del Basural.

El cacique oyó el insulto inmutable. Sus brazos estaban sujetos por la espalda con fuertes ligaduras; todo el cuerpo sangraba, pareciendo enardecerse, a la vista de esos ramazos que florecían sobre sus carnes en forma de capullos rojos y anaranjados como la flor del *quinchimali*. Ahora mostraba sus agudos dientes, al contraer sus labios en una mueca de furor, por donde sangraba, jadeante, un aliento cálido y espeso; y antes que el Justicia gritase las reprensiones que tomaría con los promotores de la revuelta, miró a sus compañeros

con turbia mirada, y sacudiéndose ferozmente de las ligaduras que le taraceaban las espaldas y heridas del cuerpo, los salpicó de sangre, como si quisiese redimirlos del cautiverio, tumbando después, sobre la tierra, el cuerpo exánime.

II

Los dos monumentos que el Corregidor había llevado a cabo, después de tantas fatigas y penurias, se erguían enmarcados en la ordenanza ascética con que los forjara su ánima medioeval. Cenobio y puente, en la severa unidad de su estructura, se elevaban desde sus fundamentos básicos empujados por un mismo pensamiento espiritual, como si demostrasen que la virtud de la cristiandad consistía en formar una sola masa ligada a Dios del mismo modo que las piedras de aquellas construcciones lo estaban materialmente. Había en ambas fábricas trazos remanentes de esa arquitectura que apareció en España bajo el reinado de Felipe II, y en la que se quiso defender una estética propia, sombría y espectral, en sus estancias y arcos abovedados. Su devota inspiración no era menor que aquélla en el sólido conjunto de líneas: en las arcadas del claustro y en la punta de diamante del puente se anticipaba una demostración de fe, que fiaba a la desnudez eremita la defensa de su tonsura monacal montada por el poblachón de indios y mestizos.

Semejante triunfo había despertado en sus émulos un odio sórdido y tenaz que se destacaba en esa abundosa

literatura de los curiales y de la que hacían tanta gala los informes y acusaciones, atribuyéndole usos indebidos de ingentes caudales.

El procurador de pobres se quejó al Tribunal de la Real Audiencia, del mal trato que se les daba en la cadena del puente a los reos esclavos y del largo padecer de estos miserables, que se hallaban trabajando al rigor del sol, en vergonzosa desnudez, mal abastados, peor comidos, enfermos y ultrajados por los sobrestantes. No quedó vecino que no tratase de hostilizarlo ya formando en su misma chácara pleitos sobre repartos de agua, en las épocas de sequía, o haciendo tacos que desbordaban las acequias, en tiempos lluviosos, inundando sus viñedos y casas de campo. El monasterio mismo era objeto de estos vejámenes por parte del Fiscal de la ciudad, quien le acusaba de haber sufragado los gastos de su fábrica con dineros de las arcas públicas y llegaba hasta pedirle cuenta de una custodia que tenía en la iglesia, y que según su decir pertenecía a los jesuitas, sin explicarse el por qué la conservaba en su poder. ¡Cómo si sus primeros maestros espirituales no hubiesen podido donar aquel recuerdo al patrón y fundador de tan benemérita obra! Todas las enemistades del Justicia Mayor se agitaban en aquel proceloso mar de chismes y de enredos. La ola de la marea subía furiosa, precipitada, invasora. Traslados iban e informes venían. El expediente crecía en volumen. La vanidad, el interés y otras pasiones alimentaban por su parte aquellos altercados y resquemores. El pueblo tildaba al Corregidor de «cruel, inhumano y ostentoso», y para colmo, señaló a todo el

que imitaba su genio con el epíteto popular «se volvió un Zañartu». El indio, con la paga de la contribución impuesta a su vagancia, atizaba el odio villano en su contra. El procurador redactaba largas y oscuras acusaciones. La gran pluma de ganso del Corregidor crujía sobre el papel de canto de barba en las manos de su amanuense, y cada perfil parecía una saeta que defendiera su buena reputación que, a costa de muchas fatigas, había adquirido en servicio de Su Majestad y del pueblo. En estos pleitos acudía al monarca, como el creyente a Dios: a cada tribulación tendía sus pupilas inquietas hacia la coronada villa, sin que nunca aquél dejase de oír a este súbdito vasco que «sólo valía tanto como él», y que siempre estaba codicioso por servirlo. No demoró mucho en recibir una cédula de Su Majestad, en la que declaraba: «haber sido muy de su real gratitud la liberalidad con que había procedido en el servicio de Dios y del pueblo, y que esperaba de su celo continuaría a favor de uno y de otro, sirviendo como hasta entonces lo había ejecutado».

La ola de la marea se había disuelto de improviso. El ritmo regulador de los acontecimientos de la administración colonial volvía a un período de calma e inactividad. Un acuerdo extraordinario de la Real Audiencia mandaba extender nuevo título de Corregidor a Don Luis Manuel de Zañartu. Éste, al recibir su nombramiento, se llevó una mano al corazón y otra a la cruz de su espada. En esa alma amargada por los sinsabores de las acusaciones y reparos brillaba una sonrisa de lo que tardía-

mente llegaba como una recompensa: la justicia al Justicia Mayor.

* * *

Dos años más tarde, el 11 de Febrero de 1782, inaugurábase el Puente de Calicanto y se abría al vecindario esta nueva vía de comunicación que unía por fin definitivamente a la Chimba y a Santiago, sin temores de avenidas. El primero en atravesarlo, en medio del regocijo público, fué el Corregidor en su carroza de gala tirada por la cuadriga de mulas negras como el azabache, que todo el pueblo conocía, y que desde algunos años no se veía transitar por las calles.

Pocos días después, era invitado el Corregidor a una comida en palacio por el señor Presidente Benavides que a la sazón gobernaba el Reino.

La colación fué de confianza y asistieron los oidores de la Real Audiencia, algunos cabildantes y ciertas personas de calidad. El Corregidor se presentó con su traje de gran ceremonia, luciendo zapato de hebilla de oro sobre media de seda blanca, estirada y adherida al calzón corto; deslumbrante charretera y largo chupetín bordado, de rojo paño de Córdoba como el casacón. Su rostro había cobrado majestuosidad mundana con la peluca empolvada, y por su arrogancia tenía cierto aire a un retrato de Carlos III que ocupaba el paramento de honor de la gran sala. El viejo y achacoso Presidente D. Ambrosio de Benavides, en su sitiolete de la cabecera, presidía la comida, teniendo a su derecha al

Lugar Teniente y a su izquierda al regente Alvarez de Acevedo. Benavides bordeaba en los setenta años, y empotrado en su sillón parecía una pintura del ciclo velazqueano, con ese aspecto palatino de segundón andaluz, incapaz de dar lustre a las cruces castellanas, aunque se decía descendiente de Alonso IX de León. Débil y gruñón, angosto de sienes y de ojos pequeños y sumidos, sin carácter para gobernar, dejábase influenciar por señores palaciegos de dudosa monta. No sabía medir la conversación con la parsimonia del ambiente en que se encontraba, recordando con sus mayúsculos *lapsus linguae* su estada de oficial en los presidios de Ceuta o Melilla, y aquellas épocas en que su padre era el alguacil mayor de la Inquisición de Córdoba.

El viejo Benavides con el fin de dar más solemnidad a esa comida, después de bendecir la mesa, siguiendo una antigua costumbre, hizo traer la vajilla de plata a su lado para servir la sopa con el labrado cucharón de estilo, como en las cenas patriarcales del país de Canaán. No obstante la gravedad y circunspección que guardaban el Corregidor y demás comensales, siguieron a este acto copiosas libaciones en honor de Su Majestad y del señor Capitán General del Reino. La mesa parecía un altar por la cargazón de adornos, luces y flores, que no en balde mandarían las monjas agustinas a sus mulatas de mejor gusto en lo de componer altares. De vez en cuando la murmuración quemaba, subiendo de punto en la sopa, pero una libación cualquiera distraía la forma trayendo conceptos más duros y menos monótonos. De pronto alguien habló de la comida que el Corregidor ha-

bía dado a los trabajadores del puente, diciendo que era voz general en la ciudad que esta fué de lo peor que pudo inventarse para cástigar a los infelices presos. Don Luis saltó al punto replicando que eso era una calumnia, pues les había suministrado buen charqui y pan, y también un suculento valdiviano con papas.

—Para juzgar con conocimiento de causa—dijo el Presidente Benavides—vamos a comer, en un momento más, de la misma comida que el señor Corregidor ha dado a los presos, que creo vendrá bien como postres.

—Será menester que yo vaya a buscar los artículos de consumo—requirió éste mirándolo fijamente.

—No, señor—le interrumpió Benavides. Tengo buena cantidad de ellos que me ha llegado esta mañana, y, por lo que he visto, parece que son exageraciones las que propalan algunos sobre la mala alimentación que tuvieron los bellacos a quienes su merced tuvo a buen recaudo en el puente. Yo, como viejo que soy, no me creo con aptitudes para juzgar, y fallarán por mí todos los señores presentes.

Al terminar de hablar dió un campanillazo, y ordenó que se trajera a la mesa el guiso que él había mandado hacer. Un momento después era servida una extraña y original comida que tenía un poco de caldo color de chocolate, sobre el que nadaban cosas que hicieron dar un grito de indignación a los comensales. Aquello era un caldo de gusanos, mezclado con pedazos de charqui, además de una o dos papas en cada plato, muchas de ellas podridas.

El alboroto que siguió a esta escena es indescripti-

ble. Mientras unos se paraban a enrostrar al Corregidor su inhumanidad para con los pobres encarcelados, otros lo defendían, y los menos, por aplacar los ánimos, allegaban nuevas palabras de encono al altercado. El viejo Benavides se retiró al salón contiguo, aturdido por el barullo que se formó, mientras la reunión se disolvió poco a poco por el largo y oscuro zaguán. El Corregidor, diciendo tremendos denuestos a roso y velloso, tomó su galoneado tricornio carraspeando más fuerte que nunca, y antes de subir a la carroza que lo conduciría a su quinta de la Cañadilla, insultó, en voz alta, delante de numeroso pueblo apiñado en la calzada, al Gobernador del Reino, llamándole calumniador y viejo marrajo.

III

No era el temor a la espada, al fuego ni al más riguroso tormento, por grande que fuese, lo que consumía sus energías en una fiebre que abrasaba todo su cuerpo. Era la ingratitud de sus contemporáneos la que había convertido en una hoguera su ánima de viejo paladín cuando esperaba con sus hechos extinguir la flaqueza del ser humano y animar su virtud.

El padre Portusagaiti, que era el único mortal que ayudaba a Don Luis a bien morir, manaba de su alma frases reconfortadoras que en el silencio religioso del dormitorio los anudaba en una misma grandeza, libres ya de las pasiones, y sólo atrayendo palabras de conmiseración para los maldicientes.

—¡Oh, quién tuviera una de las brasas del santo altar—decía fray Gabriel—para tocar los labios de los hombres, limpiándolos de toda iniquidad y pecado, a imitación del serafín que purificó la boca de Isaías!

Don Luis, por entre el sobrecielo de su cama, asentía moviendo su cabeza imperceptiblemente como un inválido del ejército cristiano. Sus labios parecían musitar la frase magnánima del divino maestro: «perdónalos, Señor...» En la ansiedad de la lucha postrera su rostro se había tornado magro por las lágrimas. Del orgullo había ascendido al perdón y a la sonrisa. Su boca se secaba con aridez vegetal; sus manos modelaban con fidelidad impresionante, detalles anatómicos que sólo la cercanía de la muerte hace aparecer, y su voz, domadora de rebeldes y ajusticiados, perdía su tono habitual, contrayéndose hasta formar una modulación interior.

Había en la estancia perfume de yerbas. Sobre arcas y banquetas, las escudillas de plata, llenas de cocimientos, despedían olores herbáceos, mezclándose con los tronquillos de culén las raspaduras de palqui colado para el tabardillo.

El enfermo tenía frente a su caja un pavoroso Cristo que parecía someterlo a una última expiación bajo la fécula de su cuerpo cuarteado por el látigo y abierto por la lanza. Todos los demás objetos velaban también por los bienes del espíritu, imprimiendo a las líneas ancestrales de sus tallas un aspecto tétrico que no era difícil descubrir en las historiadas figuras de los bargueños y arquetas o en las extrañas estampas de la escuela quiteña que colgaban de la muralla caliza.

La voz de fray Gabriel volvía a oírse de nuevo en la anchurosa estancia:

—Nadie puede entrar en el cielo con el bien de otro. El Santo espíritu no habita en un espíritu fingido y doblado.

Estaba el padre en un sillón abacial empotrado en la pared, cerca del lecho del paciente. Desde que Don Luis había caído mal, a raíz de la ofensa inferida por los conmitones del Gobernador Benavides, no se apartó un instante de su lado alentándolo en espíritu de fortaleza y humildad de corazón, con desprecio absoluto de la vanidad terrena, y regulando al enfermo con evangelios que propiciaba con su hábito de túnica blanca y capa oscura como si atrajese con ellos fluidos benéficos para su salud. Su estructura pesada, aplastada, pero enérgica; sus rasgos toscos pero decidores y francos, hacían de él, a cada palabra, un verdadero hombre de iglesia.

Se opacaba la luz en el dormitorio y de la pieza contigua percibíase la cruz fulgurante de una casulla y un lejano olor a benjuí. En ese rincón confinado de la parte alta de su quinta el crepúsculo llegaba por la ventana esparciendo reflejos mortecinos y sombras lúgubres de palpable materialidad desprendidas de los olivos y enormes pinos que la enfrentaban. El bochorno parecía alargar la angustia de esas horas con el hálito pesado del aire, incapaz de mover los arbustos del jardín. Sólo se oía el coro del rosario que las mulatas rezaban en los corredores. Don Luis apenas se quejaba, musitando, de vez en cuando, en su delirio, palabras incoherentes. De pronto la campana del convento del Carmen empezó a

tañer a plegaria con sonos claros, blandos y melancólicos, que recogían el alma saturándola de piedad y de dulzura.

—¿Escucháis?—prorrumpió en el silencio del cuarto el padre Gabriel alzando su brazo en dirección al sonido. Las monjas rezan en el coro por la salud vuestra. Dad las gracias al Señor por la santa obra que llevasteis a cabo. Esos dulces toques señalan al mundo la limpieza y ternura de vuestro corazón. Las campanas son la música de la Iglesia y ellas os darán la liberación que pedís a los siglos venideros. Sabed, hermano, que las campanas, como los vinos añejos, mientras más años pasan, mejor se afinan; su canto se hace más amplio y su voz más eterna y evangélica.

La voz del padre había callado y una beata sonrisa iluminaba el rostro demacrado de Don Luis.

El enfermo, desde esa tarde, sólo vivió con los toques de las campanas de su convento, ya agravándose a la hora de los maitines o sintiendo una ligera mejoría en los invitatorios matinales. Esta era la voz consoladora que lo sostenía en sus últimas amarguras, trayéndole con su rosario de armónicos golpes de cristal, una dulce serenidad que refrescaba la fiebre de su cabeza macerada. Una alucinación retrospectiva lo invadía invisiblemente y sus ojos inquietos escrutaban a su redor, hasta en los menores detalles, como pidiendo la devolución de algún capitoso recuerdo de su alma joven y sencilla de antaño. A cada tañido añoraba ternezas familiares de sombras queridas de muertos y sombras vivientes de su carne. Se imaginaba que en su corazón se hubiese

trasplantado el enorme rosal, anciano como él, que cuando muchacho plantara en el huerto de su caserón, y que ahora entronizaba cada flor en medio de una corona de espinas. Aquellas burbujas armónicas que se desgranaban sobre su cabeza angustiada, parecíanle besos frescos y dulcísimos de sus hijas que venían a cerrarle los ojos, o lágrimas que caían en el aire embalsamado de la mañana, purificando las imperfecciones de su alma torturada.

Por varios días el paciente sintió cantar las horas canónicas, primas y tercias, sextas y nonas, vísperas y completas. Cierta tarde la plegaria le encontró más reconfortado para recibir la extremaunción y el viático de los enfermos. Nadie entraba en su aposento fuera del padre Portusagaiti. El rostro de Don Luis era cada vez más lívido y exangüe: tenía ese enmascarado color griseo de los pulverizadores de rapé. Sus ojos lacrimosos y febricientes estaban fijos en la faz del Crucificado. En el sosiego orante sólo se destacaba la voz lenta y gangosa de fray Gabriel. La noche había llegado. Las luces de las dos candilejas que alumbraban la habitación hacían brillar sobre un bargueño, entre papeles de testamentaría, la caja de un reloj de repetición y la fila interminable de los gruesos eslabones de su cadena de oro. En la cabecera del enfermo se había encendido una vela de bien morir mandada por las monjas carmelitas. Se acercaba su hora. De pronto chirrió la luz al caer una partícula de pavesa y la cera inflamada se desprendió de la llama, rebotando en las arandelas de cristal. En tanto la plegaria de las monjas seguía elevándose con los to-

ques de campana como una música sagrada, y sus sonos trataban de beatificar en las sombras de la noche las desgarraduras que se abrían en las almas de las dos novicias con el desconsuelo de no recibir la última bendición paternal.

Poco a poco invadió la estancia la tenebrosa cercanía de lo desconocido, y cuando el enfermo cerró los ojos, después del último son blando y doliente de la esquila del claustro, pudo verse que el llanto de mal agüero de los viejos, llevaba hasta sus labios el sabor acre de la postrer amargura. Don Luis Manuel de Zañartu había entregado su alma a Dios, humilde a su designio, pero orgulloso ante el mundo.

La noticia de su muerte trascendió a la ciudad con pasmosa rapidez. Un sacristán recorrió las calles, un poco antes de la hora de queda, haciendo sonar un cencerro para llamar la atención del vecindario y anunciar la muerte del Lugar Teniente del Capitán General del Reino, indicando a la vez la hora y el lugar del entierro y pidiendo a sus cofrades que rogasen a Dios por el alma del que acababa de morir. El mensajero de la triste nueva, seguido por la polilla de calzón, iba de callejuela en callejuela, de norte a sur, de oriente a poniente, esparciendo los golpes metálicos de la fúnebre campanilla que penetraba por los postigos y ventanas, llenando de pavor a las gentes con su pregón de muerte, pues muchos temían que el alma en pena del Corregidor viniese a borrar los pasos que había dejado en vida. Los únicos que esa noche, después de la queda, libaron copiosas sagardúas en su *refugium peccatorum* fueron los

amancebados y los bellacos que habían trabajado en las obras del puente. Estos últimos, en las chicherías, dieron más de una cuchillada de zafio en sus marimbas con zambos y mulatas, como si así celebrasen debidamente tan triste acontecimiento. La sombra del Justicia Mayor, por otra parte, atemorizó a sus calumniadores haciéndoles sentir debajo de sus labios el gusto venenoso de la picadura del áspid. Había llegado su último día, el que juzga a todos los demás y hace aparecer la verdad desnuda ante Dios y el mundo.

Sobre un tarimón de terciopelo negro y en medio de cuatro cirios yacía el finado. Estaba amortajado con el sayal dominicano, dentro de la caja del *bayo*, con las manos cruzadas sobre el pecho... La sala mortuoria había sido revestida de tapices y bayetones negros, y recamado el tarimón de galones y encajes de plata. Sobre un bargueño se había improvisado un pequeño altar destacándose el Cristo de pavorosa talla, rodeado de flores. En la sala no había concurso de magnates ni de lloronas. Sólo se oían los salmos y oraciones de los legos dominicanos y mercedarios. En la pieza contigua el padre Portusagaiti conversaba en voz baja con algunos parientes y amigos de Don Luis, contándoles detalles de sus últimos momentos. —Un monje hubiese envidiado su muerte—terminó diciendo un tanto fatigado. Nadie le comprendió. Era demasiado justo y severo, pero necesario en los tiempos en que vivimos. Su látigo debía apoyarse en la cruz para realizar su obra. Su fe religiosa y su pureza de costumbres fueron un ímpetu en cuanto a senti-

miento y por eso dejará eterna memoria su santidad y patriotismo local.

Al día siguiente, después del anochecer, se llevó a cabo el traslado de sus restos a la iglesia del Carmen de San Rafael. Los dobles de las campanas llamaron desde temprano al lugar del entierro. En la quinta de la Cañadilla se habían reunido sus deudos, los oidores de la Real Audiencia, los Cabildos, toda la nobleza, las comunidades religiosas de los principales conventos y numerosas cofradías y hermandades a las cuales había pertenecido el finado. La comitiva, presidida por la cruz parroquial, avanzó en dirección a la iglesia, situada camino real por medio, distribuyéndose en dos filas por la anchurosa calle de bajas casas y grises tapias de corrales. Componían estas filas los frailes dominicanos, franciscanos, mercedarios y teatinos, que marchaban cantando las oraciones de los difuntos y llevando en sus manos cirios encendidos que alumbraban fantasmagóricamente las sombras cenicientas del crepúsculo. La caja fué sacada en los hombros de cuatro antiguos sirvientes que cargaban luto por el amo. Antes de salir de la quinta, entre las murallas embozadas de pasionarias, se hizo la primera posa, mientras redoblaban las campanas con sonos cavernosos y profundos. El manchón del féretro apareció de pronto fuera de la portada, siguiendo en pos el padre Portusagaiti, revestido y con capa de coro. Los clérigos que iban más atrás, con sobrepellices que resaltaban en la semi-obscuridad como trazos blancos, salmodiaban sus oraciones con voces temblorosas y desiguales. Todos los esclavos y sirvientes de Don Luis rodeaban el ataúd, aun los más vie-

jos, tristes y llorosos, vestidos de negro y llevando en sus manos hachones de cera que iluminaban el paso hasta el frente del convento. Cuando cesaban los cantos sólo se oía el confuso rumor de los pies rastreadores. El cortejo avanzaba, siguiendo en confusa aglomeración los deudos, oidores, cabildantes y la insigne muchedumbre de magnates y cofrades. La mayor parte del populacho que invadía y remolineaba en torno del cortejo ocupaba la ancha explanada que bajaba desde la rampa del puente hasta las inmediaciones de la quinta. La poderosa emoción de los cánticos aplacaba todos los rumores, y ya nadie pujaba y reñía por contemplar mejor el fúnebre aparato.

Cuando el cortejo hizo una nueva y última posa, antes de penetrar al recinto sagrado, una voz sobresalió entre todas las demás, a través de la distancia: *Requiem aeternam dona eis, Domine*. Los clérigos contestaron: *Et lux perpetua luceat eis*.

En el ocaso sanguinolento resplandecía el delgado creciente de la luna como un diminuto alfanje que fuese a desgarrar el manto negro del cielo para mostrar la pavorosa noche de ánimas que se cernería sobre la ciudad de Dios Nuestro Señor.

TERCERA PARTE

I

El año 1783 fué llamado el de la *avenida grande*. Al anterior, seco en demasía, hasta el extremo de que un domingo no se celebró misa en el caserío de Renca, porque no se pudo encontrar agua en el contorno para llenar ni el asiento de una vinajera—sucedió este año lluvioso que, desde principios de Junio, volcó sus cántaros de agua sobre la ciudad reseca y endurecida, sin cesar un momento durante dos semanas, al fin de las cuales la gente andaba ya temiendo los avances del Mapocho, que cada vez arrastraba más caudal llenando por completo su largo cauce. Con la crecida del río los once ojos del puente de Calicanto se hacían apenas suficientes para dar paso al torrente mugidor que bajaba de la cordillera andina. Largos fueron los días de inquietud para los habitantes de la Capital del Reino. La superstición y el fanatismo les tenía cogidos en soponcios desde hacía tiempo. En el sermón del último domingo de Mayo,

predicó el padre Portusagaiti que se había visto en el cielo, en el día de la Circuncisión del Señor, una mano de fuego con un azote, y que aquello no podía ser sino un aviso que anunciaba muchas desgracias para aquel año. Los padres de la misión de San Javier daban moral en esos días entre espacio de saeta y saeta, y apenas acababa uno de predicar cuando proseguía otro, siendo necesario para asistir a la novena, ir desde el esquilón, por el crecido número de fieles que concurría. En la Catedral se celebró la fiesta de San Antonio de Padua, que por votos de ambos Cabildos había sido elegido, desde hacía más de un siglo, patrono y santo tutelar de las avenidas del río.

En la tarde del viernes 15 de Junio, un curioso suceso vino a sobrecoger aún más el ánimo abatido de las gentes. La cruz de hierro, que estaba enclavada en el altillo de dos aguas del caserón del Corregidor, había caído azotada por el ventarrón, dando un rebote en la puerta del zaguán que despertó un eco medroso en la vecindad. El golpe súbito y brusco de la cruz fué considerado por el mundo de vecinos, siempre goloso de fantasmas, como un aviso del cielo en cuyos designios no era raro que anduviese metida el ánima en pena de Don Luis. Estos presagios se vinieron a confirmar esa misma noche, pues pasado el toque de queda, y cuando más arreciaba la lluvia, se sintió rodar por las calles una pesada carroza seguida por un piquete de guardias. La marcha del carruaje, ora lenta, ora precipitada, se oyó por varios puntos de la ciudad acompañada del destemplado y fúnebre chirriar de sus ruedas. Su paso estremeció de horror a

todo el mundo, pues, desde los tiempos del finado Corregidor no se hacía ronda nocturna en la ciudad, y cada habitante disponía de su libre albedrío para ir donde mejor le placiese y acometer cuanta empresa y marrullerías desease. En la casa de Violante, que estaba convertida en un *consolatrix afflictorum*, aconteció que, sintiéndose venir el ruido de la carroza del lado norte hacia el sur, casi a vuelo, paró en las inmediaciones de la casa pecadora, oyéndose el golpe de las armas de los soldados que la seguían y cuyos caballos, en su desenfrenada carrera, arrastraban oleadas de agua. La lluvia chapaleaba con fuerza en los lagunatos de la calle y era tal la lobreguez de la noche que nadie se aventuraba a desafiar al fantasma. Los contertulios mismos, agazapados y temerosos, habían olvidado el bureo y el copioso rosolí para conjurar en coro al *malulo* con las doce palabras redobladas, llevando el coro el más viejo: «Amigo, dígame la una», decía éste con voz profunda y cavernosa. «La una es una: la Virgen María que parió en Belén y siempre quedó pura», le contestaban los demás con voces altas y fanfarronas. Y seguían: «Las dos son dos: las dos tablas de Moisés». «Las tres son tres: las tres Marías». «Las cuatro son cuatro: los cuatro evangelios». «Las cinco son cinco: las cinco llagas». En la pavorosa noche las preguntas y respuestas dichas en un tono siempre solemne iban dañando cada vez más el ánimo medroso de los contertulios, pues sus ecos recogíanse unísonos y sepulcrales en las intermitencias que dejaban los golpes siniestros del aluvión. Violante, en medio de esta febricidad, trató de volver a su tono habitual, y, desafiando

al viento y la lluvia que azotaban las ventanas y el portón de la casa, entreabrió el postigo lo suficiente para que cupiera la nariz y ese ojo negro y brillante que era su embrujo por entre el mantón. No bien se hubo asomado, cuando dió un grito y cayó desmayada al suelo, mientras los amitos nuevos corrían a levantarla, a cerrar la puerta con doble tranca, y los rezagados en el coro terminaban de decir las últimas palabras redobladas: «Al pasar de doce a trece, si es el diablo que reviente ese».

Cuando Violante volvió en sí no pudo dar jamás una explicación clara, y sólo se limitó a decir que había visto al ánima del Corregidor. ¿Cómo y en que forma? Nunca supo contar qué fué aquello, y hasta regañaba cuando le preguntaban, porque decía que le daba pavora. ¿Era que realmente la sombra del Corregidor velaba por la seguridad de la ciudad que en vida él había gobernado tantos años mirándola como suya?

En su misma quinta también se presentó esa noche su sombra. El síndico del monasterio tenía en las casas de la chacara a unos antiguos criados del finado Corregidor, repartidos en tres o más piezas comunicadas. Serían cerca de las doce de la noche cuando se sintió entrar el misterioso carruaje en el gran patio, seguido del mismo tropel de jinetes. Allí se percibió claramente la tos bronca y continuada que le caracterizaba en vida, y se le sintió bajar del furlón y subir la escalera, hasta llegar al segundo piso donde estaban los criados, los cuales, al grito pavoroso de «el patrón... Virgen Santísima...» se habían reunido a rezar cuantas oraciones

podían recordar en tan afligido trance. Los pasos apresurados de otros tiempos volvieron a resonar por los desiertos corredores de la quinta de la Cañadilla, mientras los pobres cuidadores conjuraban con oraciones la aparición, estrechándose unos a otros, hasta que los ruidos se extinguieron y la carroza volvió a rodar, esta vez en dirección al monasterio, donde, según se dijo después, entró en los instantes en que las monjas se reunían en el coro a rezar los maitines. Toda la ciudad sintió pasar, esa noche trágica, el alma en pena del Corregidor. La carrera desenfundada de la carroza, en la trama oscura y viviente de la sombra, impulsada por el furioso vendabal, semejó una fuga precipitada hacia el abismo en la que se llevaba a la ciudad entera.

* * *

Entretanto las aguas del Mapocho crecían. El torrente era insaciable. La cordillera no cesaba de arrojar su hidrópico tributo, en un caudal gigantesco que se volteaba en el centro del tajamar y puente de Calicanto, amenazando inundar la ciudad de un momento a otro.

Pocos días para Santiago más tristes que aquél sábado 16 de Junio de 1783. La ciudad despertó ante una expectativa siniestra. Desde las primeras horas de la mañana, la lluvia incesante, de medio mes, se convirtió en un horrendo diluvio, que hacía sonar en el atambor del cielo truenos y relámpagos, acompañados de un fuerte viento norte que amenazaba trocarse en huracán. Las calles centrales, caminos y callejones de los suburbios eran

pequeños torrentes tan multiplicados como las generaciones del pueblo de Dios. El aspecto triste y ceñudo de las casonas hacía aparecer al poblachón de interminables aleros, como aplastado por el soplo frío de una superstición. Al medio día el río empezó a hincharse, arrastrando una multitud de ranchos y casas, algunas arrancadas de cuajo por las aguas, llevando en su interior los utensilios del hogar y sobre el techo pajizo más de un gallo entonaba un himno conjurando la catástrofe. Momentos después pasaban cadáveres de niños y de hombres flotando sobre las aguas renegridas entre muebles, árboles, grandes trozos de vigas y ganado vacuno y caballar. Un pobre indio cuzco, semi desnudo, venía con los ojos inmóviles clavados al cielo y los brazos abiertos en forma de cruz. La gente que estaba cerca se persignó. Ambas riberas se llenaban de curiosos, y desde el puente de Calicanto numerosos grupos se situaban a hacer el salvataje con lazos y pequeñas redes de madera. La superficie del río se veía casi plana desde lo alto del puente, detenida el agua por sus machones y contrafuertes, sumidas las ondulaciones en una momentánea calma. A la vera de un remanso traidor se deslizaba una cunita de mimbre llevando dentro, envuelta en pañales, como en la leyenda bíblica, a una criatura dormida. Pero el Mapocho seguía subiendo de credo en credo y ya empezaba a desbordarse. Cada golpe de agua era una colina que se interponía sobre el puente, amenazando ocultar sus once ojos con la noche trágica de sus aguas, moteadas de objetos inertes y animales medio ahogados. Cuando su torrente se elevaba hasta las rampas se podía

abarcó con rápida visión el campo desolado por donde sus aguas iban a esparcirse. Al fin una ola obscura y revuelta como una ladera de montaña batió furiosamente los muros de los tajamares, socavándolos por debajo hasta derribarlos con ruido aterrador, aplastando todo bajo su rodillo de espumas e invadiendo el camino de la Cañadilla en dirección a Renca y pasando por sobre las huertas y sembrados. En tanto, por el lado oriente del cerro de Santa Lucía, salía como en la época de la fundación de Santiago, un nuevo brazo de río que se introdujo en la Cañada, pasando por San Francisco hacia el poniente. La ciudad fué sitiada de esta manera por las aguas, sumergiendo a las casas en lagunatos y barriales o levantándolas en pequeñas costanillas. En medio de esta hecatombe las campanas de las iglesias y conventos tocaban a plegaria, aumentando con su incentivo los gritos de misericordia de las mujeres y niños que imaginaban que aquello era el fin del mundo.

Por el lado norte del río la devastación tomaba otro aspecto. Las aguas allí no perdonaron casas, tapias ni molinos, porque lo que no cayó sepultado en ellas quedó inservible. La quinta del Corregidor, por estar inmediata al río, fué la que más sufrió. Fuera de la casa principal, que tenía la solidez de una fortaleza, todo se lo llevó la corriente, quedando esta como un islote. Pero donde la tragedia, descargó toda su fuerza brutal, fué en torno del monasterio del Carmen de San Rafael. Las aguas subieron hasta más de una vara de altura en los patios y celdas. El convento se veía rodeado de inmenso y cenagoso mar cuya ola mugidora se desencadenaba sobre sus

muros cada vez más terrible y golpeante. Entretanto la campanita de la torre del claustro tocaba a plegaria, con golpes opacados por el contacto atmosférico. Desde la ribera opuesta una muchedumbre de varios miles de personas contemplaba con pálido desaliento la horrible tragedia que se cernía sobre las monjas, si un auxilio inmediato no llegaba hasta los paredones que las circundaban. Los clamores y lamentos de la multitud sólo contribuían a hacer más angustioso y confuso aquel momento aterrador. Las vibraciones de la campanita eran absorbidas por el desierto húmedo en que se encontraba, y ya no parecía implorar socorro con sus débiles tañidos, sino elevar el alma a su Dueño y Señor, difundiéndola como el agua en holocausto de su fuego amoroso. En esos instantes de incertidumbre, fué cuando un nuevo suceso atrajo la atención de la muchedumbre sobre un punto de la ribera donde el agua era menos correntosa, viéndose avanzar por las aguas, montado en fogoso caballo, a un caballero que arrastraba nadando al animal hacia la ribera opuesta, volteando el torrente arrollador con tan singular arte de Tritón que pronto parecía sepultarlo a ras del agua para volver a asomar su lomo negro a algunos metros más allá del punto de partida. La expectación era inmensa. El valor del caballero había sobrecogido de emoción a la multitud.

¿Quién era el nuevo Santiago, cruzado de las aguas, que iba a salvar a las monjas en su inmunidad sagrada? Nadie lo sabía. Los vecinos que dieron noticias dijeron que lo habían visto venir desde la Cañada de San Francisco, como un relámpago, en un brioso caballo, y luego

zambullirse en el río. Ahora se veía claramente que las aguas lo arrastraban en dirección a la Cañadilla. Hubo un instante en que los pechos ahogados por la emoción, creyeron que el frío mortal había paralizado sus miembros; pero, de pronto, en la lejanía turbiosa de las aguas, se le vió cambiar de rumbo tomando una nueva dirección hasta penetrar y perderse en el patio inundado del convento de Carmelitas. El cielo, en tanto, con las nubes cada vez más condensadas y negras iba cubriendo la horrorosa tragedia, mientras el viento bramaba conmoviendo hasta los abismos y centro de la tierra.

II

Grande fué la sorpresa de la ciudad cuando se supo que el salvador de las monjas del Carmen era el capitán Don Diego Alvarez. La hazaña la consideró el pueblo como un hecho milagroso y el nombre del héroe corrió de boca en boca en canciones y romances. Pero ¿qué había pasado en realidad en el salvataje de las monjas?

El capitán regresó a Santiago después de haber estado cuatro años en el retortero. Supo la muerte del Corregidor el mismo año en que ocurrió y dispuso su viaje partiendo del Callao en Pascua de Navidad y arribando a Valparaíso a los tres meses de navegación. En Santiago tuvo emociones tan contradictorias que a pesar del regocijo que causó su llegada entre los compañeros de armas, los cuales celebraron en su honor numerosos festejos, no se cansó de penar como una sombra en redor del

convento. De ahí que cuando vino la inundación apenas oyó el toque de socorro de las monjas una idea le cruzó la mente. Su sacrificio estaba trazado por mano invisible. Llegaría hasta el convento a salvarla del peligro en que se hallaba y a convencerla de su amor. Dueño de sí al presente, se agarraría del agua brava para erguirse ante ella ostentando una resolución triste pero valerosa. Había aumentado su exaltación, abatiendo su orgullo.

Hacia dos años que había llegado la ansiada cédula del Rey. Sus ojos leyeron y releieron aquella parte en que decía Su Majestad al Reverendo en Cristo Padre, Obispo de la Catedral: «que esté muy a la mira para que en el caso que no haya profesado doña María de los Dolores (única hija de Zañartu que en el día puede quedar en el siglo), no se la perjudique en sus legítimas materna y paterna, que deberán considerarse conforme al estado actual del caudal de su padre en caso que no profese, y a cuyo acto *no se la deberá inducir ni violentar*». Pero todo fué una alegría en vano, pues la niña había profesado solemnemente dos meses antes que se expidiera el despacho dado en San Ildefonso, el 13 de Junio de 1779.

Ahora recordaba vagamente el entrevero de los extraños sucesos de ese día, cuando logró arribar al convento, en medio de ese mar de olas agitadas que arrojaba el río contra sus muros. Se encontró allí con tres hombres enviados por el obispo Alday a la Cañadilla, mediante una buena paga, para que le prestase auxilio a las monjas, y las hiciesen salir del convento bajo precepto de obediencia. Habían llegado al monasterio al mismo tiempo

que él, y con ellos empezó a abrir a barretazos un agujero que dió salida por el torno a una gran cantidad de agua represada, hecho lo cual entraron a los patios dando voces de que el obispo las mandaba salir sin excusa ni pretexto. Las monjas, que se habían reunido en el coro para sólo dar quejas al Divino Sacramento fueron saliendo cubiertas con sus velos y tocas, mojadas hasta más arriba de la cintura, y llevando en las manos la Superiora, como única prenda de salvación, un crucifijo. Don Diego recordaba los horribles momentos de vacilación que tuvo consigo mismo para percibir, entre aquel grupo de treinta mujeres desfallecidas y extenuadas, el cuerpo de su antigua amada. No tardó en encontrar lo que buscaba: fueron sus manos, aquellas manos mórbidas y perfectas las que habían aparecido como un marfil, más transparentes y afiladas que antes, pero siempre como «dos hostias en sacramento» con sus palmitos ojivados, tendidos suplicantes más a los cielos que a la tierra cenagosa. De esta manera no le costó mucho reconocerla, guiándose por el presentimiento. Sospecharla y correr a ella fué todo uno, levantándola en peso como una plumilla, hasta sacarla sin sentido fuera del convento. Púsola sobre el arzón de la silla y subiendo él después a caballo, hendió el mar de agua, y llevóla fuera de peligro hacia una quinta lejana de la Recoleta. En el camino, cuando sintió que volvía en sí, la llamó con voz susurrante: «Marilola»... «Marilola». En esos momentos se interpuso entre ambos su mano marfileña que brillaba a la luz crepuscular, en medio de la fina cortina gris de la lluvia, con el anillo de oro de las desposadas del Señor: «hermano, tiempo

há que dejé el mundo». Esta frase se contuvo por entre el velo en una tosecilla fatigosa y lánguida. Después prosiguió: «ahora soy Sor Dolores de San Rafael». Llegaban en esos instantes a una pequeña bodega, elevada sobre enormes basas de piedra canteada. Allí indicóle que podía guarecerse mientras se determinaba el refugio definitivo, y bajándola del caballo la introdujo bajo de techo, volviendo a llamarla por su antiguo nombre. La hermana, sin darle tiempo a que insistiese, le habló sobre el Carmelo en cuyo sitio estaban ahora sus alegrías y sus amores, diciéndole que rogaría por la paz que su corazón necesitaba, sin omitir sacrificios en sus penitencias, pues su Dueño no tardaría en llamarla a su seno. Don Diego recordó entonces la lucha desesperada que se entabló dentro de su alma. ¡Qué cambio tan extraño se había operado en esa niña, apasionada, durante los cuatro años que él había pasado en Lima! «Gran Dios, se decía ¿hasta qué punto alcanza a subir la ola de la amargura? Esta es una muerte que va seguida de otra muerte. «El derecho que creía tener sobre ella, su orgullo vencido, los más íntimos apegos a que los llevó su pasado amor, todo pugnaba en su corazón por salir y desbordarse como ese río que venía a simbolizar la ola mugidora que sentía bullir dentro de su pecho enamorado; pero, un rasgo distinguía a las naturalezas valientes de por sí: el peligro las calma; y fué con absoluta sangre fría como contempló, tras el velo que la cubría, su inmundad sagrada que le desplazaba de un golpe por aquel Dueño y Señor que mata todo lo que hay de humano y se entra en el corazón en son conquistador para decir:

*El que no es conmigo, está contra mi. Preciso es que muera. No puede servirse a dos señores; uno de los dos abandone la plaza. Él ya la daba por abandonada, pero una envidia santa traspasaba ahora su corazón encallecido, un deseo de morir con ella, a fuego lento, le conturbaba el alma. Don Diego al sentirla toser recordaba el día en que se introdujo por el torno al convento y la vió desfallecida entre las hermanas que la cuidaban. ¿La manda milagrosa de qué Virgen la hacía resistir tanto? ¿En aras de qué ofrenda entregó su corazón en holocausto? ¿Qué había hecho del maravilloso manto que bordaba para la Virgen del Rosario? ¿Era siempre esta Señora su oculta favorita? Y al traslucir a través del velo que su vida se extinguía paulatinamente, a la manera que se apaga una candela, le preguntó por su salud. Sor Dolores de San Rafael contestó como el Apóstol: «*Quotidie morior*, muero todos los días». En esa frase, que después dió vueltas en su cabeza en largas horas de insomnio, percibía el sumun secreto de las cosas que aun le ligaban a la tierra, y que quizás habían retardado su camino de perfeccionamiento con la asechanza de la antigua tentación. ¡Ah, si él pudiera también sepultar en un claustro los gritos de la naturaleza, el alboroto de los sentidos, el resentimiento de la carne, y no escuchando a nadie, no respondiendo a nadie en el mundo, implantar en su corazón el reino de ese mismo Dueño y Señor para acercarse mejor a su santidad! Sería un fraile menor, un verdadero arrepentido que no volvería a arder más en los infiernos de la vida. ¿Qué sacrificios habia ofrendado él en aras de su amor? Nada. Recordaba los años pasa-*

dos en Lima en lidias de gallo, corridas de toro, en jolgorio y timbirimba, cantando coplas de «El ciego de la Merced» con muchachas del toma y daca, y todo, «para matar la pena», como decía, haciendo *causa común* con sus pecados el más alto sentimiento del alma. Y eran esas aguas del río las que ahora barrían con la podredumbre que germinaba en su pecho como la mala yerba, pues no hacía tres días aún que la funesta sombra de Violante le perseguía, cantando con voz roncera y maleficia, que su corazón estuvo con él en Lima mientras vivía muriendo en Chile. La analogía que ambas frases guardaban sobrecogíanle de estupor trasegándolo alma y cuerpo. No quería profanar en una comparación el nombre de Sor Dolores con el de Violante. Esta supuraba y la otra resplandecía. Sin embargo, en el morir de todos los días de su antigua amada, creía percibir apegos y lazos terrenales que no se hubiese atrevido a formular, pero que le hacía pensar que el noviciado debía durar aún. ¡Oh, que extraña frase! ¿Acaso no vivo muriendo también como ella?—se decía. Pero una voz interior le replicaba que era vana presunción la suya, pues pecaba contra la claridad en plena conciencia, amortiguando los sentidos con vacilaciones y despertando el misticismo sin perder de vista a la tentación ni mostrar el menor esfuerzo de sacrificio. Mientras Sor Dolores se despojaba de sus pasiones, al modo que caen una a una las hojas de los árboles arrancadas y arremolinadas por el viento de otoño, él se embelesaba con los sentidos sin dejar de usar sus oficios del alma. Fué necesario que el horror de aquella noche trágica impulsara

su heroicidad, rematándola con el salvataje de las monjas que chapaleaban entre lagunatos y barriales. El cielo estaba obscurísimo, iluminado sólo por relámpagos que de vez en cuando partían del seno mismo de la cordillera. Un suceso inucitado contribuyó al fin a exaltar su fe religiosa, y fué al saber, por boca de un hijo de San Francisco, que al romper éste la reja para sacar la custodia y viril sucedió el portento miraculoso de que las luces encendidas por las carmelitas, cuando imploraban a la Madre Piedad, ardían sobre las aguas puestas en sus blandones de plata, y que, cediendo al movimiento del oleaje, siguieron en pos del franciscano como si escoltasen a Nuestro Amo Sacramentado. Ni por un momento dudó de la palabra del religioso recoleto. El milagro estaba patente en su imaginación ardorosa, pero todavía sentía en redor suyo tinieblas palpables. Picaba más alto. Su lucha con las olas giratorias del río no había terminado aún, y no quería, como el náufrago de Virgilio, arribar a una isla desierta y rodeada de mares solitarios.

III

Noches de hechizos y tropelías siguieron a la inundación. Ya nadie dejaba de ligar el nombre del Corregidor a la espantosa catástrofe que había sumido a Santiago en un enorme pantano. Sobre el pueblo se hacía sentir en demasía el azote de su mano de hierro. Algunos vecinos, temerosos de que la caída de la cruz que guarnecía su caserón fuese la causa del penar de su alma, subieron al alero del tejado a enclavarla de nuevo en su antiguo

sitio, al mismo tiempo que rezaban letanías para conjurar la amenaza de mayores calamidades. Sin embargo, cuando se empezaron a reconstruir los tajamares, las ánimas en pena de los trabajadores que habían muerto en las obras del puente, sentaron sus reales en los nuevos trabajos dirigidos por la sombra inconfundible del Justicia Mayor. Después de las diez de la noche el bullicio que se sentía, producido por los centenares de obreros invisibles que trabajaban en la obra, debajo de la arquería y en las inmediaciones de ambas riberas, causaban tal espanto en los ánimos que ni el más valentón se atrevía a traficar de noche por allí, y aún por las demás calles de la ciudad. Los ruidos misteriosos empezaban muchas veces a las oraciones y se oían desde la Cañadilla al Puente de Palo, que enfrentaba a la Recoleta, hasta que comenzaba a despuntar el día. En el largo espacio de horas tenebrosas, se sentían caer piedras desde elevada altura y el ruido seco y continuo del que cantea el granito, o ya el rumor confuso de mucha gente que trabaja a la vez, dando toda esta rebujiña la sensación, para los poquísimos transeuntes que solían aproximarse a la ribera, de una enorme faena en plena actividad. Se contaba que en noches sobre las cuales no se extendía ninguna misericordia del cielo, percibiase claramente el ruido de las cadenas de los presidiarios, el chasquido del látigo de los sobrestantes y el quejumbroso canto del negro bozal; en cambio, en otras no había ruido alguno, todo estaba áfono, impenetrable, mudo. Cuando varias personas solían juntarse en las rampas para atravesar el puente, divisaban en el centro una rue-

da de altos fantasmas blancos danzando en círculo, tomados de las manos. Después se unían formando un solo cuerpo que aumentaba en proporciones gigantescas, como un enorme remolino girando vertiginosamente. Si había uno o dos caballeretes que pretendían seguir adelante, los demás huían llenos de miedo, y de esta manera el temor se hacía general hasta el extremo de que los valentones concluían por poner los pies en polvorosa. A veces estas visiones desaparecían por muchos días, pero después solían dejarse ver en otra forma, ya en la de pájaros de alas enormes que revoloteaban con ruidos siniestros por entre el dovelaje de los arcos, o de animales de muchas patas que se alargaban mientras más caminaban, o simplemente como *chonchones* (1), los cuales daban gritos en el aire asustando con sus *tué, tué, tué*, persistentes y sus aletazos agoreros a las mujeres y niños que corrían a esconderse dentro de las casas, barreando las puertas y postigos con trancones y cerrojos, mientras mascullaban el conjuro: «Sin Dios ni Santa María, Martes hoy, Martes mañana, Martes toda la semana». Los fuegos fatuos también multiplicaban sus lenguas rojas y radiantes en rededor del puente, atrayendo no sólo a los transeuntes sino a los animales sueltos que merodeaban en los corrales y chiqueros vecinos. Estas penas—decía la gente—eran llamas que el ánima del Corregidor llevaba a las espaldas.

Toda esta serie de extraños sucesos que, en un espacio

(1) Ave mitológica, que según tradición popular, es una bruja que se ha cortado la cabeza para salir a volar.

de tres meses, se venían produciendo, desde las vísperas del Sábado 16 de Junio, habían exaltado a la ciudad, de un extremo a otro, no hablándose de otra cosa que de las proyecciones pavorosas que iba infundiendo, cada día, la sombra del Corregidor. Era como aquella fantasma negra que, sin forma definida, sólo dejaba ver sus dos ojos centelleantes en un enorme bulto que a medida que se acercaba crecía hasta tomar proporciones gigantescas para caer sobre el infeliz caminante y aplastarlo con su mole convirtiéndolo en cenizas.

La Hermandad del Rosario de las benditas Animas, a la cual perteneció el finado, empezó a seguir en Santo Domingo un novenario, con el Señor descubierto, para sacar de penas a su alma y pudiese ver la cara de Dios. Las campanas de la iglesia del *Carmen Bajo* tocaban diariamente a difunto y se decían largas misas en las que se cantaba el *Miserere* y el *De profundis*, haciéndose uso del hisopo y la caldereta. Sobre su tumba, en la nave de San Rafael, ardían día y noche candeleros y blandones. Los vecinos de la Cañadilla se reunieron varias veces para pedir al Obispo Alday tomase alguna medida a fin de dar término a estos trabajos nocturnos, usando de las oraciones y ceremonias que la iglesia tiene reservadas para estos casos. Nadie quería trabacuentas con el ánimo del Corregidor. Las gentes discutían respecto a si su alma se habría ido al cielo, al infierno o al purgatorio, y variados comentarios se hacían, comúnmente por los más ignorantes. En esas crudas noches de invierno, sentados los contertulios en rededor de un brasero, cuyas chisporroteadoras llamas calentaban el aposento y

soltaban por largas y divertidas horas las lenguas entumecidas por el frío, se contaban extrañas cosas del otro mundo por las personas de más grave aspecto, que eran escuchadas por hombres, mujeres, niños y esclavos.

Así empezaba una de las tantas versiones: Apenas Don Luis Manuel dió su última *boqueada*, y su alma dejó la arcilla del cuerpo, la tomó su Angel de la Guarda y la llevó a las alturas, donde desde lejos divisaron la ciudad celestial en que mora el Dios creador de todos los mundos visibles e invisibles.

—¿A quién debo presentarme primero?—preguntó el Corregidor a su Angel de Guarda.

—A San Pedro, sin cuya venia no se puede entrar—contestó aquel.

En esos instantes un ejército de arcángeles y querubines vino a encontrarlos, en medio de los cuales llegó el alma del Corregidor a las puertas del Paraíso, que brillaban como soles.

—¿Quién llega?—preguntó San Pedro presentándose en los umbrales con un par de llaves de oro y de otro metal aún más precioso.

—El alma de Don Luis Manuel de Zañartu—repuso el angel guardián.

—Pues, no es nada la equivocación. En vez de ir al purgatorio vienen al cielo, como si yo no supiera entender mi oficio. No, sus mercedes; vuélvanse hasta que esta alma venga blanca como nieve, es decir, que debe ir al purgatorio primero, que después se le franquearán estas puertas. Sin embargo... (continuó hablando des-

pacio y sobándose la nariz) tengo mis dudas y voy a dar cuenta.

—Mi señor San Pedro;—replicó el alma del Corregidor antes de que fuese a la consulta—¿no me ha bastado levantar un monasterio para tener entrada franca al cielo?

—Mucho mérito es ese—le contestó San Pedro—pero no el suficiente.

—Aguarde, mi señor San Pedro. Hice el Puente de Calicanto.

—Muy bueno es el trabajar; pero ¿cuántos han muerto a consecuencia de los trabajos en dicha obra?

—Unos mil hombres, poco más o menos.

—¡Friolera! ¡Con ese pasaporte no se entra aquí, amiguito!

Diciendo esto, San Pedro pretendió entrarse; pero Don Luis lo volvió a detener con voz suplicante:

—¡Mi señor San Pedro! He sido Corregidor cerca de veinte años.

—No basta, no basta.

—He sacrificado a mis dos hijas encerrándolas en el monasterio.

—Digo que no basta.

—Vea, mi señor San Pedro .. soy caballero de Oñate...

San Pedro se rió, y le dijo:

—Aquí no llegan esas tontas vanidades.

—¡Qué no diera yo por tener aquí mi vara de Corregidor! Ya veríamos donde quedaba este Santo tan porfiado. Esto decía Don Luis a media voz, mientras San

Pedro hablaba recio con el Angel de la Guarda, a quien decía que si aquel hubiese hecho alguna obra de caridad, ya estaría dentro del Paraíso.

—Mi señor San Pedro —le interrumpió el Corregidor— obra buena he hecho con perseguir y castigar a todos los bellacos, zambos, mulatos, maracas y amancebados de Santiago del Nuevo Extremo!

—¡Más miramiento—le gritó San Pedro haciendo sonar las llaves—esas palabras no pueden pronunciarse aquí!

Entonces el Corregidor se acordó que San Pedro había sido pescador, y murmuró entre dientes:

—Como éste fué un plebeyo le duele lo que digo. Y agregó con voz entera: señor San Pedro, he dado limosna a una viuda.

—Acabáramos—dijo el santo portero. Eso sí que es otra cosa.

—¿De cuánto fué la limosna?

—De ocho pesos mensuales, por algún tiempo.

—¿A quién?

—A una mujer que quedó viuda, joven y más pobre que una cabra.

San Pedro se rascó la oreja derecha, dió una especie de estornudo (en el cielo—interrumpe el narrador, con buena sorna criolla, parece que también suele atacar el romadizo), y como si hablase consigo mismo, murmuró:

—Una limosna... eso está bien. Pero la favorecida era viuda... y joven... En fin, entra alma de Zañartu a este pasadizo y ponte detrás de la puerta, mientras recibo a una gran comitiva que se acerca.

El Corregidor hizo lo que San Pedro le ordenaba. Se arrinconó lo mejor que pudo, diciendo a media voz:

—Esto resulta con poner de portero a un Santo que nunca poseyó ejecutoria de nobleza, ni supo lo que era ser caballero. ¡Dejarme detrás de la puerta... sin ceremonia alguna, como si no se tratara de un personaje tan principal como fui yo en la tierra!

Pero San Pedro no era sordo, y por todo castigo resolvió dejarlo en aquel lugar por algún tiempo, y así pasará no sé hasta cuándo. Yo calculo que en el siglo venidero estará su merced dentro del paraíso celestial, gozando en quieta y pacífica posesión de todos los honores, preeminencias y distinciones que corresponden a cada bienaventurado en la gloria eterna. Amén.

La maledicencia contaba también en esas reuniones, que el Corregidor pactó con el diablo la construcción del puente, el cual debería quedar terminado en el espacio de una noche. Si no lograba concluirlo, lo ejecutado quedaba a beneficio del Corregidor, y éste se vería libre de compromisos con el demonio.

Cuando el diablo estaba trabajando, cantó un gallo.

—¿Cuál gallo cantó?—preguntó el demonio.

—El gallo colorado — respondieron unos hombres peludos.

—Entonces no hay cuidado—dijo el *malulo*.

Al poco rato se oyó otro canto.

—¿Cuál cantó?—volvió a preguntar.

—El gallo castellano.

—Entonces, apurar las manos. Y siguió trabajando con febril apresuramiento.

Un tercer canto no tardó en dejarse oír.

—¿Cuál cantó?—dijo con mal disimulado temor.

—El gallo negro.

—¡Entonces el Diablo a los infiernos! Y huyó precipitadamente, sin haber concluído la obra, pues le faltó un pedazo de no más de un metro, que el Corregidor acabó de hacer para su honra y provecho.

A pesar de estas graciosas y disparatadas historias que se contaban en los estrados y cuadras, para distraer el miedo que se había apoderado de cada santiaguino, gran número de fieles acudía al novenario de Santo Domingo y a las misas de difuntos del Carmen Bajo. Los que no creían en los brujos y en las ánimas se cuidaban de ellos en estas ocasiones, mientras pelaban por fuera al finado Corregidor, comparándolo en versos con la sombra fatídica de doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, conocida por el nombre de la *Quintrala* y que perseguía todavía a algunos supersticiosos, que creían verla en el infierno colgada por el cabello. Los crímenes atroces cometidos por esta mujer en el siglo XVII no se habían olvidado y la novelería popular se complacía en recordarlos, haciendo con notoria injusticia un parangón entre ambas vidas.

El populacho cantaba:

«La Quintrala está del pelo
sin bajar ni subir,
y Zañartu mira al cielo
sin entrar ni salir».

Así seguían las cosas por esos días de ánimas y fantasmas, cuando uná noche se corrió la voz de que el Corregidor pasaba continuamente a caballo, desde la Cañadilla a la ciudad, y galopaba por el puente y la calle que lo enfrentaba, una hora después del toque de queda. Una patrulla de hombres a caballo, rondando una noche la ciudad, llegó cerca de la plazuela del puente, y apenas habían hecho un alto sintieron el consabido trote que bajaba de la rampa norte, y aquí fué el correr de los asustados celadores, quienes llegaron a su cuartel más muertos que vivos, contando que uno o más escuadrones de caballería venían a escape del lado de la Cañadilla, y que aquello parecía «cosa de la otra vida», tal vez una legión de ánimas alzadas que vendría capitaneando el Corregidor. Talamente se dijo y talamente se creyó. Nadie vió nada como en otras ocasiones, pero al día siguiente la noticia de la aparición de tan extraña cabalgata no costó mucho para que fuese divulgada. El asunto era tenido por tan grave que hizo al obispo Alday, tan parco y mesurado en sus resoluciones, dar una batida general a las ánimas que andaban alborotando a su grey, empezando por conjurar al jefe de la insurrección, que como a tal se tenía al finado Justicia Mayor.

Una noche obscurísima, el sota-cura de la parroquia central dió cumplimiento al mandato del Obispo, saliendo de la Catedral con numeroso acompañamiento de fieles, en su mayoría mujeres, llevando algunas en sus brazos, niños de pecho, para que el inocente las preservase del posible ataque de las ánimas. Iba el sacerdote revestido de estola y sobrepelliz, presidido del estandarte

blanco de la Hermandad del Rosario de las Ánimas benditas, y rodeado de mucha cera encendida. Además del hisopo y la caldereta se llevaba también una matraca con el fin de imponer silencio a las ánimas con su ruido, antes de empezar la ceremonia. Era la matraca un instrumento cuadrado, de tablas huecas, llenas de eslabones de hierro, los cuales cayendo sobre clavos gruesos y meneándolos aprieta, hacían un son desapacible que espantaba a los timoratos, cuando en los días de Semana Santa no hacían mucha ostentación de fe.

Serían por filo las diez de la noche cuando la procesión se puso en marcha por la calle del Puente en dirección al río. En la negrura de la calle las luces de las velas encendidas y los hachones perforaban lúgubrementemente la oscuridad, como enormes lenguas señalando la marcha de la caminata. De las casas vecinas, algunas personas salían para reunirse a la comitiva, pero otras más miedosas, que aseguraban temblando que aquel trote lo causaba un animal de formas extravagantes, comparándolo con un enorme dragón, se encerraban en sus casas a puerta trancada, y empezaban a entonar salmos y oraciones con todos los tonos del canto gregoriano.

Al empezar a subir la rampa del puente, los socios de la Hermandad del Rosario, que iban delante de la procesión, fueron acortando el paso poco a poco, a fin de no ser los primeros en llegar a la cima. El del estandarte hizo lo mismo, siguiendo este ejemplo otros más, de manera que a la mitad del repecho, el acompañamiento había pasado a la retaguardia, del sacerdote. Entonces éste para dar más valor a los tímidos devotos, ordenó que se

subiera tocando la matraca, pero este sonido seco y des-templado sonó lúgubrementemente por entre el dovelaje de los arcos, haciendo eco en las oscuras y desiertas orillas del río y llenando de pavor a los feligreses. En esos momentos se sintió un ruido sordo que parecía venir acercándose desde la Cañadilla en dirección a la ciudad. Todos se miraron como comprendiendo un próximo peligro, mientras algunas devotas decían con voz pusilánime ciertas oraciones que temblaban a la par de las llamas humosas de las velas: «Primeramente Dios y todos los Santos Apóstoles, San Pedro, San Pablo y San José, la Virgen María con el Santo Papa de Roma y sus once mil Vírgenes, en compañía de las ánimas benditas del Purgatorio y del Angel de Guarda, para mayor temor del Enemigo Malo. Amén».

La matraca había dejado de sonar y entonces pudo percibirse más claramente el estrépito que formaba la marcha de uno o más escuadrones de caballería, tan cercanos ya que parecían asomar por la entrada opuesta del puente. Los instantes eran angustiosos. Todos rodearon al sacerdote, el cual, como ellos, temblaba de miedo, sosteniendo en su mano izquierda una cruz alta y en la diestra el hisopo recién humedecido en la caldereta llena de agua bendita. Al fin, éste, a instancias de sus más inmediatos feligreses, comenzó a rezar con voz trémula el *Magnificat anima mea Dominum*, que el pueblo llamaba la *Maunífica blanca*, y al cual atribuía la virtud de espantar a los espíritus malignos. Pero en esos instantes se oyó resonar en la cima del puente algo como un instrumento diabólico, sonido estruendoso, horrible,

tan aterrante como la trompeta del juicio final. Oír esto y echar todo el mundo a correr, fué en menos tiempo de un Dios es Cristo o un sálvase quien pueda. Mientras unos caían rodando y eran atropellados por los que venían detrás, otros se empujaban y moqueteaban por ganar la delantera. Las ánimas habían derrotado al Obispo y a su delegado, y las pobres devotas llegaron a sus casas con las sayas hechas jirones, y sus pequeñuelos llorando de pavor.

IV

La ciudad del Nuevo Extremo brilla bajo la luz solsticial de una primavera ardiente. En la ancha carretera del puente de Calicanto el comercio se desborda de una ribera a otra. Es el acopio cotidiano con que abastecen a Santiago las carretas campesinas, cargadas de legumbres y frutas, que vienen de la Chimba y de las chácaras de Renca. Por la Cañadilla entran largas y bien resguardadas tropas de mulas, que regresan de la otra banda, trayendo zurroneos de yerba en palo y «averías» del oro y plata que introducen de Cuyo y Tucumán. Marchan las mulas llevando las madrinas a la cabeza, trenzados sus crines con adornos multicolores, y haciendo sonar el cencerro que cuelga de sus pescuezos. Las tropillas, apiñadas en el arenal, en espera de la paga de los derechos de almojarifazgo y portazgo, a la distancia vense con sus aparejos sobredorados por el sol matinal, siendo interminable su campanilleo, el que se confunde

con el zurrido trajinero de los mulatos y el vocerío zumbón de los mayores.

En el Puente, a lo largo de la calzada, numeroso gentío se solaza sentado en los poyos de piedra o recostado ociosamente contra el parapeto, sin más ocupación que la de oír los toques de las campanas y ver llegar las parras cargadas y los viajeros que arriban a la ciudad en sus cuartagos y acémilas, envueltos en densas nubes de polvo levantadas por el tropel de animales que les siguen. Entre el tumulto de caminantes se ven pasar de tarde en tarde frailes y monjas que llegan a perfeccionar sus vidas ascéticas o a cumplir órdenes superiores; personajes encumbrados que traen a la zaga vistosas cabalgatas repletas de almofreces y petacas; navieros que marchan repelándose a las cámaras de sus buques, camino del puerto, pobres y borrachos; recuas de negros bozales, que bajan acollarados desde Buenos Aires; indios que acarrear fardos a las pulperías; en fin, todo el comercio del reino sigue su curso por esta ancha vía de comunicación, dándole a Santiago la importancia de un vasto emporio americano.

* * *

Habían pasado dos años desde la Avenida Grande. Don Diego, todas las mañanas y tardes, venía a pasearse al puente sin compañía. Estaba más envejecido, el semblante más pálido y la barba a medio crecer. Su vestimenta era a lo chantre, con zapatos blancos y calzón de galones a la rodilla y un volante musgo muy corto. El

sombrero que llevaba era blanco y de bastante ala. Por el aspecto de su ropa y la tristeza del rostro daba la idea de venir saliendo de una larga convalecencia. Solitario en el tumulto, se sentaba en los bancos de piedra con la vista clavada en la torre del Monasterio del Carmen.

Nada de lo que le rodeaba parecía interesarle. No atendía al pregón de una moza garrida que le ofrecía frutas desde la casucha del tendajo puesto sobre el machón más cercano. Su pupila seguía clavada en la torre y su alma quedaba en suspenso cuando sentía el tañido de las horas canónicas que llamaban a los servicios internos de las monjas. Apenas el sol de mediodía pegaba con fuerza en la calzada, tornaba hacia la Cañada de San Francisco por la plaza del Basural. A las oraciones volvía otra vez a su muda contemplación de derviche y se estaba allí hasta avanzadas horas de la noche.

Después de tantas amarguras el antiguo capitán había sentido renacer al fin la anhelada calma, luego la serenidad, y ya no se encontraba del todo desgraciado por no ser feliz. ¿Era el reavivado amor a Dios o el íntimo contacto con las campanas del monasterio lo que le sumía en esa pasividad melancólica?

Decían las gentes que un recuerdo de su pasado le mantenía todavía al pie de los muros del convento, fiel a la consigna de leal soldado y caballero, pues creía percibir en las vibraciones de las campanas del claustro, volteadas por la hermana Dolores, que tenía el oficio de campanera, un lenguaje de amor modulado entre los sones canónicos, y que por eso atisbaba desde allí todos los pormenores de la vida monástica.

El pueblo, siempre crédulo, aseguraba que la hermana Dolores era acordista y que poseía la virtud de hacer hablar a las campanas en una antigua lengua de la Edad Media. Los amantes se daban cita a orillas del río para aspirar ese bálsamo lejano y secreto que emanaba de sus sonos y aliviar la angustia y desasosiego que oprimía a sus almas. Eran esas campanas las que, desde hacía tiempo, habían disipado los fantasmas negros y blancos y ahuyentado los demonios del Puente, trayendo la paz y la dulzura a los rostros, después de haber conjurado con sus ondas milagrosas aquel lugar en que el ánima del Corregidor anduvo penando en la tierra por tantos años.

Don Diego, con el tiempo seco, percibía claramente el bordoneo, que escuchaba halagado por una caricia secreta. Su alma belicosa de otrora, aparecía aplacada en sus ardores como si estuviese bajo la férula de una voz omnipotente que a cada momento le repitiese la frase latina de *Paco cruento*. Aún perduraban los melancólicos golpes con que Sor Dolores le llamó en las dormidas y aherrojadas puertas del recuerdo. Recordaba la tarde aquella cuando, a pesar de la enorme distancia que lo separaba del convento, percibió claramente las lágrimas sonoras de su toque de vísperas, en circunstancias en que Violante le vencía traidoramente sobre pecador alfamar, llamándole «campana de mi agonía». Esos toques misteriosos le llenaron el alma de presentimientos. ¿Cómo y por qué los escuchaba? ¿Qué oleada de aire celestial le hacía distinguir de entre tantos toques aquel humilde y sencillo que tañía al otro lado de la ribera? Creyó en un milagro y desde ese instante se desvivió por

su llanto, libertándose para siempre de los brazos serpentinos que le aprisionaban como una antigua cadena de sensualismo.

El viento, portador del mensaje, desencadenó una tempestad de agua y truenos sobre la ciudad. Su alma entonces tiró las últimas cartas que le quedaban haciendo en medio de la tormenta una promesa a la Virgen del Carmen sobre la cruz de su espada de caballero de la orden de Carlos III, decreciendo al momento el furor del cielo como si fiase en su palabra de leal vasallo del Rey de las alturas.

Días después empezaron a correr por la ciudad ciertos vagos rumores sobre Sor Dolores de San Rafael. Algunos transeuntes contaban que en las noches se oían gritos angustiosos en el interior de los claustros, y no faltaba quien asegurase haber escuchado estas palabras: «no quiero... aunque me maten». Se decía que la monja había manifestado sin embozo y en repetidas ocasiones su intención de salir del monasterio; que se lamentaba de la crueldad que tuvo su padre para encerrarla cuando aún no tenía voluntad propia, y se agregaba que muchas veces resistía cumplir con los deberes que su estado religioso le imponía, hasta el extremo de dar gritos para que se oyeran sus quejas y procuraran libertarla por algún medio. Además, se decía que la monja, por ser hija del fundador, era tenida en gran consideración por sus compañeras, incluso la Superiora, lo que dificultaba la manera de poderla dominar.

Don Diego, alentado por estos decires, había hecho más persistentes sus rondas en torno del monasterio,

amusgando día y noche todos sus pormenores y dejando renacer en el fondo de su alma una secreta y dulce esperanza de saltaconvento. Pero en vano rondaba los murallones haciéndose cruces por conocer el origen de donde habían salido esos decires, pues ningún rumor extraño interrumpía la paz del santo recinto. La existencia de los seres no parecía callar allí sino para dejar sentir mejor el horrible vacío de su corazón, que se había impregnado del perfume, la impasibilidad y transparencia de las gasas de incienso del santuario, flotando entre una nube y el cielo, como las nieblas de la noche sobre el campo de muerte.

VI

Don Diego abrió el postigo sigilosamente y salió del zaguán siguiendo cauto y ligero los murallones sumidos en la sombra. La queda no había sonado aún. La noche estaba fragante y luminosa. La luna brillaba como un enorme fanal y su luz plácida deshojaba pétalos de jazmines sobre la ciudad dormida. De vez en cuando el vientecillo traía lejanos parloteos de gentes sentadas en los poyos de los zaguanes. Las casonas destacaban el grumo verdinoso de sus techumbres sobre las manchas blancas de las fachadas. Don Diego caminaba con la capa al aire y su sombra proyectábase fantástica en las calles empolvadas. Al cruzar la plaza Mayor para seguir en dirección al Puente, vió en las tolderías brillar algunas luces mortecinas y se topó con numerosos bultos de serenos y carreteros agazapados en los sitios donde se agrupaban

las carretas para el abasto. En el centro oíase el murmullo de la pileta de agua. Don Diego enfiló por la antigua calle del Bachiller y se detuvo en la del Ojo Seco, como se llamaba la que enfrentaba el primer arco del puente, subiendo la rampa hasta el centro de la ancha rúa, donde se recostó contra la muralla, que hacía de baranda, para contemplar el panorama. El cielo estaba azul; en lo hondo, la cordillera andina, recortaba sus crestas fabulosas. La ciudad, con sus barriadas de bajas casonas, apareció desde el parapeto con las techumbres espolvoreadas de plata. El campanil de la Catedral y las macizas e inconclusas torres del señor Santo Domingo dominaban la parte sur como serenos que esperasen para cantar su quejumbroso Ave María Purísima. En la soledad de la noche no se escuchaba sino el traqueteo monorritmo de las carretas de paseo que regresaban de la Chimba, cubiertas con altos toldos de totora, en las que se apiñaban señoras, niños, criados, que en el más franco consorcio, entonaban coplas y canciones acompañándose de la vihuela. Una brisa suave del oeste agitaba el aire embalsamado con la fragancia de los floripondios, de las madreselvas y mimosas que cubrían los tapiales de las callejas cercanas. No hacía mucho rato que estaba afirmado en el pretil cuando oyó en la campanita del claustro el tañido de queda. Los nueve golpes de la batiente empezaron menudos, ligeros, para vibrar en seguida lentamente como veladas campanetas de plata. Luego la onda sonora se fué extendiendo en lejanos acordes, arpegios y susurros, que al ondular por la limpidez del cielo rodaban hasta deshacerse en una lágri-

ma. Había llegado la noche. En la naturaleza todo reposaba. Los aullidos de los perros y el croar de los sapos parecían disminuir como ante un conjuro. Sólo la luna prendía estrellitas de plata en las aguas correntosas del río. La ciudad entera sumíase con el mágico toque en su valle insospechado y virgen, como si diera fe al mito de los conquistadores, de la existencia en América de un país en que los hombres se alimentasen de oler flores.

La carretera del puente estaba esa noche más solitaria que nunca. Los paseantes se habían retirado antes de la queda. Don Diego apenas se vió solo, bajó a las inmediaciones del monasterio; allí su sombra se confundió con los árboles que le rodeaban, cuyas grandes ramas azotaban los paredones. Se había encaramado hasta la copa de uno de los árboles más altos, desde donde podía con mayor facilidad hacer sus observaciones. En el jardín del claustro no se percibía el menor rumor: todo parecía en plácido recogimiento bajo las luces fosforescentes de la luna. La torre, en un aislamiento eremítico, se destacaba en el fondo con sus paredes terrosas, sobre el húmedo tejado como una gigantesca y celosa cabeza de escucha. Cerca de una hora llevaría ya Don Diego en su observatorio, cuando, hacia el poniente, estando el cielo despejado y el viento sereno, sintió graznar por los aires y con mucho ruido a un fatídico chuncho y luego creyó ver lechuzas, cuca-malas, tucúqueres y otras aves nocturnas de mal agüero. Esto lo sobrecogió de espanto recordando los espectros y duendes, que durante las noches, después de la Avenida Grande, infundieron tanto

terror por los barrancos y encrucijadas del puente. Pero su pavor cobró más fuerza, al ver aparecer la bandada de siniestros pájaros sobre el monasterio, los que empezaron a volar en círculo en torno de la torre, introduciéndose en las troneras, mientras se oían en la vecina ribera los agudos y estridentes *tué, tué, tué*, de los chonchones, que parecían haberse posesionado de todos esos alrededores. Venía moviéndose en el cielo una nube plomiza. Llegó hasta obscurecer la luz lunar, para luego partirse en dos, formando con una de las partes, un escuadrón de gente bárbara, en que se veían hombres horribles con sus armas, puestos a punto de pelea; la otra, un navío a velas desplegadas, que semejaba navegar con sus jarcias y gentes, por el piélago del aire bruñido, inmóvil y azulado como espejo veneciano. Los hombres del escuadrón atacaron a los del navío, peleando por largo rato, hasta que las nubes se fueron esponjando en una gradual dispersión, asaeteadas por los dardos de plata de la luna.

Don Diego recordaba haber visto un cielo semejante en la frontera la víspera de la muerte de un compañero que estimaba mucho. Ahora, un trasunto de aquellos vaticinios ponía en las cosas que le rodeaban un terror agónico, pues sabía por una *machi* que eran avisos de desgracia. La sagrada escritura repetía también casos parecidos en la historia de los Macabeos.

La hora de maitines se acercaba como una liberación que disiparía los malos sueños de la noche. Don Diego, amacollado en el árbol, sólo esperaba ese toque para tornar a su casa, fatigado el cuerpo por las numerosas no-

ches de vigilia. Al fin sonaron, pero no con ese canto melódico que en otras ocasiones arrancaba la batiente al bronce de la campana. Fué un sonido lúgubre y prolongado, volteado a veces como por un estremecimiento agónico y que tenía un eco extraño de clamores y gritos angustiosos. El remolino de sonidos fué poco a poco aclarándose hasta lograr desprender el badajo, en movimiento postrimero, dos o más notas purísimas como las de un canto celeste. Siguió después un silencio de noche interminable y febril, un silencio de duelo.

En el cielo la luna caminaba con el rostro de una muerta, y en la tierra los cipreses del monasterio, enhiestos, semejaban sombras de despenadores que hubiesen roto el sortilegio de la torre.

El alba sería cuando las campanas del Carmen Bajo doblaron a muerto, lentamente, anunciando al mundo que una monja había entregado su alma al Creador.

En la mañana el torno del monasterio se vió invadido por un gentío numeroso, ávido de noticiarse cuál era la monja que acababa de morir. De pronto, el nombre de la hija menor del fundador estuvo en todas las bocas de la ciudad. Todo el mundo hablaba de su muerte, rodando las *bolas* de los novedosos por los cuatro costados del poblachón, y haciéndose los más curiosos comentarios sobre su romance de amor.

Don Diego volvió al árbol donde estuvo en acecho la madrugada trágica. Sabía que los funerales de las monjas se efectuaban en las noches, y su desesperación quiso romper el misterio litúrgico del acto del entierro; sin embargo, al tratar de escudriñar los altos paredones por

sobre las bardas, sólo percibió el triste cántico del *Misere* entonado en coro por las monjas, mientras las campanas de la torre tocaban a difunto y los copos de los cipreses, plantados como centinelas funerarios en las puertas de las celdas, indicaban con el reflejo de los hachones el paso de la procesión por la cruja en dirección al cementerio.

Hasta el zaguán de su casa, horas después, llegaba el rumor de que la monja se había ahorcado con la cuerda de una campana...

* * *

Dos días después, Don Diego iba a visitar al padre Portusagaiti. El venerable anciano le recibió sin rencor alguno. Versado en humanos achaques, que no siempre ahuyentan la fe, esta entrevista la había esperado desde hacía muchos años, pues, se decía, al fin la oveja descarriada tornará al redil. Don Diego encontró al padre Gabriel sentado en un sitioleto de la galería claustral, hecho un ovillo con el manto, dormitando sobre el *Flos Sanctorum* que sostenían en las faldas sus manos secas y nudosas como las ramas de un espino. No hacía mucho rato que había llegado de la huerta, donde, desde la muerte del Corregidor, distraía sus ocios cultivando rosas en un rincón del convento: eran las únicas flores que daba ahora su primavera senil que tantos himnos había entonado al Señor.

—¡Bien hallado, padre Gabriell!

—Dios te salve María. ¿Qué deseáis, hijo?

—La paz en el seno del Señor.

—Bienvenido seáis entonces.

Y el mancebo, sin decir una palabra más, se postró de rodillas. Iba a desahogar al fin su corazón, trayendo a flor de labios la pesadumbre de su vida encallecida de pecador, y de la que deseaba purificarse con el fuego que marca y taracea las espaldas.

Su romance de amor empezó a vivir de nuevo en la confesión. Cada palabra desempolvaba el oro noble que lo cubría hasta que la soledad de su alma se hizo conversación póstuma con el alma de Sor Dolores y ardió en deseos de reunirse a ella en el Eliseo cristiano. Pero su voz, de pronto, se detuvo como si dijese una blasfemia:

—No, no... interceded por mi ánima que cometió el sacrilegio de amarla aun en la casa misma del Señor, sin respetar la santa, la esposa de Cristo!

Don Diego lloraba. El supremo consuelo retornó al fin, haciendo brillar los ojos penetrantes del anciano, bajo el matorral de sus cejas.

—El Señor ya os ha perdonado, hijo mío. En todo esto veo la mano de Dios, que se ha valido de vuestro amor con el fin de alcanzar el arrepentimiento y acercaros al único camino áspero, pero seguro, que conduce a la bienhechora luz. ¡Hasta en el dejar de ser soldado os mostráis buen capitán! La guerra es de por vida en los hombres, hijo mío, porque es guerra la vida, y vivir y militar es una misma cosa. Dejar la compañía del regimiento por la de los claustros es seguir mejor bandera, asegurar el sueldo y su corona, que sólo se da al que le-

gítimamente pelear. El soldado que se vuelve a Dios y deja a los ejércitos por el Dios de los ejércitos, asegura el oficio, no le abandona!

Su voz emocionada se había elevado como en los mejores tiempos de su vida de predicador. ¡Qué hubiese dado por haber reconciliado ahí mismo el alma de su fenecido amigo con la de Don Diego, postrado a sus pies! La buena sombra del finado se levantaba en su pensamiento inspirándole voces nuevas y profundas en su invalidez. Ahora una íntima ternura paternal le hacía hablar con voz más suave y bondadosa.

—La dicha no estaba para vosotros en un mismo camino ni era de igual especie que la de los demás hombres: éstos sólo buscan el poder y la riqueza, mientras que vosotros mirabais más alto. ¡Allí donde no llega el humo irritante de las torpes vanidades! Hay, sin embargo, unido a vuestro pasado de amor una emulación de virtud que os eleva, y valdriais menos si no la hubieses correspondido así. ¡Ya pasará la beodez del amor terrenal, pero quedarán las virtudes! ¡Rogad por ella, hijo mío, para que florezcan rosas de santidad en vuestro corazón!

—En ese mismo tañido de las campanas—proseguía el padre Gabriel—yo no veo otra cosa que la voz de Dios, y quien tuvo el oficio de tocarlas era una esposa de Cristo que sabía—como yo la enseñé—que la cavidad de la campana significa la voz que anima la fe de los fieles: *factus sum velut oes sonans aut cymbalum tiniens*, y que la dureza de su metal es la firmeza de espíritu que se necesita para batir las cuerdas. Sor Dolores, hijo mío, nunca pensó en recordar su amor terrenal

banarle su rostro rayado de sangre. No tenía noción del tiempo ni de las cuadras que llevaba recorridas la caminata. Las rodillas sentíalas morir en sus choquizuelas hasta doblarlas sobre tierra, pero un esfuerzo supremo, arrancado a los músculos, le hacía avanzar, infiltrado de una humildad, de una esperanza, de un dolor.

La procesión entraba ahora en la calle de los Cruzados. En la Casa Colorada se habían encendido los tiesos velones de solemnidad; y por los balcones corrían guirnaldas que remataban en el porche de la maciza puerta, con una cruz hecha de hojas de yedra y ramas de ciprés. En el fondo de la calle el murallón del templo de la Merced asomaba su silueta roja. Sus bronces empezaban a golpear pausadamente.

Eran los instantes en que el penitente vivía los más oscuros y tristes pensamientos de su vida. En ese día, en años anteriores, había salido en la procesión de la Vera Cruz orgulloso y ufano de llevar cirios de cera verde en memoria de las ramas de Toledo. Ahora el aspadado iba a enfrentar el recio portón de la antigua casa del Corregidor. Las campanas retumbaban en sus oídos destempladamente, abriendo sus fauces con clamores de juicio final. Imaginaba escuchar las trompetas de Israel que harían caer sobre sus espaldas las murallas de Jericó, o creía encontrarse en el mar azotado por un huracán y que el bajel que lo conducía se balanceaba con furiosa violencia. De pronto el suelo empezó a oscilar bajo sus pies desnudos que sangraban, esponjosos y coagulados, sobre los guijarros, como los de un hombre embriagado, y se tambaleó sintiendo que caía en un vacío.

El pesado leño que le aplastaba era de una madera que parecía tener el lustre oleoso de una piel negra. Crujía la espalda bajo la rama del árbol mal descortezada y a medida que pasaban los minutos sus carnes se agarrotaban en toda la longitud del cuerpo. Volvió en sí, cuando sintió en sus labios quemantes la greda fresca de un cuenco humedecido por una agüita de canchalagua, sostenido por las manos de una doncella, que acudió en su socorro con otros feligreses que asistían como alumbrantes, refrescándole y reconfortándole a continuar la vía crucis. Al levantarse tenía los cabellos enmarañados por el sudor, formando sobre su frente una guedeja aceitosa, a tiempo que sus brazos coagulados por las fuertes ligaduras que le ataban al madero se veían hinchados como trozos de serpientes.

El cuadro del dolor rememoraba la antigua procesión de sangre con el alarido de las mujeres que caminaban a la zaga: la mayoría descalzas y otras con coronas de espinas sobre las mantillas y llevando sogas en la garganta. El ruido de las cadenas de los enfrenados cuyas bridas eran sacudidas con pequeños intervalos contribuían a hacer más tétrico el paso del crucificado caballero.

En las casas vecinas flanqueaban los portones enroñados, cruces recubiertas de tafetán negro e iluminadas con candilejas de barro cocido, puestas sobre palmetas en el contorno de la cornisa, y cuya lumbre alimentada con velas de sebo o grasa de potro, echaba pequeñas y densas humaradas que enturbiaban aun más la negrura de la calle, cargada con el resinoso perfume del incienso.

Por una postrera humildad el penitente había aceptado

que las buenas almas le ayudasen a cambiar la carga de lugar cuando sentía uno de sus hombros entumecidos; agotado el llanto, contemplaba con sus ojos rojos y humosos la muchedumbre que le rodeaba, repitiendo en silencio con el sordo tumulto de su garganta las palabras del *Via Crucis* que siguen al principio de cada estación y que el lego recoleto, que marchaba a su lado, entonaba en voz alta como un incentivo: *Por los méritos de este doloroso paso, os suplico me asistáis en el camino que está haciendo mi alma para la eternidad.*

La procesión no tardó mucho en llegar a los tajamares para entrar por el Puente de Palo, que enfrentaba al convento de la Recolección el que aparecía, como todos los cenobios franciscanos, formando esquina con la iglesia.

Aquí las ráfagas del río embalsamaron el rostro ennegrecido y doloroso del penitente que, por algún tiempo, quedó inmóvil contemplando el creciente de la luna. Un olor de tierra humedecida llegaba de la Chimba. Era la hora en que se abrían las compuertas de las acequias para regar las chácaras. Después de atravesar el puente, en el repecho, dos veces volvió a caer extenuado por la fatiga. Un manojo de flores le despertó, la primera vez, con su penetrante perfume; y la otra, fueron las manos piadosas de una nueva Verónica las que le secaron el sudor y dieron de beber en una salvilla de plata. Las caídas del penitente iban dejando sobre haz de tierra huellas informes de sudor y sangre. Al resplandor de los hachones y pavesas se vió caminar en pos del cortejo el bulto de una mujer tapada que apenas dejaba ver un ojo negro y lloroso, y que, en más de una ocasión, echándo-

se de hinojos, como contaminada por un desenfreno místico, osculó las huellas acuosas del penitente. Entretanto éste avanzaba hacia la portada del templo y trasponía los umbrales con su cruz auestas. Del enorme madero se desprendían densas lenguas de humo. Era el momento del *tibi soli peccavi* concitado por el cántico de los salmos, el chirrido de las rosetas y el doblar de las campanas. El centillero, apagando una a una sus siete luces, marcaba la hora de las tinieblas, y sobre aquel renunciamiento, en la trama viviente de la noche, se cernía pavorosa la sombra del Corregidor.

Santiago de Chile, Marzo de 1922.

FIN

